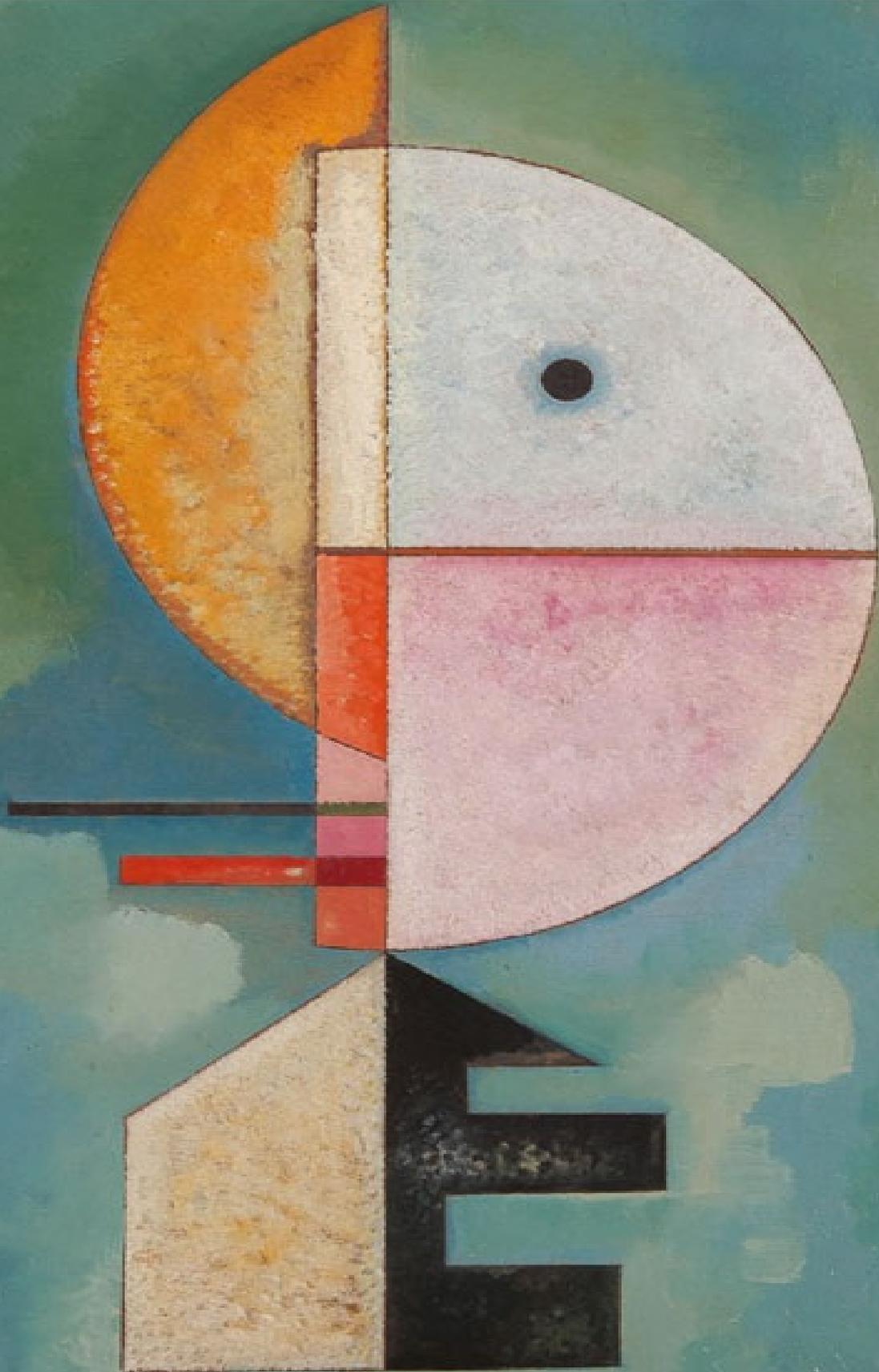


El nervio principal

DANIEL SALDAÑA PARÍS

narrativo **sexto** piso



El nervio principal

El nervio principal

DANIEL SALDAÑA PARÍS



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Este libro se realizó con el apoyo del Fondo Nacional para la Cultura
y las Artes a través del programa Jóvenes Creadores 2016. El autor
agradece también el apoyo del Banff Centre for Arts and Creativity.

Copyright © DANIEL SALDAÑA PARÍS, 2018

Primera edición: 2018

Imagen de portada:

VASILY KANDINSKY, *Upward (Empor)*, October 1929
Oil on cardboard, 70 × 49 cm
Peggy Guggenheim Collection, Venice (The Solomon R.
Guggenheim Foundation, New York) 76.2553 PG 35

Copyright © Editorial SEXTO PISO, S.A. DE C.V., 2018

París #35-A
Colonia Del Carmen, Coyoacán
C.P. 04100, Ciudad de México, México

SEXTO PISO España, S. L.
c/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierdo
28014, Madrid, España.

www.sextopiso.com

eISBN: 9788417517069

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com

Índice

Portada
Créditos
UNO
DOS
TRES

Para Ana Negri

Yo también tuve un verano y me quemé en su nombre.

ANTONIO PORCHIA

UNO

1.

Teresa se fue un martes al mediodía. No recuerdo exactamente qué mes era, pero debía de ser finales de julio o principios de agosto porque mi hermana y yo seguíamos de vacaciones. Yo odiaba quedarme al cuidado de Mariana, que me ignoraba sistemáticamente durante todo el día, encerrada en su cuarto, con la música puesta a volúmenes que incluso a mí, un niño de diez años, me parecían insensatos. Por eso resentí el hecho de que ese martes mi mamá se levantara de la mesa al terminar la comida y anunciara que iba a salir. «Cuida a tu hermano, Mariana», dijo con aire seco. En general ella hablaba siempre así, sin modular apenas, como una computadora que da instrucciones o una persona en el espectro del autismo. (A veces, todavía, me da por imitarla, frente a nadie, y no descarto que escribir esto sea, de alguna forma, un esfuerzo por encontrar, en la escritura, los ecos de su voz monótona).

Teresa, mi madre, se despidió de mí dándome un beso en la cabeza, y luego de Mariana, que recibió el beso en la mejilla sin inmutarse ni devolverlo. «Cuando llegue su papá le dicen que hay una carta para él en el buró», nos dijo desde la puerta, en el mismo tono robótico. Luego salió y cerró con llave. No llevaba más que su bolsa; la bolsa de cuyo tamaño se burlaba mi padre cada vez que salíamos: «¿Qué tanto llevas ahí? Parece que te vas a ir de campamento».

Esa noche llegó mi padre y leyó la carta. Luego se sentó con nosotros en la sala (mi hermana estaba viendo videos musicales mientras yo intentaba hacer origami) y nos explicó que mamá se había ido. «De campamento», pensé.

Un martes de julio o agosto de 1994, ella —mi madre, Teresa— se fue de campamento.

Mi afición por el origami empezó ese mismo verano, no mucho antes. En la escuela me sentaba durante el recreo en una de las jardineras y arrancaba las hojitas de los arbustos. Doblabla cada hojita por el centro, buscando una simetría perfecta. Luego intentaba extraer el peciolo y el nervio principal de la hoja. (Me gustaba decirle «peciolo» y «nervio principal» al eje que dividía en dos cada una de las hojas; acababa de aprender esos términos en clase y sentía que usarlos me hacía sonar maduro y sabio). Extraía el nervio principal y el peciolo, lo guardaba en un bolsillo de mi pantalón y me olvidaba del asunto. En las tardes, ya en mi casa, vaciaba el contenido de mis bolsillos y ordenaba los peciolos y nervios de las hojitas sobre mi mesa. Me sentaba frente al botín, sacaba mis hojas de papel colorido y mi libro de origami y, con una paciencia que ahora he perdido, me ponía a doblar papeles. Entendía mi compulsión de doblar hojitas de arbustos como un entrenamiento para el origami, una práctica ritual que podía realizar a escondidas de los otros y que afinaría mi destreza.

Pero lo cierto es que nunca fui bueno en origami. Por mucho empeño que puse en ello, no mejoré ni un poco. Teresa me regaló aquel libro con diez diseños básicos unas semanas antes de irse de campamento —antes de desaparecer, con su bolsa gigante, aquel martes después de la comida—. El libro incluía las hojas cuadradas de colores y entre los diseños que enseñaba a

hacer estaba la icónica garza, la rana y el globo. En todos ellos demostré igual falta de pericia. Recuerdo que cuando Teresa me dio aquel libro, envuelto en un papel fosforescente, me pareció raro que me regalara algo, pues faltaba mucho para mi cumpleaños y mi madre no era muy amiga de las sorpresas. Pero no dije nada. No iba a quejarme por recibir un regalo extemporáneo.

No tiene caso achacarle al libro mi fracaso: intenté hacer origami siguiendo otros manuales, y obtuve los mismos resultados. Incluso ahora, veintitrés años después, sigo sin poder hacer la estúpida garza. Nunca supe leer los diagramas; me parecían acertijos indescifrables, con sus líneas punteadas y sus flechas curvas. Nunca aprendí a distinguir cuándo se referían al anverso y cuándo al reverso de las hojas. Ahora que soy un adulto que no sale nunca de su cama, mi tentación es decir que ese problema persiste en mí y permea mi comprensión del mundo: el anverso y el reverso se me confunden siempre. Pero la metáfora no se sostiene, parece vacía de sentido aunque apunte a algo verdadero. En 1994 todo estaba cargado de sentido, y mi confusión entre el anverso y el reverso era la confusión puntual de un niño intentando hacer origami y fracasando repetidamente en ello. Tampoco puedo decir que el origami me haya convertido en un experto de la paciencia, por el tesón con que persistí pese al fracaso. Lo que sí es seguro es que el origami fue una escuela de estar solo: me enseñó a pasar muchas horas en silencio.

Aquel martes por la noche mi padre se encerró en su cuarto, una vez que Mariana y yo nos acostamos, y pasó varias horas hablando por teléfono. Lo sé porque yo estaba despierto, nervioso, tratando de asimilar un ambiente que sentía emocionalmente cargado, aunque no podía decir por qué.

Al día siguiente salí de mi cuarto a las ocho de la mañana para encontrarme con la casa en una especie de tensa calma.

Ya alguna vez habíamos estado los tres solos, mi padre, Mariana y yo, mientras Teresa se iba de fin de semana a visitar a una prima en Guadalajara, pero en esas ocasiones la transición había sido más suave: mi madre nos dejaba instrucciones precisas para comer y cenar, además de algunas sugerencias de entretenimiento, consciente de que mi padre era un inútil total en los trabajos más elementales de la crianza. Esta vez, en cambio, se fue con una mentira de por medio, diciéndonos a mi hermana y a mí que regresaba pronto, y la reacción de mi padre había sido, pese a sus esfuerzos por disimular, algo violenta (su tono al hablar por teléfono, la primera noche, denotaba una desesperación crítica). Por eso, al salir de mi cuarto a la mañana siguiente y encontrar la casa en silencio, entendí que aquel silencio era una más de las muchas novedades que me esperaban y a las que tendría que adaptarme ahora que Teresa se había ido de campamento con su enorme bolsa al hombro.

Me serví un plato de cereal con leche y volví a encerrarme en mi cuarto. Los espacios comunes de la casa, de pronto, me parecían fríos, ajenos, como los de aquel hotel en Acapulco al que habíamos ido una vez. La casa de la colonia Educación se convirtió, con la partida de Teresa, en un territorio hostil que mi padre, mi hermana y yo evitábamos a toda costa, refugiándonos en los santuarios de nuestros cuartos. En aquella soledad poblada de fallidos origamis, peciolos y nervios principales pasé las primeras horas de la mañana —de aquella primera mañana de orfandad que ahora, veintitrés años después, parpadea en mi memoria como la primera mañana de la historia, como si hasta entonces mi vida perteneciera al territorio del mito y de golpe alguien me hubiera expulsado del paraíso, haciéndome caer, por una oxidada resbaladilla, en el territorio sucio y violento de la historia—.

Desde el cuarto de mi hermana, contiguo al mío, escuché el mismo caset que había sonado sin tregua durante la última semana: una selección que una de sus mejores amigas le había grabado. A mí las canciones me sonaban todas iguales: guitarrazos frenéticos y gritos en un inglés para el que no me habían preparado las clases de idioma de la escuela (en las que repetíamos frases idiotas y enigmáticas como «The cat is under the table»). Pero esa mañana, esa primera mañana de la historia, entendí o creí entender el poder expresivo de esos gritos, de esos ruidos marcadamente iracundos en los que Mariana se refugiaba para no escuchar el silencio asfixiante de la casa.

Hacia las dos de la tarde mi padre tocó a la puerta de mi cuarto y, asomándose, anunció que iba a pedir una pizza. Le rogué que la pidiera hawaiana porque supe que, dada la excepcionalidad de la circunstancia, me iba a consentir casi cualquier capricho. Accedió a mi petición con aire benevolente y yo me alegré no sólo porque la hawaiana era mi pizza favorita, sino también porque era la más odiada por mi hermana. Eso mi padre no lo sabía; en general no sabía muchas cosas sobre nosotros.

Mi hermana protestó por la pizza. «Mi mamá siempre pide mitad y mitad», se quejó colérica, y yo pensé en mis frustrados intentos con el origami. Por más que me esforzaba, no conseguía doblar las hojas de papel, ni las hojas de los arbustos, por la mitad exacta. La mitad parecía ser un concepto utópico, accesible al entendimiento pero no a las cosas. Me pregunté si se podría doblar por la mitad una pizza, por la mitad exacta, y llegué a la conclusión de que probablemente no.

Engullí dos rebanadas de pizza sin decir nada. Mi padre tampoco dijo nada, ni mi hermana. Pensé que el silencio se prolongaría hasta el regreso de mi madre, si es que regresaba alguna vez de su campamento, con la bolsa gigante al hombro y con regalos extemporáneos para todos, con nuevos libros de origami que me revelarían, de una vez por todas, el esquivo secreto de la simetría.

Esa noche, después de lavarme los dientes, me miré en el espejo del baño, colocado sobre el lavabo; el espejo me quedaba un poco alto y, como de costumbre, tuve que pararme de puntitas para ver mi cara completa. La examiné con cuidado. Una oreja más grande que la otra. El tabique de la nariz ligeramente inclinado hacia la izquierda. Un colmillo me había salido torcido —Teresa me había anticipado que tendrían que ponerme frenos, tal vez al año siguiente—. Hubiera sido imposible doblar mi cara a la mitad, hacer con ella una figura de origami más o menos respetable.

Creo que fue al día siguiente, con los restos de pizza todavía desperdigados por la mesa del comedor, cuando concebí la idea de robar la carta que mi madre había dejado. Era obvio que la carta no era, como había dicho al marcharse, algo que le hubiera llegado sin más a mi papá, sino que la había escrito ella misma, Teresa, a manera de explicación o despedida. Incluso para un niño de diez años éste era un salto inductivo relativamente simple.

Desde el comienzo de las vacaciones había estado leyendo una de aquellas novelas de misterio, un tanto esquemáticas, publicadas bajo el lema de Elige tu propia aventura. Los libros de esa colección invitaban al lector a tomar decisiones al final de cada capítulo, eligiendo entre líneas argumentales distintas. La que leía entonces era una novela sobre un niño de mi edad que tenía que rescatar a su mejor amigo, retenido en una caverna por un personaje misterioso cuya identidad todavía no se revelaba. No era, por cierto, la primera novela de esa serie que leía. Había pasado ya por otra que presentaba un misterio parecido pero ambientado en el antiguo Egipto, y una más

que fantaseaba con las inquietantes posibilidades del año 2000: coches voladores, alienígenas amenazantes y demás. Todas comenzaban con la misma advertencia, que entre otras cosas decía: «Tú serás el responsable del resultado final». Yo amaba esa segunda persona, la idea de que el libro me hablaba a mí directamente, de que yo era el protagonista de la historia. En cada una de aquellas novelas la estructura era muy parecida: la portada anunciaba el número de finales diferentes (hasta treinta) que el lector podía alcanzar según el curso de lectura que eligiera: unos buenos, otros malos y otros muy disparatados.

Con la súbita desaparición de mi madre, pensé, la vida me ofrecía un misterio de ese tipo, que yo podría desactivar detectivescamente como en las novelas de *Elige tu propia aventura*. El punto de partida lógico, claro, era robar la carta que mi madre había dejado en el buró de mi padre, encerrarme en el baño a leerla y luego devolverla a su lugar sin que nadie se diera cuenta. La principal dificultad era encontrar el momento justo para robar la carta. Pensé que lo mejor sería esperar a que mi padre saliera a comprar algo. Mi hermana seguiría escuchando música encerrada en su cuarto, supuse, y con mi papá fuera de cuadro yo podría abrir la puerta de su habitación — que rechinaba— sin riesgo de ser descubierto. Podría tomarme mi tiempo para leer la carta de Teresa y desentrañar el misterio de su desaparición.

Más de dos décadas después, lo que me sorprende de aquella cadena de osadas decisiones que tomé a los diez años es el hecho de que nunca, ni por un momento, consideré la opción de preguntarle a mi padre o a mi hermana qué carajos estaba pasando.

Mientras llegaba el momento de robar la carta podía, como buen detective, avanzar en la hipótesis sobre la desaparición de mi madre. «Investigar es imaginar siguiendo las pistas», decía en algún momento el libro de *Elige tu propia aventura*, y aquella definición me pareció inspiradora, así que le di rienda suelta a mi imaginación sin contar con muchas pistas que pudieran servirme de asidero.

Quizás mi abuelo había muerto, pensé, y mi mamá se había ido a casa de la abuela para estar a su lado. El abuelo de Guillermo, mi mejor amigo, había muerto ese mismo año. Guillermo, triste e incrédulo, había descrito, en su recuento de los hechos cuando volvió a la escuela, comportamientos anómalos de sus padres: mentiras, secretos, súbitas fugas en mitad de la noche.

A mis diez años creía que las cosas malas en general sucedían en martes. (Ahora que soy un adulto sé que las cosas malas suceden cualquier día, e incluso diario: son la constante, el tejido sobre el que destacan los acontecimientos excepcionales o positivos). Ese martes podía haber muerto mi abuelo. No era una idea del todo descabellada. Quizás Teresa lo estaba enterrando en ese mismo momento. Me la imaginé cavando una tumba, con su falda favorita toda manchada de tierra y las uñas negras, como las mías cuando jugaba en el parque. Teresa me regañaba siempre que, acuciado entre los arbustos, cavaba fosas con las uñas y me ensuciaba todo. Pero, ahora que recuerdo, no me regañaba exactamente por haberme ensuciado, sino porque decía que entre los arbustos vivían las ratas y podían morderme. Quizás mi mamá estaba enterrando a mi abuelo en el parque, con la falda manchada y las uñas negras y el temor a las ratas en suspenso mientras terminaba la pesada tarea.

Hice una pausa en mis investigaciones para considerar mis avances. Algo no cuadraba. Si mi abuelo había muerto, ¿por qué Teresa había dejado una carta para mi padre? Cuando mi hermana se machucó el dedo con la puerta del coche, un año antes, Teresa le había mandado un mensaje al biper a mi papá antes de arrastrarnos, a Mariana y a mí, al hospital más cercano (donde la mirada perdida de una anciana en una sala de espera me infundió un miedo profundo, casi animal, que nunca pude sacudirme por completo). Si mi abuelo había muerto, lo normal y de esperarse hubiera

sido que Teresa, como entonces, le mandara a mi padre un mensaje de bíper o le dejara un recado con su secretaria del banco. En cambio, se tomó el tiempo de escribir a mano una carta —que yo debía leer si quería entender los motivos de su partida—.

2.

Quizás tendría que empezar antes. Antes de 1994, quiero decir, antes de aquel estúpido martes. Escribir sobre el pasado, me estoy dando cuenta ahora, es escribir hacia adentro, no hacia delante. En vez de seguir contando conviene precisar, esclarecer la escena mientras ésta se esclarece, también, en mi memoria.

El primer recuerdo que tengo, el más antiguo, es éste: yo tengo cinco años y camino tomado de su mano. Mi hermana no viene con nosotros aquel día. Teresa y yo caminamos por el pasillo externo de un mercado, recorriendo los puestos que dan a la calle; pasamos un local de cuyas paredes cuelgan disfraces y piñatas. Me detengo a mirar con curiosidad los textiles multicolores y ella, Teresa, suelta mi mano para tocarse la nuca. De pronto, cae al suelo. No pasan más de dos minutos: la dependienta del puesto del mercado se percata y le grita a su marido, en el puesto contiguo, pidiendo ayuda. Casi de inmediato llegan varias personas a socorrerla. Pero durante ese instante eterno, antes de que la dependienta se dé cuenta, yo miro a mi madre en el suelo, con los ojos cerrados, y pienso que está muerta. Suelto un grito desesperado y miro sus pantalones de mezclilla, que se van volviendo borrosos conforme los ojos se me llenan de lágrimas. Finalmente, alguien entre las personas que la ayudan trae un botecito de alcohol y la reanima dándole a oler. Mi madre se toca la cadera, adolorida por la caída. Mi llanto merma, se disuelve y da paso a una sensación de sorpresa, de alivio, de incredulidad. Teresa ha resucitado ante mis ojos. Me tiende la mano y, todavía acucillada, mareada y atendida por desconocidos, me acaricia la cabeza. Es un milagro, pero los milagros me parecen todavía naturales a esa edad. La resucitación de Teresa no me resulta menos milagrosa, por ejemplo, que la aparición de una plantita en el algodón húmedo donde mi hermana me hizo esconder, semanas antes, un frijol: las leyes de la física no existen: el mundo es un sistema de arbitrariedades más o menos dolorosas en el cual la resucitación de Teresa frente al puesto de piñatas y disfraces, en el pasillo externo del mercado, es sólo un acontecimiento más. Pero, ¿por qué entonces es ése mi primer recuerdo, y no cualquier otro? Quizás porque, a partir de entonces, me veo forzado a entender que la gente muere, aunque pueda revivir después y llevar una vida normal, en apariencia, durante algunos años.

Una sensación de soledad parecida a la que sentí en ese mercado me embargó en los días subsiguientes a la huida de Teresa, en 1994. El jueves al mediodía mi padre anunció que iba al súper a comprar comida, vencido por la evidencia de que no podíamos vivir de pizzas a domicilio. Mariana se había ido a casa de su amiga Ximena desde temprano y mi padre insistió en que lo acompañara al súper —no quería dejarme solo—, pero le expliqué que prefería seguir practicando mi origami y me dejó quedarme en casa, con la advertencia de que no le abriera la puerta a nadie ni me metiera al cuarto de Mariana a revolver sus cosas.

En cuanto oí que se alejaba el ruido del Tsuru me acerqué con innecesario sigilo a la puerta de su cuarto, dispuesto a robar la carta de Teresa. La puerta se abrió con su característico rechinado y

sentí la violencia de mi corazón latiendo a cada paso rumbo al buró. Pero tanto prolegómeno de angustia resultó en vano: el cajón de la mesita de noche de mi padre contenía nada más su pasaporte, unas cuantas monedas, las llaves de su oficina y sus lentes de lectura, que nunca usaba porque decía que lo hacían parecer un idiota —lo cual era un poco cierto—. Procurando dejar todo en el mismo orden, esculqué entonces el tocador, el clóset y el buró del otro lado de la cama, el de Teresa, donde sólo hallé unos collares, una libreta de direcciones y mi última boleta de calificaciones (que Teresa me había celebrado con su voz de autista). La carta no estaba por ningún lado.

Consulté mi libro de *Elige tu propia aventura* en busca de sugerencias o ideas para proseguir con mis investigaciones, pero no tenía suficientes pistas. Era como intentar armar una figura de origami jamás vista y sin tener a mano las instrucciones. La carta, pieza que prometía revelarme el secreto de la trama, había desaparecido. Todo parecía estar desapareciendo.

Derrotado, esperé en mi cuarto a que mi padre regresara cargado con bolsas del súper y varios *tuppers* de comida preparada (arroz, milanesas, tortitas de papa, ensalada de nopales, agua de jamaica). Puesto que sólo estábamos nosotros dos (Mariana seguía en casa de su amiga), mi padre aceptó que comiéramos en la sala. Nos sentamos ante la mesita de centro —yo en el suelo y él en el sillón—, procurando no manchar la tapicería ni la alfombra. La tele transmitía una repetición de la semifinal del mundial de fútbol: Suecia contra Brasil. Unas semanas antes, el mundial había cooptado todas las conversaciones del país, además de la atención absoluta de mi padre. A mí me tenían sin cuidado las proezas de Romário y Bebeto, lo cual me aislaba considerablemente de mis compañeros de escuela pero me acercaba un poco más a Teresa, que odiaba el fútbol y en general los deportes. Mi padre, decepcionado, buscaba entonces la complicidad de mi hermana, que se interesaba un poco más por el fútbol de lo que yo podría interesarme nunca.

Pero esta vez, sentado junto a él, tan cerca que alcanzaba a oler el suavizante de su camisa mientras comíamos tortitas de papa, mirando un partido cuyo resultado conocíamos de antemano, entendí de pronto que a mi padre le hacía feliz aquello, y que a mí no me costaba nada fingir entusiasmo durante un rato. Este descubrimiento, muestra súbita de madurez por mi parte, me hizo sentir un poco triste, como si al mostrarme condescendiente con mi padre lo viera de pronto como una persona más simple y más vacía; como si hubiera entendido de golpe que mi padre carecía de una inteligencia o una complejidad que Teresa y yo compartíamos —y probablemente también mi hermana—. Por eso, cuando Romário remató de cabeza al minuto 80, metiendo a Brasil en la final (que a la postre ganaría), comenté calculadamente algo sobre la fuerza del delantero, y vi a mi padre sonreír con inocencia antes de lanzarse a explicarme que el mérito era de Jorginho, un defensa, por el «pase extraordinario» que le había puesto. Me dio ternura que mi padre utilizara la misma expresión que el comentarista deportivo había pronunciado segundos antes. O quizás me da ternura ahora, y proyecto esa ternura en el niño de diez años que era entonces, no lo sé.

Ese jueves no logré leer la carta que dejó Teresa, pero sentado frente a la tele pude intuir una pista fundamental de su desaparición, una de las razones profundas que provocaron o al menos contribuyeron a su misterioso escape. Esa pista no era otra que la desarmadora simpleza de mi padre, su falta de pliegues (hojita virgen para el origami, su alma), el grado de conciencia —menor con respecto al resto de la familia— en el que parecía moverse.

Hasta ese día, mi padre siempre me había parecido un elemento más de la infraestructura doméstica, una especie de autómatas que proporcionaba transporte y cierto nivel de afecto; algo entre una mascota y un electrodoméstico. No había una diferencia fundamental entre mi padre y otras de las personas que integraban el telón de fondo de mi drama personal —el señor que

atendía el puesto de periódicos cercano, por ejemplo—. Cierto que cuando era más chico lo tenía en más alta estima. Creía, como suelen creer los niños a esa edad, que mi padre era un ser de infinita fuerza y poderes mágicos. Pero, a partir de un momento dado, esa admiración se desvaneció por completo. A la distancia, supongo que ese cambio en mi actitud coincidió con el deterioro del matrimonio de mis padres. Al presenciar más y más fricciones entre Teresa y mi padre empecé a tomar partido por ella de una manera casi instintiva. Al mismo tiempo, mi padre empezó a parecerme una persona hosca e irritable cuyos estallidos, impredecibles, lo volvían peligroso. Él mismo, me parece, se sintió acorralado y se volvió rencoroso y taciturno, dolido por el motín familiar que se gestaba en su contra.

Teresa, en cambio, e incluso mi hermana, eran personas iluminadas, tocadas por la gracia de un dios al que, en mi megalomanía infantil, me imaginaba en íntima comunicación conmigo. Ellas eran, vaya, parte de lo Humano; no había duda alguna de que poseían un alma. De mi padre, por el contrario, no se podía decir tal cosa con certeza.

Ahora que me detengo a pensarlo, tenía por aquellos años un organigrama muy claro de la influencia divina: dios me había elegido a mí como su humano predilecto; en un segundo escalafón, en orden descendiente de importancia, se hallaba mi madre, luego Guillermo —mi mejor amigo de la escuela— y luego, ya indistintamente, mi hermana, un primo y algunos otros compañeros de estudios. Ésa era mi raquílica teología.

En contra del muy arraigado catolicismo de mis abuelos paternos, mi madre me crió en un laicismo beligerante que mi padre asumió de facto sin cuestionarlo demasiado (fundamentalmente porque no quería o no sabía involucrarse, de ningún modo, en nuestra educación). Los preceptos cristianos me sonaban a chino, y la idea de que un señor muerto 1994 años atrás pudiera ser el enviado de dios y no yo mismo me parecía tan absurda como poco práctica. Este delirio de grandeza se manifestaba en las más diversas de mis fantasías. Mientras doblaba torpe y pacientemente los coloridos papelitos del origami, me imaginaba impartiendo clases magistrales de la noble disciplina japonesa ante un auditorio abarrotado de entusiastas seguidores. Y cuando en clase, alguna vez, la maestra me reprendía frente al resto del grupo, yo murmuraba para mí los litúrgicos castigos que le tenía reservados, seguro de que dios, quienquiera que fuese, me haría el favor de administrárselos a su debido tiempo.

Mi padre no tenía un puesto claro ni mucho menos relevante dentro de la egocéntrica teocracia de mi niñez. Mayordomo periférico, su labor se limitaba a las muy banales atribuciones de la supervivencia —conseguir y mantener alimento y techo—, como me habían explicado que sucedía con los gorilas machos en su hábitat, en tanto que las hembras y los cachorros se permitían actividades más elevadas del espíritu, como jugar y espulgarse mutuamente.

3.

La rana, en teoría, era una de las figuras más sencillas del origami. Según mi libro, se ubicaba en el nivel «principiante», y era la segunda figura que aparecía, después tan sólo de la garza y de las más generales indicaciones sobre cómo realizar los pliegues básicos. Las mías, sin embargo, parecían ranas atropelladas por un coche, en una carretera federal, tras una noche de lluvia. (Esto yo no lo sabía entonces, porque no había visto nunca una rana muerta en tales condiciones, pero la vida se encargaría de dibujar esa comparación a la que ahora acudo).

El lunes, casi una semana después de la desaparición de Teresa, hice, o intenté hacer, cuatro ranas con los papeles multicolores que acompañaban mi libro de origami. Parcialmente frustrado por los resultados, leí un capítulo de mi libro de *Elige tu propia aventura* y después, harto del encierro y el silencio en los que habían transcurrido los últimos seis días de mi vida —y, más importante aún, de mis vacaciones—, decidí salir a caminar a las Canchas, que era como llamábamos a una sección del parque que partía la colonia Educación en dos.

Mi padre me otorgó el permiso distraídamente. En vista de la partida de Teresa, se había tomado una semana de vacaciones. Se pasaba los días encerrado en su cuarto, sentado ante su escritorio (en un rincón de la enorme habitación que él había bautizado como su «estudio», a falta de una estancia independiente) o bien en la sala, mirando fijamente la televisión apagada y tronándose los dedos de las manos —una costumbre que molestaba a Teresa y a Mariana, pero que a mí me daba una especie de placer perverso: me encantaba escuchar el crujido de sus falanges mientras veíamos películas en familia—.

Me asomé a la puerta de su recámara y le dije que iba a salir a jugar fútbol. Era un pretexto inverosímil, que inventé por explotar un poco la complicidad que nos había unido mientras veíamos la repetición del partido Suecia-Brasil, pero él no mostró interés ni me felicitó por la iniciativa: parecía ocupado en la redacción de algún documento, sentado frente a la pantalla negra y las resplandecientes letras verdes de la computadora (nuestra primera computadora, que mi padre había comprado unos meses antes y que tanto mi hermana como Teresa como yo, en contra de sus cálculos más entusiastas, habíamos ignorado olímpicamente desde el primer día).

En las Canchas había una canasta de básquet (una sola) y dos porterías oxidadas, junto a las que se daban cita los adolescentes más conspicuos de las inmediaciones, que a mí me parecían adultos asilvestrados y hostiles, interesados tan sólo en molestar a los más chicos. Yo no iba nunca a las Canchas; a lo mucho pasaba por enfrente cuando acompañaba a Teresa a comprar el periódico. En el mapa emocional que me había hecho de la colonia Educación, Las Canchas eran poco menos que el Hades: una región nefanda en la que un niño como yo, adepto al origami y a la sombra, enemigo del deporte y la camorra, no tenía nada que hacer un lunes de vacaciones.

Conforme me acercaba distinguí, entre el grupo de adolescentes reunido junto a la portería, al Rata: líder de una manada de gamberros, célebre por su temprano consumo de estupefacientes.

En 1994 la palabra «droga» me remitía nada más a unos tatuajes temporales, tipo calcomanía,

que venían junto a la envoltura de ciertos chicles. En la primaria Paideia —a la que asistíamos mi hermana y yo— se había extendido el rumor de que aquellas envolturas de chicles venían a veces «contaminadas» por drogas, y que al ponerse los tatuajes temporales (de piratas o dinosaurios), los niños experimentaban una locura aguda y preocupante, y a veces incluso morían o terminaban viviendo en los túneles de la línea 2 del metro. Estas exageradas habladurías, por más hiperbólicas que ahora me parezcan, eran la Verdad indiscutible a mis diez años, y cada vez que veía al Rata, conociendo su reputación, me lo imaginaba, en un futuro cercano, recubierto de tatuajes temporales de diplodocus y corsarios, amarrado a una cama de hospital y llorando sangre. Por eso torcí el rumbo conforme llegaba a las Canchas, antes de que el Rata y su cohorte de barbajanes decidieran, en su aburrimiento, tomarme como blanco de sus burlas —cosa que ya había pasado antes—.

Mientras caminaba, iba doblando hojitas de arbustos por la mitad, siguiendo el nervio principal de cada hoja. A diferencia de otras veces, no deseché las dos mitades de la hojita, sino que decidí ir las guardando junto con los peciolos en mis bolsillos (una mitad en el bolsillo derecho y otra en el izquierdo, para preservar en mi persona la simetría fundamental que el origami exige). Entretenido en esta minuciosa actividad, no me di cuenta de que había llegado hasta la esquina de la avenida, donde estaba el puesto de periódicos al que Teresa acudía puntualmente cada mañana. La voz del vendedor me sacó de mi ensimismamiento: «¿Y ahora por qué no ha venido tu mamá? ¿Anda de vacaciones?». Lo miré estupefacto. Que aquel vendedor notara la ausencia de Teresa me resultó doloroso, y aún ahora, veintitrés años después, me resulta difícil explicar por qué. Pensé decirle que Teresa se había ido de campamento, pero la voz se me atoró en la garganta, como si me hubiera tragado un globo pequeño y lo tuviera ahí, estorbándome a la mitad del cogote. El vendedor de periódicos debió haber notado algo raro en mí, porque no insistió con más preguntas y, en lugar de eso, me tendió con gesto solemne un ejemplar del mismo periódico que mi madre solía leer en la sala, de cabo a rabo, mientras mi hermana y yo hacíamos la tarea, antes de que mi padre volviera de la oficina. En la portada había, otra vez, una fotografía del hombre del pasamontañas y la pipa, hablando frente a un montón de gente. «El Subcomandante Marcos pronunciando su discurso durante la inauguración de la Convención Nacional Democrática», leí en las minúsculas letras del pie de foto. Yo no podía saberlo entonces, pero Teresa era uno de aquellos puntitos de tinta en la portada del periódico, una cabeza entre muchísimas otras.

De regreso hacia mi casa, periódico en mano, decidí dar un rodeo para evitar las Canchas, donde supuse que seguiría la banda del Rata, haciendo competencias de escupitajos a la espera de una víctima que les permitiera trocar su aburrimiento en crueldad. Caminé por la avenida —el límite hasta el que tenía permiso para ir yo solo, según las reglas estipuladas por Teresa— y pasé frente a varias taquerías, el billar de la colonia y el café donde Mariana solía reunirse con sus amigas para beber capuchino y sentirse adultas. En cada poste de luz, en cada teléfono público de la avenida había al menos un póster de propaganda electoral: una cara sonriente —y en el fondo amenazante— mirando a los peatones y a los automovilistas desde su fijeza plástica, desde su amabilidad torpemente fingida.

Dejé el periódico sobre la mesita de centro de la sala y tiré mis tenis, como era mi costumbre, por el pasillo. Exploré la casa velozmente y constaté que mi padre había salido. Seguramente le había dicho a Mariana adónde iba, encomendándole la misión de comunicármelo, pero mi hermana hablaba por teléfono encerrada en su cuarto. Unos meses antes le habían concedido el

capricho, a mi entender injusto, de tener su propio teléfono ahí dentro. A veces espiaba sus conversaciones con la cabeza pegada a la puerta, pero esta vez no lo hice: vi la oportunidad de husmear de nuevo en la recámara de mis padres, para ver si la carta o alguna nueva e insospechada pista insuflaba un nuevo aire a mis investigaciones, que por entonces languidecían.

El cuarto de mis padres estaba siempre en semipenumbra, con las gruesas cortinas invariablemente corridas y la luz marchita de la lámpara de lectura de Teresa siempre encendida. Supongo que mis padres se toleraban mejor bajo esa luz, se ocultaban mejor uno del otro en esa forzada intimidad de 40 watts donde cualquier gesto de terror o hartazgo se confundía, prestándose incluso a interpretaciones eróticas.

Recuerdo que vi, sobre el buró, el perrito de porcelana que mi abuela le había regalado a mi mamá, y que mi padre había criticado con sorna maliciosa durante varios días. Era uno de esos perros de caza con las orejas largas, tumbado en posición de descanso y mirando hacia el cielo en un gesto de lograda ternura. Debajo del perro, doblada y desdoblada varias veces —como mis fallidas ranas de origami— había una hoja en la que quise distinguir, aun antes de acercarme, la elegante caligrafía de Teresa, que alargaba las eles y las tes hasta que casi se confundían con los palitos de las cus y las jotas del renglón superior. Me acerqué tembloroso hasta la hoja y, desplazando con cuidado el perrito de porcelana, leí una línea al azar: «Sé que no tiene sentido que te explique por qué tuve que irme a Chiapas, pues no lo entenderías». Antes de que pudiera seguir leyendo escuché la puerta de la entrada abriéndose, y la voz de mi padre anunciando, con una jovialidad impostada, que había pasado por unas películas al videocentro.

4.

Teresa era una mujer generalmente seria, con una sonrisa un tanto incómoda que apenas le torcía las comisuras de los labios. Sus ojos negros miraban como queriendo arrancarle un secreto al interlocutor. Tenía el pelo grueso y las primeras canas le jaspeaban el lado derecho de la melena. A pesar de que mi padre insistía en regalarle faldas y vestidos de Liverpool o Sears, en telas elegantes de tonos pastel, mi madre se siguió vistiendo siempre como lo que había sido antes de conocerlo: una estudiante de Ciencias Políticas de la UNAM de los años setenta, con pantalones de mezclilla, blusas policromas y huipiles. Usaba una discretísima línea negra en los párpados por todo maquillaje (esto lo descubro ahora, mirando sus fotos; mi memoria, como en todo lo que sigue, depende aquí de fuentes secundarias).

Conoció a mi padre en una fiesta que los dos recordaban con un tono cómplice que siempre me provocó rechazo. Nunca lo supe con certeza e incluso siendo adulto me dio vergüenza preguntar al respecto, pero estoy casi seguro de que mi madre se embarazó de Mariana por accidente, cuando empezaba apenas a escribir su tesis, y fue por eso que abandonó la carrera. Las fechas cuadran con esta hipótesis. Mi padre, economista, debe de haber insistido, en su momento, en que una licenciatura en Ciencias Políticas, en cualquier caso, no le iba a servir de mucho; conocí bien los matices de su romo entendimiento, y es algo que muy probablemente pensaba y siguió pensando hasta el final de sus días, impermeable a cualquier cambio que no operase por degradación. Mi teoría es que mi padre habitaba una contradicción: que aquellos aspectos de Teresa que más lo atraían eran también los que quería modificar a toda costa. Se había enamorado de una estudiante politizada e independiente, pero quería someter esa independencia con el yugo del matrimonio y la maternidad. Quería que Teresa tuviera opiniones propias, pero sólo para poder contradecirla, para descartar esas mismas opiniones con un gesto de suficiencia y altanería. Era como el entomólogo que se enamora del vuelo de una mariposa y decide clavarle un alfiler en la panza. Me asusta reconocerlo, pero yo también he querido de ese modo: buscando la aniquilación de todo lo que deseo casi sin darme cuenta.

Esto es pura inferencia, pero me parece probable que Teresa, con el tiempo, sintió que su renuncia a los estudios le pesaba. No debe haber sido fácil, al correrse el velo del primer enamoramiento, descubrir que mi padre era un tipo menos simpático que ordinario, y que la vida de ama de casa en la colonia Educación era más bien chata, carente de interés y de sentido histórico. Si siguió leyendo el periódico todos los días, de cabo a rabo; si continuó reuniéndose cada tanto con sus amigas de la universidad (que le contaban de sus maestrías y sus doctorados y sus empleos en la administración pública); si participó en las labores de rescate subsecuentes al terremoto de 1985, dejándome durante varios días, con dos años de edad, al cuidado de mi abuela, es porque Teresa se resistía a ser el ama de casa convencional que mi padre y buena parte de la sociedad esperaban que fuera.

Teresa siguió yendo a manifestaciones durante los primeros años de vida de Mariana. Mi padre

reaccionaba con volubilidad a esas actividades. A veces sonreía como si le diera ternura el tesón político de Teresa, y a veces en cambio se exasperaba y le pedía que dejara de perder el tiempo. Ella formó parte de comités y recorrió la colonia Educación de puerta en puerta recaudando fondos para Nicaragua, El Salvador o Guatemala. Las vecinas la miraban con desconfianza y los marchantes de los alrededores compadecían a mi padre por haberse casado, decían, con una mujer tan argüendera. Luego Teresa se embarazó de mí y pareció serenarse un poco. Una complicación del embarazo la obligó a guardar reposo durante casi cuatro meses y mi padre, secretamente aliviado, contrató a una mujer que se ocupó provisionalmente de preparar comidas y recoger a Mariana de la escuela.

Mi llegada al mundo supuso una capitulación —al menos parcial— para Teresa. Dado que fui un bebé bastante débil y enfermizo, mi madre sustituyó los comités de apoyo por las clínicas pediátricas, las marchas por las noches en vela. Su participación como brigadista tras el terremoto del 85 fue, en cierto sentido, el canto de cisne de su fervor político, que después se apagó o entró en fase de hibernación durante nueve largos años.

En los meses anteriores a su desaparición (a su fuga), Teresa se había enzarzado en pleitos cada vez más ásperos con mi padre. Si bien se trataba de una violencia contenida, de un desprecio mutuo nunca explícito, no era raro que mi padre estallara en gritos al quedarse corto de argumentos. Desde el 1º de enero de aquel año, sus posiciones se habían radicalizado en direcciones opuestas, con la aparición en escena del Ejército Zapatista de Liberación Nacional y la entrada en vigor del Tratado de Libre Comercio de América del Norte. Mi padre, que trabajaba en el área de préstamos agropecuarios de un banco nacional, consideraba la llegada del TLC un evento tan relevante como la segunda venida del mesías. Teresa, por su parte, tenía todas las esperanzas puestas en el levantamiento indígena de los Altos de Chiapas.

La colonia en que vivíamos, de clase media conservadora, parecía alinearse más con las convicciones de mi padre, y muy pronto quedó claro que Teresa no tenía ningún aliado intelectual en aquel contexto homogéneo. Yo intentaba, por todos mis medios, convertirme en ese aliado. Prefería la lectura a los deportes, intentaba llevarle la contraria a mi padre y fingía un interés —inverosímil en un niño de diez años— por los temas que a Teresa le importaban. Por eso me frustraba que las simpatías de mi madre, pese a mis denodados esfuerzos, parecieran estar siempre del lado de Mariana. Era a ella a quien se dirigía cuando soltaba una de sus constantes invectivas contra el gobierno, como si sólo a ella buscara aleccionarla —como si me supiera perdido, condenado de antemano a marchar en las filas enemigas—. En fechas recientes he cotejado estos recuerdos con Mariana y me asegura que no era para nada así, que Teresa se dirigía a ambos, que si acaso parecía mayor el esfuerzo por adoctrinarla a ella era porque Mariana era más grande y entendía mejor sus argumentos. Estas explicaciones, aunque verosímiles, me resultan insuficientes: yo crecí con la sensación inequívoca de no ser el favorito, quizás porque el entusiasmo de mi padre al nacer su hijo varón me arruinó para siempre a ojos de Teresa.

A lo largo de los años, muchas veces me he preguntado por qué Teresa no habló con nosotros antes de irse. Al menos con mi hermana. Por mi parte, hoy puedo entender perfectamente las razones de su escape, y hace años ya que llegué a una especie de paz con el hecho de que decidiera cambiar su vida, dejándome atrás como un elemento más de un mundo que había dejado de ser suficiente para ella.

5.

Mis esfuerzos con el origami empeoraban día a día, o al menos ésa era mi impresión. Antes de dominar la rana y la garza me lancé a experimentar con figuras más complejas. El resultado: bolas irreconocibles de papeles doblados y desdoblados demasiadas veces. (El papel tiene esa desventaja: está hecho para recordar todos nuestros errores, ya sea que se escriba sobre él, como hago ahora, o que se doble y se desdoble, como hacía entonces).

Mariana y yo estábamos todavía de vacaciones, pero mi padre en cambio había regresado a su trabajo. Convencido de que lo mejor era tratarme como adulto, para que los rigores de la vida real me fueran curtiendo desde chico, decidió que yo podía —y debía— quedarme solo en casa. Mi hermana pasaba el día entero con sus amigas, acompañándolas a hacerse perforaciones de oreja en Pericoapa u organizando pijamadas que degeneraban en fiestas o conciertos improvisados.

La perspectiva de quedarme solo en casa me emocionaba, pero también me daba bastante miedo. Había escuchado innumerables historias sobre el Robachicos: una figura un tanto ambigua que recorría las calles de la colonia metiendo niños en una especie de costal que luego se echaba al hombro. Yo no entendía muy bien cuál era el propósito o el modus operandi del Robachicos, y me inquietaba imaginar para qué quería a todos esos niños secuestrados, pero la amenaza me parecía altamente probable y me quitaba el sueño por las noches. Por otra parte, quedarme solo significaba tener el control sobre la programación televisiva, así como poder husmear en el clóset de mi madre, en busca de nuevas pistas que me ayudaran a entender qué estaba haciendo en Chiapas y cuándo pensaba regresar a casa.

En cuanto me quedé solo, el primer día en que mi padre se fue al banco, me di cuenta de que el miedo al Robachicos crecía con el silencio imperfecto de la casa: cada puerta rechinando, cada gota martilleando en el lavabo, cada mínimo crujido de las paredes o cada sombra que temblaba con el balanceo de una lámpara se convertían en una presencia ominosa, en el presagio de la vida miserable que me esperaba errando por las calles de la urbe dentro de un costal, junto a otros niños que habían tenido la mala suerte de quedarse solos en sus casas. Dado que no podía concentrarme en el origami y no me atrevía aún a revisar el clóset de mi madre, en busca de nuevas líneas de investigación, decidí emplear la mañana en prepararme lo mejor posible para cualquier eventualidad: me procuraría un refugio, un búnker que me mantendría a salvo del Robachicos.

El mueble donde guardaba mi ropa era un armario de madera cruda, aproximadamente de mi altura, que tenía del lado derecho una columna vertical de cajones y, del izquierdo, un clóset con espacio para colgar ganchos. Pero esa sección, la del clóset, me servía en realidad como almacenamiento general de juegos de mesa y tiliches varios, pues no tenía, a mis diez años, camisas ni ropa que necesitara colgarse en ganchos. Vacíé el clóset y guardé de manera desordenada su contenido debajo de mi cama. Me metí en aquella suerte de ataúd vertical y me senté, con las piernas flexionadas, sobre la madera fría. Era un buen escondite, pensé. Había

espacio suficiente para pasar ahí varias horas sin tener que moverme, pero no era un lugar precisamente cómodo. Decidí que era buena idea ponerle un par de almohadones para estar más a gusto: uno para la espalda y otro a manera de asiento. Pero como no tenía almohadas de sobra y me hubiera delatado al robar las de mi hermana o los cojines de la sala, decidí fabricar mis propios almohadones: rellené dos camisetas con la colección de calcetines sin pares albergados en el cajón inferior del mueble. No era la solución más elegante, pero bastaría de momento. Ya vería la manera de mejorar mi refugio más tarde.

Por último, sirviéndome de unas agujetas, ideé un mecanismo para cerrar las puertas del clóset desde dentro sin riesgo de machucarme los dedos. Cuando hube terminado, me senté otra vez adentro con las piernas flexionadas y cerré la «compuerta» (como decidí llamarle a la puerta del clóset, retomando la imaginería submarinesca que un par de años antes había sido el núcleo de todas mis obsesiones). El interior del clóset estaba oscuro casi por completo, salvo por un filo de luz que se colaba por la parte superior de la compuerta. Ese filo de luz me molestaba un poco, pues desde mi lógica infantil me pareció que si yo podía ver algo del exterior era más que probable que llegarían a verme también desde el otro lado, así que pasé un rato intentando sellar la grieta para lograr una cápsula totalmente aislada, oscura como la noche más oscura, como el costal en el que el Robachicos cargaba a sus presas.

No sé de dónde saqué la idea de bautizar mi refugio como Cápsula de luminosidad cero. Supongo que sería algo que vi en la tele, o que leí en mis novelas de *Elige tu propia aventura*, o que saqué de un cómic. En cualquier caso, dibujé un pequeño letrero, con crayolas, indicando el nombre oficial de mi refugio, y lo pegué con diúrex al interior del clóset. Luego me percataría de lo inútil de aquel gesto, pues en la oscuridad era imposible leerlo. Sin embargo, pensé, era suficiente saber que el nombre de aquella máquina milagrosa estaba inscrito en algún lado; le daba formalidad al asunto, revestía el juego de cierto protocolo.

La idea era pasar la mayor cantidad de tiempo posible encerrado en la cápsula. Si el Robachicos llegaba a buscarme, yo estaría ahí escondido y la oscuridad me protegería. Repasé varias veces la ruta crítica de acción en caso de emergencia —quedarme quieto y callado— y me pareció que podía perfeccionar la estrategia si dejaba un pequeño recado sobre mi cama: un papelito rojo de los que usaba para el origami, doblado y desdoblado infinitas veces, en el que se leía mi insegura caligrafía: «Papá salí a jugar con el Rata vengo al rato». La breve nota me satisfizo y decidí que estaba listo para enfrentar al temido enemigo. Si el Robachicos inspeccionaba la casa encontraría la nota y pensaría que no había ningún niño que robar cerca. Por si fuera poco, la presunta amistad con el Rata me convertía en una víctima conflictiva: si el Robachicos conocía a las distintas tribus de la colonia (y era más que probable que las conociera), se vería obligado a reconocer que yo pertenecía a aquel grupo de gamberros preadolescentes que usaban tatuajes temporales con propiedades alucinógenas. Una víctima así era menos propiciatoria que un niño caguengue de diez años al que habían dejado solo en su casa.

Al mediodía bajé a la cocina y me hice una quesadilla, siguiendo las muy precisas indicaciones que me diera mi padre sobre cómo utilizar la estufa sin incendiar la casa. El resultado fue un poco decepcionante. Teresa nunca fue una cocinera ejemplar, más bien odiaba cocinar, pero tenía un toque mágico para las quesadillas. Me pregunté cuál sería su secreto. Quizás podría viajar a Chiapas para preguntárselo. Mi padre volvería de su trabajo, mi hermana de su fiesta y se encontrarían la pequeña nota roja diciendo que estaba con el Rata, pero en realidad yo estaría en Chiapas, preguntándole a Teresa cómo hacer quesadillas ricas. Esta fantasía me entretuvo durante la comida. No tenía una idea exacta de dónde estaba Chiapas, pero sabía que estaba lejos y hacia

el sur. Intenté recordar el mapa de la república que colgaba de una pared en el salón de clases, pero era una mancha borrosa en mi memoria. En cualquier caso, llegar a Chiapas sería, sin duda, más tardado que llegar al Zócalo, adonde mi padre nos había llevado una vez en Navidad (en mi recuerdo, aquella travesía en metro había durado un día entero, y el Zócalo se había convertido en mi idea de lo lejano desde entonces). Después de mi quesadilla me comí dos platos de cereal con leche, feliz de no tener supervisión alguna en lo respectivo a mi consumo de azúcar.

Nunca antes había tenido tantos secretos, y eso me provocaba una especie de ansiedad placentera, como la expectativa previa a un cumpleaños que, si no se mantiene a raya, puede desencadenar un episodio de micción nocturna. Por un lado, sabía dónde estaba Teresa (en un lugar llamado Chiapas), y por otro lado tenía en mi cuarto una máquina capaz de volverme invisible, mi Cápsula de luminosidad cero. Estos dos secretos me excitaban hasta el mareo. Necesitaba a toda costa contárselos a alguien. Lamenté que mi amigo Guillermo siguiera fuera de la ciudad, pues hubiera sido un alivio poder compartirlos con él.

A pesar de la desaparición de mi mamá y de mi continuo fracaso en el origami, en el fondo me sentía afortunado: aquéllas eran las vacaciones más interesantes que había vivido. Sentí que un abismo me separaba de mis compañeros de clase, que estarían todos en Acapulco o en Cuernavaca o en algún balneario, disfrutando en compañía de sus familias convencionales, mientras yo descifraba misteriosas desapariciones, evadía criminales por mis propios medios y me entrenaba en el antiguo y reputado arte del origami —y en el antiguo y reputado arte de estar solo—. Pensé que cuando volviera a clase todos los niños de mi salón me rodearían, ansiosos de pedirme consejos, y respetarían la sabiduría y la experiencia que había adquirido durante el verano. Quizás, en el recuento oral de mis vacaciones, añadiría algunas inermes exageraciones para despertar aún más la sorpresa. Les diría, por ejemplo, que durante el verano, amén de quedarme sin supervisión adulta por varios días, había construido auténticas ciudades de origami. También podría decirles que mi Cápsula de luminosidad cero era realmente una máquina compleja, una especie de microondas paranormal y no sólo un clóset con cojines hechos de calcetines huérfanos.

6.

Supongo que mi padre habrá hablado con alguien (un compañero o una secretaria de su oficina, por ejemplo) que sabía un poco más sobre crianza y que le dijo que no era tan buena idea dejarme solo ocho horas diarias, en casa, justo después de que desapareciera Teresa de nuestras vidas. Me cuesta trabajo imaginar que él mismo, sin ayuda de nadie, se haya dado cuenta de que la situación era un poco riesgosa, desde el punto de vista de mi salud mental. Mi padre nunca fue capaz de anticipar el dolor de los demás. La vida interior de los otros —incluidos sus hijos— fue siempre una caja fuerte cuya combinación desconocía. No era capaz de ninguna empatía, y tomaba todas las decisiones con base en sus propios sentimientos y necesidades. A veces, al recordar todos los años que pasamos bajo su tutela, todavía me sorprende que tanto Mariana como yo hayamos sobrevivido.

El caso es que mi padre decidió que no podía dejarme solo todos los días, y como no podía llevarme tampoco a su oficina (lo cual hubiera levantado sospechas y generado preguntas entre sus colegas, y había que mantener las apariencias), se decantó por dejarme al cuidado de mi hermana. Haciendo un esfuerzo gigante por romper su pasmado mutismo en torno al tema, mi padre interrumpió una noche la película que estábamos viendo (para gran fastidio de Mariana, que se quejó de inmediato) y nos pidió que intentáramos estar juntos «en lo que regresaba Teresa».

«Estar juntos», claro, significaba que Mariana tenía que ser mi niñera, y que no podía desaparecer cada mañana para volver al filo de la noche, como había estado haciendo, mientras yo pasaba todo el día fracasando en mis esfuerzos por dominar el origami. Mi hermana lo miró con incredulidad y, con cierta razón (a la distancia la comprendo), reclamó: «No es justo que arruines mis vacaciones sólo porque mi mamá decidió irse».

Mariana siempre se refirió a Teresa como «mi mamá», mientras que yo siempre le dije nada más «Teresa». A veces, Mariana o mi padre intentaban corregirme, forzarme a decirle también «mi mamá», pero a Teresa nunca pareció importarle. Era su nombre, después de todo. Sin embargo, ahora me pregunto si esa diferencia entre mi hermana y yo no determinó de algún modo nuestra experiencia como hijos. Quizá Mariana era un poco más hija de Teresa, quizá yo tenía que haberle dicho también «mi mamá» desde el principio.

Mi padre y Mariana negociaron un rato mientras yo merendaba sucesivos platos de cereal con azúcar añadida y trataba de imaginar finales para la película que se había quedado en pausa mientras tanto. No recuerdo qué película era, pero estoy casi seguro de que tenía dinosaurios, o alienígenas, o dinosaurios alienígenas. Mientras imaginaba desenlaces posibles fingí ser del todo indiferente a la discusión que sostenían. Al final llegaron a un acuerdo: Mariana podía invitar a sus amigos a casa para no aburrirse, y yo tenía que «dejarles su espacio» e irme a jugar a mi cuarto.

A la mañana siguiente mi padre se fue muy temprano a su trabajo y Mariana y yo desayunamos

solos. Ella me explicó que algunos amigos suyos irían a la casa, y que yo tenía terminantemente prohibido dirigirme a ellos o hacerles preguntas tontas. Unas horas más tarde, poco después del mediodía, empezaron a llegar los primeros amigos de Mariana: Citlali, Ximena, Javier. Yo conocía de memoria el nombre de todos, aunque ellos no conocían el mío: yo era simplemente «el hermano de Mariana».

Cuando llegó una segunda tanda de adolescentes, el cuarto de mi hermana les quedó demasiado pequeño y tomaron posesión de la sala. Pusieron música muy fuerte y alguien se apersonó con cuatro latas de cerveza que compartieron a sorbos, fingiendo que les gustaba el sabor. Yo hacía expediciones discretas a la cocina a buscar un vaso de agua tras otro para ver qué estaba pasando. Me molestaba perderme la algarabía, pero sabía que Mariana se enojaría si me quedaba sin más a espiarlos de cerca. Por suerte, su amiga Citlali aprovechó uno de mis paseos a la cocina para hablarme. Me preguntó si me gustaba la cerveza y se rio sin esperar mi respuesta, acaso divertida por mi nerviosismo. «Está bien lindo tu hermano», le dijo a Mariana, que reaccionó turbada. Supuse que ella no había planeado lo de las cervezas y que le molestaba pedirme que guardara el secreto frente a mi padre. Si me lo pedía, automáticamente se entendería que estaba en deuda conmigo, y que yo podría cobrarle pidiendo pizza hawaiana o hablando con Citlali durante horas sin que ella tuviera derecho a reprocharme nada. Pero no le quedaba de otra: Mariana me jaló aparte y me hizo prometerle que no iba a contarle a nadie sobre las cervezas, ni sobre los invitados varones que habían acudido (cuatro o cinco adolescentes con camisetas enormes que intentaban vencer su vergüenza y hablar con las niñas presentes). Yo me hice el ofendido ante la petición y le respondí a mi hermana en voz muy alta, consciente de que sus amigas nos escuchaban: «nunca te acusaría». Citlali y Ximena, que estaban cerca, se rieron con ternura; Mariana se puso roja.

Recuerdo que me gustó esa ternura femenina, que me pareció una posibilidad novedosa y deseable: viviendo con Teresa y Mariana nunca tenía ocasión de sentirla. Tanto Teresa como mi hermana expresaban de modos oblicuos su cariño, sin incurrir en cursilerías ni ser demasiado explícitas. La efervescente ternura de Ximena y Citlali, en cambio, era una ventana a un mundo de atenciones que, sin saberlo, había deseado desde muy chico: quería quedarme con ellas, pronunciar nuevas frases enternecedoras y escuchar sus aflautadas voces, atesorar sus gestos de aprobación. Quería, es más, restregarme como un gato contra ellas, frotando mi espalda contra sus tobillos y que esa excentricidad les pareciera más tierna aún, que estuvieran a punto de explotar de ternura. Pero eso habría sido ir demasiado lejos: por más que pendiera sobre ella la amenaza de mi delación, ante un despliegue de protagonismo semejante mi hermana me habría pellizcado, jalado del pelo, encerrado en el baño diminuto que había en la planta baja de la casa.

Como me había ganado el derecho a quedarme en la fiesta, decidí integrarme a ella sin atraer demasiado la atención —por mucho que me apeteciera—. Lo intenté denodadamente durante un buen rato, pero la verdad es que no me interesaban demasiado sus conversaciones. Nadie hablaba sobre origami, ni sobre el Robachicos, ni sobre construir Cápsulas de luminosidad cero en el interior de un clóset. No hablaban tampoco de Elige tu propia aventura, aunque intenté tímidamente introducir el tema. Hablaban sólo de novios y novias y grupos musicales y lo que les aguardaba en la preparatoria (que comenzarían en septiembre). Llegaron más adolescentes, eran ya casi unos veinte y pensé que nunca antes había habido tanta gente en la sala; quizás nunca había habido tanta gente en toda la casa, ni siquiera cuando cumplí siete años y Teresa, de manera excepcional e inesperada, me dejó invitar a todo el salón para romper una piñata.

Los adolescentes se saludaban de beso y eso me despertaba una envidia profunda. Yo quería

que las amigas de Mariana me trataran como a un igual, que me llenaran de babas el cachete, que vinieran a mi cuarto a admirar las proezas que hacía con un simple cuadrado de papel colorido: «Esta es la grulla —les diría—. Si dominas esa figura has dado el primer paso en el camino de dominar tu propio miedo». Era una frase que tenía preparada por si alguien alguna vez me preguntaba sobre mi pasatiempo, pero por desgracia nunca había tenido ocasión de usarla.

Pidieron unas cuantas pizzas grandes y comí un poco, aunque ninguna era hawaiana: Citlali, que a mi entender era muy guapa (su pelo olía a chicle), había pedido que fueran de salami. Poco después, como atraído por las sobras de la comida y por el olor del aburrimiento, apareció el Rata. Mariana le abrió la puerta y entró seguido por su banda de imitadores. Uno de ellos llevaba un paliacate amarrado a la cabeza, como un ninja autóctono. Otro tenía un arete en la ceja, lo cual me impresionó mucho.

Me sorprendió ver a una celebridad de la colonia en nuestra sala. Eso nunca hubiera pasado con Teresa en casa, pensé. La reunión de Mariana crecía en dimensiones, seriedad y riesgo. Me abrumó un poco la idea de que podían llegar a consumir drogas —tatuajes temporales— o a tener sexo: actividades ambas sobre las que sabía muy poco pero que eran en general atribuidas a los adolescentes (los adultos no: los adultos bebían tequila y hacían el amor, que era casi lo opuesto a drogarse y tener sexo, según mi cosmovisión de entonces). Nuevas cervezas se materializaron en la mesa de centro y decidí que era tiempo de «dejarles su espacio», como había indicado mi padre. Además, se había vuelto tedioso el esfuerzo sobrehumano de ser aceptado, de fingir que me interesaban las críticas a la maestra de Física de tercero de secundaria.

Subí a mi cuarto y cerré la puerta. Tirada en el piso estaba la notita que había escrito sobre salir a jugar con el Rata, que de pronto me pareció estúpida. La rompí en varios pedacitos y escondí los fragmentos en diversos puntos de mi cuarto: no quería que nadie la reconstruyera, como había aprendido que podía hacerse en mis libros de *Elige tu propia aventura*.

Intenté hacer una pagoda de origami. El libro de origami incluía un par de frases explicativas por cada diseño: «Una pagoda es una casa china», decía, pero en la casa que yo hice no hubiera podido vivir nadie: era un papel arrugado, con pliegues que no permanecían en su sitio. Si una familia de personas chinas hechas de origami hubiera vivido en mi pagoda, habrían sufrido mucho. La madre de origami se habría escapado a Chiapas, sin duda.

7.

En los días subsiguientes se repitió, con variantes, la dinámica de la fiesta. No siempre eran reuniones tan masivas, desde luego, y tampoco había siempre cervezas y pizza. A veces eran sólo Citlali, Ximena y mi hermana sentadas durante horas en el piso de la sala, quejándose de la incompreensión general de sus padres, grabando casetes temáticos con canciones de diversos grupos o hablando sobre el tamaño de sus respectivas tetas. Pero con frecuencia, además de Citlali y Ximena, llegaba por ahí el Rata, no siempre acompañado de sus secuaces.

Una mañana, cuando salí de mi cuarto después de una prolífica sesión de «origami a ciegas» — disciplina consistente en doblar papeles al tacto dentro de mi Cápsula de luminosidad cero—, descubrí al Rata sentado a solas en el sillón de la sala. Le pregunté muy tímidamente por mi hermana y me dijo que había salido a comprar algo. Volví a mi cuarto y no pude concentrarme en nada porque me preocupaba que el Rata se robara la televisión o algún otro aparato.

Con el paso de los días entendí que la fama del Rata era, por lo menos, exagerada: se trataba de un adolescente tan anodino y apático como cualquier otro amigo de mi hermana (con excepción de Citlali, cuyo olor a chicle me embelesaba, regresando a mi memoria como en oleadas incluso horas después de haberlo percibido). Al menos cuando estaba en nuestra sala, el Rata no se ponía tatuajes temporales ni parecía un tipo especialmente peligroso. Fumaba, eso sí, con una constancia que yo sólo había visto en la subdirectora del colegio Paideia, una mujer obesa cuyos suéteres olían siempre a meados de gato y ceniceros repletos.

Para cualquier niño avisado, la presencia cada vez más frecuente del Rata en mi sala, en ausencia de mi padre, hubiera tenido una explicación obvia: cortejaba a mi hermana. A mí, sin embargo, se me escapaba el subtexto erótico del asunto, preocupado como estaba por la lectura simbólica de los hechos y, claro, por la súbita desaparición de Teresa, cuyos efectos no paraban de multiplicarse.

Según mi teoría, el Rata fumaba en la sala de mi casa porque yo, de alguna manera, lo había invocado al escribir aquella falsa nota en la que le explicaba a mi padre que había salido a jugar con él. Tras invitarlo a mi vida desde el terreno de la ficción, el Rata había acudido a ese llamado en la realidad. Que se hubiera hecho amigo de Mariana era sólo una consecuencia de esa invocación.

Seducido por esta nueva variante de mi megalomanía, me dediqué a escribir notitas falsas sobre los más diversos temas, esperando que tuvieran iguales consecuencias en la realidad. Para acrecentar el efecto mágico o parapsicológico de mis invocaciones, escribía esas notas — expresión de mis más secretos deseos— en los papeles multicolores del origami, y luego procedía a doblarlas en imperfectas garzas y en abstractas pagodas, convencido de que así se cumplirían mis fantasías más rápidamente.

Escribí un final alternativo para el mundial de fútbol, escribí sobre viajar en el tiempo desde la comodidad de mi clóset y escribí, en fin, sobre el regreso inesperado y feliz de Teresa, una

mañana cualquiera, trayendo entre las manos una pizza hawaiana. Pero Brasil siguió siendo campeón del mundo, mi Cápsula de luminosidad cero siguió siendo un triste clóset con cojines y Teresa no regresó a nuestras vidas, ni con pizza ni sin ella, ninguna mañana de aquel largo verano. Teresa no regresó, de hecho, ninguna mañana de ninguna estación de ningún año.

8.

Un día mi padre nos anunció que regresaría del trabajo más tarde de lo habitual. Extendió sus explicaciones más de lo necesario: habló de las múltiples implicaciones que la firma del TLC suponía para su trabajo. Yo no sabía qué era el TLC, pero sabía que nada que requiriese ser firmado era divertido o interesante. Uno de los momentos más temidos del año era cuando Teresa firmaba mi boleta de calificaciones. Al cumplir los dieciséis, Mariana había pasado dos semanas practicando la que sería su nueva y definitiva firma: su nombre en una caligrafía que a mí me parecía incomprensible. Un buen día practicó su nueva firma sobre un documento importante que Teresa había dejado junto al teléfono y se llevó una reprimenda notable. En una kermés de la escuela, el año anterior, yo había tenido que firmar mi acta de matrimonio: mi esposa —una niña de mi salón cuyo nombre, Karime, me parecía seductor y misterioso— se burló de mi firma y decidió que nuestro matrimonio se había terminado, segundos después de haber comenzado. Las firmas, en resumen, pertenecían a la parte más turbia del mundo de los adultos, así que asumí que el retraso de mi padre, aquella tarde de agosto, era achacable a un evento malévolo, y me preocupé un poco.

Mariana en cambio pareció alegrarse al saber que mi padre llegaría tarde; eso le daba más margen de maniobra para fumar cigarros con el Rata, beber cerveza con Citlali o romper las reglas tácitas del hogar de alguna otra manera. A mí ese afán de transgresión me resultaba incomprensible; no porque tuviera un apego particular a la autoridad establecida o a las reglas impuestas por Teresa, sino porque tenía un particular apego a las repeticiones, los patrones, la forma en que los días parecían doblarse siempre por el mismo eje, como un papelito cuadrado que exhibe la memoria de sus pliegues pretéritos. La transgresión de las reglas, fin último y anhelo casi obsesivo de mi hermana, era para mí como doblar la hoja en el sentido contrario a lo indicado por el doblez, como ignorar todas las pistas que parecían señalar, a gritos, que había que elegir una determinada aventura. Más tarde aprendí que un papel se puede doblar a la mitad sólo un cierto número de veces, y que las aventuras que te llevan al desenlace más satisfactorio de una historia no son las que elegiste sopesando razonadamente el significado de las pistas, sino aquellas emprendidas al calor del instante —ese papel sin pliegues, ese eterno cuadrado sin memoria—.

Como de costumbre, el Rata llegó ese día en torno a las tres de la tarde, acompañado por uno de sus guardaespaldas y por una bolsa llena de cervezas en lata. Se veía más aseado que de costumbre, como si se hubiera bañado poco antes de salir de su casa. Me pregunté si su escolta lo habría esperado en la calle mientras él terminaba de bañarse. Seguramente sí. El Rata se comportaba con sus amigos como un criminal consumado, aunque su verdadero historial abarcara, como mucho, sustracciones menores en las tiendas de abarrotes del barrio y quizás el consumo ocasional de drogas blandas. Verlo recién bañado lo humanizó todavía más a mis ojos, como si

con eso terminara de caerse de ese olimpo de leyendas barriales en el cual algún día lo había situado, al verlo a lo lejos junto a las Canchas. Si el Rata se bañaba, probablemente tenía una mamá que lo obligaba a hacerlo. Yo no tenía una mamá, de momento, así que en el fondo podía hacer lo que quisiera, al menos hasta el final de las vacaciones. Esta idea me hizo sentir, repentinamente, un poco más adulto —más adulto que el Rata, lo cual ya era mucho decir—.

Mariana me gritó que me fuera a mi cuarto y cerrara la puerta. Había ido agarrando confianza en su papel de «adulto responsable» y ahora ya no se dejaba amedrentar por la amenaza de una acusación: me daba órdenes con aplomo.

El Rata me despeinó cuando pasaba enfrente suyo, rumbo a las escaleras. «Morrito vaciado», dijo, y su guardaespaldas —el niño del arete en la ceja— soltó una risa estúpida, que a mí me sonó forzada. El gesto del Rata no me molestó; había cierto compañerismo en la forma en que me trataba, como si él se convirtiera en una especie de médium y canalizara los sentimientos fraternales que mi hermana, más fría, no se atrevía a expresar nunca.

Subí a mi cuarto y me puse a leer mi libro de *Elige tu propia aventura*, pero estaba demasiado distraído y muy pronto lo dejé de lado. Descubrí que tenía un diente flojo. Los dientes de leche más centrales se me habían caído ya todos, tanto los de arriba como los de abajo, pero todavía me faltaba uno de los caninos superiores y tres molares, que se resistían pese a mi tendencia a empujarlos de manera insistente con la lengua. El hallazgo de un diente flojo era heraldo de abundancia; no porque creyera en el ratón de los dientes (mi madre había decidido criarnos en un riguroso ateísmo que excluía a Santaclós y quimeras parecidas), sino porque cuando se me caía un diente me llevaban a una librería en Coyoacán y me dejaban escoger un libro. Mi exigua biblioteca se había ido poblando gracias a ese ritual con libros de vampiros, de ilusiones ópticas tridimensionales, libros ilustrados de dinosaurios y novelas juveniles de todo tipo. Coyoacán me gustaba porque parecía un lugar mucho más feliz que la colonia Educación: lleno de libros y palomas y carritos de chicharrones.

La disyuntiva ahora, con la inminente caída de mi diente, era pedir una nueva entrega de la serie de *Elige tu propia aventura* o un libro sobre samuráis que había visto en la última visita a la librería. Pensé que el libro de los samuráis, al ser sobre algo japonés, me ayudaría a desarrollar mis aptitudes como origamista. Al mismo tiempo, necesitaba también desarrollarme como detective si quería descifrar, con más precisión, en qué punto de Chiapas estaba de campamento Teresa y cuánto tiempo iba a pasar ahí antes de volver a casa. La prolongación de esa ausencia comenzaba a resultarme angustiante, y las imágenes del Robachicos metiéndome en su costal sin fondo se repetían cada noche, con variantes más y más siniestras, como resultado evidente de esas angustias.

Escuché cerrarse la puerta de metal que daba a la calle y deduje que el niño del arete en la ceja se había ido. No era raro que el Rata apareciera con alguien, como para fingir que se trataba de un plan colectivo, y que luego esa persona desapareciera misteriosamente, dejándolo solo junto a Mariana. A mí estos tejemanejes, insisto, me pasaban de noche, aunque considerados en retrospectiva me parecen pruebas más que obvias de las intenciones del Rata.

Desde el cuarto de mi hermana llegaba, como de costumbre, una música horrible, respunteada a veces con la risa estentórea, casi agresiva, del Rata.

Me metí a mi Cápsula de luminosidad cero. El ruido llegaba un poco más amortizado ahí adentro, como proveniente de una galaxia remota. Pensé que quizás el Robachicos robaba también adolescentes, si andaba de humor para ello; en una de esas llegaría a mi casa y raptaría en su costal sin fondo al Rata y a Mariana, que reían y fingían pasar un buen rato juntos (me resultaba

inconcebible que realmente estuvieran pasando un buen rato). A mí, en cambio, no me encontraría nunca: yo estaba más allá de todo, en un espacio vacío, inalcanzable, bastante cómodo y radicalmente oscuro, donde no se veía nada más que las explosiones de colores que se ven cuando uno cierra con fuerza los ojos. Me concentré en esas figuras durante un rato. Si me tallaba los ojos con los nudillos, componían coreografías interesantes, como los fuegos artificiales de año nuevo que Teresa nos había hecho contemplar desde la azotea un par de veces.

Pasaron minutos, quizás horas. Las explosiones de colores de los párpados cerrados empezaron a organizarse hasta convertirse en pagodas, en garzas, en ranas y globos de origami perfectos. Luego, poco a poco, empezaron a tejerse historias con esas figuras y esos personajes. El tránsito al sueño fue dulce, indoloro. Soñé estructuras fractales: origamis con nervios principales que se doblaban sobre sí mismos como un niño doblado sobre sí mismo en la bolsa del Robachicos. Soñé que hacía origami con periódicos de los últimos ocho meses: periódicos con fotos de pasamontañas y con asesinatos de políticos y con goles de la escuadra brasileña en el mundial de fútbol.

Hacia el final de mi periodo de sueño, cuando el cuerpo ya empezaba a acusar los efectos de dormir doblado sobre sí mismo, sentado al interior de mi Cápsula de luminosidad cero, soñé que robaba la carta de Teresa, donde le decía a mi padre que estaba en Chiapas, y hacía con ella una pieza de origami tan compleja que incluía varias especies animales, además de multitudes de personas arracimadas en mitad de la selva y un castillo con más de cuarenta habitaciones, detrás de cuyas puertas me esperaban misterios irresolubles y estrechos laberintos.

Cuando desperté, sudado y adolorido, la casa estaba en silencio. La música de Mariana parecía haber cesado, y también la risa estruendosa del Rata. Permanecí sentado dentro de la cápsula durante unos minutos, incapaz de mover las piernas. Había pasado demasiado tiempo en la misma postura. Me pregunté si sería de noche o si habría luz afuera todavía. Si mi padre habría regresado de su trabajo, si habría restos de comida que pudiera rescatar de la cocina para saciar el hambre que sentí de pronto.

Abrí lentamente la puerta del clóset. Una vez fuera, me estiré como me habían enseñado a hacer en la clase de educación física antes de una competición. Me senté en el suelo con las piernas extendidas y traté de tocar mi rodilla derecha con la frente, luego la izquierda. Al hacerlo, con los ojos cerrados, tuve un nuevo destello de aquellas figuras de colores que había visto justo antes de quedarme dormido, pero esta vez eran más débiles, como si la Cápsula de luminosidad cero hubiera amplificado su efecto, su definición, su complejidad.

La luz lánguida del atardecer entraba por las cortinas de mi cuarto. A esa edad, el atardecer me daba vértigo por su velocidad. Me angustiaba vigilar el avance de las sombras, que se alargaban y se arrastraban por el piso de loza de mi cuarto como reptiles hambrientos y luego desaparecían en lo oscuro sin bordes de la noche. Pero este atardecer era distinto: era un atardecer detenido, como si un enorme reflector de estadio deportivo o de set cinematográfico alumbrara desde la calle, generando una atmósfera irreal, un exagerado dramatismo de la luz, un atardecer falsificado. Me pregunté cuánto tiempo habría pasado adentro del clóset. Pensé que quizás aquello no era el atardecer, sino el amanecer del día siguiente. Eso explicaría la calma reinante, la sensación de novedad que parecía tenderse sobre el mundo.

Nunca había estado despierto al amanecer. Una vez, al salir muy temprano de vacaciones hacia Acapulco, mi padre me había cargado todavía dormido y en pijama hasta el asiento trasero del

coche, y yo había intuido entre sueños una luz parecida a ésta, punzante y casi falsa, que ahora pesaba sobre mis hojas multicolores de origami, regadas por el suelo sin orden ni concierto.

Desde el pasillo noté que tanto la puerta del cuarto de mi hermana como la del cuarto de mi padre estaban abiertas, y adentro de cada habitación reinaba la calma y la misma luz agónica: no había nadie en el piso de arriba de la casa.

Me froté los ojos con el dorso de las manos (nuevas figuras, otra vez tenues, estallaron bajo mis párpados) y bajé las escaleras en dirección a la sala, dispuesto a descubrir qué hora y qué día era. Estaba desorientado; la Cápsula de luminosidad cero había funcionado demasiado bien esta vez, aislándome del mundo, del ruido y del paso del tiempo. Quizás habían pasado varios años; quizá me había despertado en un mundo del futuro, y mi padre y mi hermana estaban muertos, al igual que mi amigo Guillermo y todas las personas que conocí en vida.

Sopesé esta posibilidad apocalíptica mientras bajaba con cautela (quizás el Robachicos estaba en la casa), sintiendo el piso frío contra mis pies descalzos. Desde el descanso de la escalera, agachándome con sigilo, alcancé a ver el reloj de la sala: marcaba las 7. Probablemente era la tarde: a las 7 de la mañana solíamos salir rumbo a la escuela, cuando no eran vacaciones, y la luz no se parecía nada a esa que inundaba mi cuarto. Pero todavía era imposible saber el día, el mes, el año en el que estábamos. Quizás había regresado Teresa desde Chiapas, trayendo consigo al hombre del pasamontañas y la pipa y una bolsa de regalos para mí. Con esta improbable fantasía rondándome salté los últimos tres escalones, emocionado de pronto.

Pero en la sala no se veía nadie. Desde luego no estaba ahí Teresa, ni el hombre del pasamontañas y la pipa. Mariana tampoco estaba ahí, ni mi padre. La tele de la sala estaba prendida pero sin volumen, y las imágenes que proyectaba me parecieron rarísimas, marcianas, como si también la programación se hubiera contagiado de ese aire de extrañeza que flotaba entre las cosas.

Cuando me dirigía hacia la cocina, una voz me sacó del onírico letargo en que avanzaba, pegándome un susto tal que casi me orino ahí y entonces: «¿Dónde chingados estabas?».

En contra de todo pronóstico, era el Rata quien hablaba, desperezándose sobre el sofá más largo. Me pareció raro no haber notado antes su presencia. Quizás tenía el poder de la invisibilidad. Quizás el consumo de tatuajes temporales en mal estado le había conferido aquel poder, como si se tratara de un superhéroe atípico. No le respondí porque no supe si hablarle de usted; caí en cuenta de que nunca le había hablado: sólo me había dirigido a mi hermana en su presencia, pero nunca al Rata directamente. Mi padre me había insistido mucho en que debía hablarle de usted a las personas mayores cuando no las conocía bien, pero no parecía lo indicado tratándose del Rata. Ni siquiera conocía su verdadero nombre. ¿Debía hablarle de usted y referirme a él como «señor Rata»? No parecía conveniente. Además, quizás estaba bajo el efecto de los tatuajes temporales. Quizás, incluso, había asesinado a mi padre y a mi hermana bajo el efecto de los tatuajes temporales y los había encerrado en una Cápsula de luminosidad cero, o en el garaje, junto a las cajas donde Teresa guardaba sus libros de la carrera («no podemos tenerlos en la sala», le había dicho una vez mi padre, «acumulan mucho polvo»).

«Mariana me pidió que me quedara aquí por si regresabas. Pensó que te habías escapado y salió a buscarte antes de que llegue tu jefe. Me arruinaste la fiesta, chamaco». La explicación del Rata me pareció incomprensible. ¿Qué fiesta había arruinado, y cómo, si lo único que había hecho era quedarme dormido en el clóset? Miré a mi alrededor con atención, a la búsqueda de indicios de alguna fiesta. ¿Habría estado ahí Citlali, con su voz aflautada y su olor a chicle?

El Rata notó mi confusión y elaboró un poco: «Mariana estaba bien preocupada, casi lloró

cuando no te encontramos en tu cuarto. ¿Dónde vergas te habías metido?».

De pronto entendí que el Rata era algo así como el novio de mi hermana, y me sentí ridículo por no haberlo entendido antes: todas las pistas estaban ahí y yo las había dejado pasar. ¿Qué otras verdades se me estaban escapando? Todo era posible. Me decepcioné de mis dotes detectivescas. Era mal detective, mal origamista y ahora incluso mal hermano. Mi megalomanía se resquebrajaba a pasos agigantados.

La revelación de que el Rata era, de alguna manera, parte de la familia, me pareció escandalosa, pero preferí guardarme mi opinión para cuando volviera Teresa: ella nunca permitiría aquella relación. Mi padre, por el contrario, no tenía idea de quién era el Rata y no tenía el olfato ni la intuición necesarios para comprender que aquello era una mala noticia, pues preconizaba la perdición de mi hermana, su adicción a los tatuajes temporales o su adhesión a la pandilla de mandros de la colonia.

«Estaba en mi Cápsula de luminosidad cero», le respondí, retador y orgulloso. «Pinche chamaco loco», reviró él, sonriendo por primera vez.

La luz entraba al sesgo por las ventanas mal cerradas del comedor. La sala estaba un poco más a oscuras. A excepción de mi cuarto y el de Mariana, a la casa no le pegaba nunca el sol.

Le pregunté al Rata qué día era y su respuesta fue encender un cigarro. Toda la casa olía a cigarro. Normalmente Mariana abría las ventanas cuando fumaban dentro, y luego encendía una vela aromática antes de que llegara mi padre (que de todas formas se daba cuenta, probablemente, pero elegía ignorar el problema). Esta vez el humo se había encerrado y el olor era repugnante. El Rata fumaba de una manera ansiosa, como si fuera de mala suerte dejar que el cigarro se consumiera solo.

Teresa fumaba a veces, pero siempre fuera de la casa, recargada contra la pared, junto al portón del estacionamiento; recordé verla así al regresar de la escuela, doblado por el peso de mi mochila. Teresa fumando con aire ausente, saludándome distraída, mirando hacia el final de la cerrada (una calle sin salida, como su matrimonio, como el país, como la obsesión por escribirlo todo que me tiene postrado en cama, veintitrés años más tarde).

El Rata apagó su cigarro en un cenicero y fue hasta la cocina a tirar la colilla en el bote de la basura. Me sorprendió ese gesto suyo, que delataba un cuidado del que no lo creía capaz. Normalmente dejaba sus colillas aplastadas en un plato y era mi hermana o Citlali las que recogían, preocupadas por dejar la casa presentable.

A pesar de lo crítico de la situación (finalmente, mi hermana podía creer, en ese mismo momento, que el Robachicos me había secuestrado), el Rata actuaba tranquilo, quizás —pensé— porque en el fondo no le importaba tanto, o quizás gracias a su consumo de alcohol, que lo amilanaba.

«Voy a mi cuarto a hacer origami», le dije. No se me antojaba congeniar con él. Mi hermana se cansaría de buscarme y regresaría. Me dispuse a subir de nuevo las escaleras, pero en cuanto le di la espalda al Rata, éste me detuvo poniendo su mano, firme y pesada, sobre mi hombro. «Ni madres. Ahora vienes conmigo. Vamos a buscar a tu carnala».

9.

Cuando el Rata azotó la puerta metálica, a nuestras espaldas, confirmé que, en contra de lo que había creído por un instante, aquello era el anochecer y no la madrugada. Era una lástima: salir de madrugada a recorrer las calles de la colonia Educación acompañado por el mismísimo Rata le hubiera dado mayor dramatismo a mi relato cuando se lo contara a Guillermo y a todos los demás del salón.

La calle, a esa hora, estaba completamente vacía. Por otra parte, mi calle siempre estaba vacía, a cualquier hora. Sólo muy de vez en cuando se veía algún grupo de niños jugando fútbol, con las porterías en medio de la cerrada, marcadas con bultos hechos de mochilas y sudaderas. Pero ahora no, ahora estaba vacía; o casi: en la esquina de la avenida, a lo lejos, distinguí al frutero bajando la cortina metálica de su negocio.

Puede sonar exagerado, pero lo cierto es que a mis diez años me preocupaba mucho el asunto de la conciencia. Es decir, tenía frecuentemente esa sensación de malestar o extrañeza que está en la base de toda la filosofía —pero también de toda la angustia— y que nos hace preguntarnos por qué estamos pensando lo que estamos pensando, por qué estamos vivos, por qué el ser y no la nada, etcétera. Según mi teología infantil, que ya resumí más arriba, un dios directamente involucrado en mi crianza era o debía ser el responsable de todo aquello. Pero a veces se ausentaba, o me parecía un poco más inverosímil, y entonces la sensación de sinsentido, de gratuidad y de inminencia de un desastre se cernían sobre mí. Cierto que entonces yo no tenía las palabras para expresarlo. Simplemente me movía por el mundo con una seguridad que de pronto se esfumaba, haciéndome sentir vulnerable, pequeño, a la merced de cualquier peligro.

Esa tarde, caminando junto al Rata por las calles de la colonia, tuve un episodio de angustia metafísica de ese tipo: un desdoblamiento de mí (origami revertido) y una profunda sensación de desamparo. Nada tenía una razón de ser. Por más cartas que robara, nunca conocería la verdadera razón de la partida de Teresa. Por más Cápsulas de luminosidad cero que fabricara y por más horas que pasara dentro de ellas, nunca lograría desaparecer del todo ni hacerme invisible ante los agentes del mal. Y por más que doblara papeles y hojitas de arbustos por la mitad, el origami nunca le daría sentido a nada, porque la simetría no era una condición del mundo, sino una invención del entendimiento; la mitad de una hoja de papel era siempre imperfecta y, por tanto, las garzas, las ranas, las pagodas y los kimonos de papel doblado tenían una mentira en el fondo de sí mismos, y también los seres humanos de carne y hueso, por cierto: también nosotros estamos constituidos, fundamentalmente, por una mentira, o al menos por una ficción (mentira redentora). Así como el pliegue que constituye el fundamento del origami descansa en una falsa idea, así el pliegue más íntimo de nuestra personalidad, el pliegue al que nadie accede, el pliegue de la intimidad —el envés doloroso que escondemos, que guardamos como una carta secreta en el buró de nuestra vida—; ese pliegue, decía, es también una ilusión óptica, y en realidad no cargamos

con más esencia que nuestros miedos, con más identidad que nuestras frustraciones, con más sentido que nuestro llanto en la honda noche de los tiempos.

Desde luego no pensé todo eso entonces, sino que ahora proyecto estas reflexiones sobre la muda preocupación que, a mis diez años, sentía como una especie de burbuja en un punto indefinido de mi enclenque caja torácica.

No siempre me es fácil hacer esa distinción, saber si mi recuerdo es solamente una proyección de lo que, postrado en el lado izquierdo de una cama matrimonial, rodeado de cuadernos borroneados y cajas de pastillas, pienso veintitrés años más tarde. Los recuerdos son construcciones que guardan poca relación con su supuesto origen, y cada vez que recordamos algo ese recuerdo es más autónomo, cada vez está más desprendido del pasado, como si se fuera desgastando la cuerda que lo unía a la vida misma hasta que un día se rompe y la memoria corre, libre y desbocada, por los campos baldíos del espíritu, como una cabra emancipada que huye al monte.

El Rata sacó de su chamarra de mezclilla una cajetilla de cigarros y me ofreció uno, que tomé por cortesía. El Rata me acercó la flama titubeante del encendedor y yo absorbí tan fuertemente como pude. Tosí y se apagó la llama, y en cuanto se apagó la llama pensé que quizás Teresa estaba muerta. Fue un pensamiento fugaz, que no había tenido desde que mi madre se desmayara en el pasillo exterior de un mercado, junto al puesto de piñatas y disfraces. Y aunque la idea oscureció mi ánimo como una nube que, en un segundo, lo ensombrece todo, no dije nada.

El Rata encendió su propio cigarro y le dio una larga calada, expulsando el humo por las narices y la boca simultáneamente, mientras yo estudiaba el proceso con detenimiento, ávido de aprender a fumar como aquel improbable héroe.

Las calles de la colonia Educación eran, y siguen siendo, todas iguales: cerradas que se desprenden de una avenida de doble sentido que desemboca en una avenida más grande. Estaban las Canchas, con sus porterías oxidadas, y unas resbaladillas también oxidadas en otro pequeño parque, atrás de una escuela primaria.

Construida originalmente para albergar a los trabajadores afiliados al sindicato petrolero, la colonia pasó más tarde a ser feudo del sindicato magisterial, que quiso ponerle de inmediato su sello: las calles llevan todas nombre de letras del alfabeto, y las avenidas llevan todas nombre de número. Algunas de las avenidas principales llevan el nombre de líderes sindicales, como si el abecedario incluyera sus gestas.

En la colonia Educación había que referirse siempre a la manzana de la que uno hablaba, porque podía ser que dos calles diferentes tuvieran el mismo nombre. Las manzanas, por su parte, se expresaban en números romanos. Yo había memorizado mi dirección (Calle H número 23, manzana III, entrando por Avenida 2) desde mis seis años, a instancias de Teresa, que compuso una melodía para que me fuera más fácil repetir y recordar la árida secuencia alfanumérica. A mi amigo Guillermo le sorprendía mucho que las direcciones en mi colonia sonaran como a un movimiento en el juego de Submarinos, en el que tienes que hundir un barco enemigo indicando su posición en un plano cartesiano. Decía que más que aprenderme mi dirección parecía que me había aprendido las coordenadas de mi casa. Yo no sabía qué carajos eran las coordenadas de algo, pero me daba pena preguntarle, así que me reía con él fingidamente.

El cigarro ofrecido por el Rata y la experiencia de angustia metafísica se aliaron para provocarme un mareo súbito, una especie de fiebre y, a la vez, una lucidez que acaso se desprendía del sentimiento de enfermedad. Sentí que iba a vomitar, pero por suerte no salió nada. El Rata me miró de reojo y se rio un poco. Con un gesto amistoso me dio un ligero puñetazo en el hombro, un golpe que no llegó a dolerme y que me hizo sentir grande, a su altura. A lo mejor el Rata ya era mi amigo. Luego me arrancó el cigarro de la boca y le dio una calada él mismo, al tiempo que fumaba del suyo. Los dos cigarros colgaban de su labio como en un truco de magia, sostenidos quién sabe cómo. Se los quitó de la boca con la mano derecha y soltó el humo, mucho humo, por la nariz y la boca, igual que antes. Yo lo miraba estupefacto, sin comprender por qué alguien querría fumar dos cigarros al mismo tiempo. Como leyendo mis pensamientos, el Rata murmuró: «Así no se desperdicia. De todas formas no ibas a aguantar fumártelo todo». Me molestó su insinuación, pero tuve que aceptar —y conceder mediante el silencio— que era verdad.

Caminamos por la Avenida 3, pasando frente a la papelería de las maquinitas y la taquería Los Orgullosos, en la que giraba el trompo de carne rojiza de los tacos al pastor. El olor a chamuscado de la carne se mezclaba con un olor menos placentero, de alcantarilla. No le pregunté al Rata adónde íbamos porque me pareció emocionante seguirlo, y porque en cualquier caso toda la escena tenía un aire onírico que me tenía en vilo, como si esperara despertarme de un momento a otro.

Llegamos a Canal de Miramontes, que para mí era el nervio principal del cosmos. Más allá de Miramontes se abría la otra mitad del orbe: aquello que no era la colonia Educación, el confin oscuro que, en mi imaginación, agrupaba lugares tan dispares como Taxqueña, Cuernavaca, Chiapas y los Estados Unidos. Todos aquellos insondables destinos debían medir mil o diez mil veces el tamaño de la Educación, según mis apresurados cálculos. Es decir: eran espacio suficiente como para perderse de manera irreversible: un infierno más hondo que el costal de papas donde el Robachicos guardaba a los niños secuestrados.

El Rata fumaba como si la atmósfera de la Tierra le resultara venenosa y sólo el humo del tabaco lo mantuviera vivo. (Y lo cierto es que el aire de la atmósfera, en ese punto y ese momento, era altamente venenoso para todos, con valores de contaminación del aire rondando los 200 puntos IMECA: respirar, durante aquel verano de 1994, era un deporte de alto riesgo). Se fumaba cada cigarro hasta el final, hasta que el olor del filtro le recordaba que era momento de encender el siguiente. Su voz era nasal e inestable, oscilando entre el barítono profundo que llegaría a ser meses más tarde y el agudo chillido de su infancia. Quizás por eso no hablaba mucho. Me miraba de reojo y con aire sospechoso, como si tuviera algo importante que decirme pero se arrepintiera antes de hablar. Cuando llegamos a la esquina de Taxqueña y Miramontes, el Rata pareció dudar durante una fracción de segundo. Tiró su cigarro, esta vez a la mitad, y me encaró, poniendo sus manos sobre mis hombros, como para evitar que me distrajera con el desmadre de coches y puestos ambulantes. «¿Sabes dónde vergas está tu mamá, niño?».

Por fin podía demostrarle al Rata que yo no era ningún niño, que estaba al tanto de lo que pasaba; más al tanto, incluso, que la propia Mariana. «Sí», le dije, seguro de mí mismo por primera vez en toda la noche. «Está en Chiapas. De campamento».

La cara del Rata se transformó. Evidentemente no esperaba esa respuesta de mi parte. Del mismo modo que su voz traicionaba a veces una edad anterior, su gesto de asombro le devolvió el rostro que debía haber tenido años atrás —antes de incurrir en el consumo de cervezas, cigarros y tatuajes temporales—. Trató de recomponer su facha de adolescente maldito y maleado y me

examinó como tratando de averiguar si yo mismo era consciente de las implicaciones de mi respuesta.

«Tengo hambre», le dije, intentando cambiar de tema pero también porque, efectivamente, el hambre había regresado de golpe. «Como me quedé dormido en mi cápsula, no comí nada».

Los peseros y los trolebuses formaban un muro infranqueable sobre avenida Taxqueña. El Rata se acercó a un puesto callejero, dejándome unos pasos atrás, para comprar una Coca-Cola de lata y unos cacahuates japoneses. La mujer del puesto no tenía cambio para el billete de doscientos nuevos pesos que le tendió el Rata, quien tuvo que rebuscar monedas dispersas en sus bolsillos. Me tendió la bolsa de plástico con el botín: «Trágale, morro».

Yo me estaba empezando a cansar de su trato displicente, pero la aventura de haber salido más allá de la colonia, acompañado de alguien más popular que todos mis amigos, me obligaba a tragarme mi enojo: había algo más grande en juego.

El Rata hizo un gesto indicándome que lo siguiera y se lanzó entre los trolebuses y peseros sin esperar al semáforo. Creí que moriríamos, pero lo seguí de todas formas porque me daba más miedo quedarme vivo y solo en la avenida Taxqueña. Cruzamos entre cláxones polifónicos y transeúntes ajetreados que cargaban bultos y maletas. Eran los dominios de la estación de autobuses. Frente a ésta, el tianguis de Taxqueña, rodeando el paradero de micros y la boca del metro, se extendía como un océano de baratijas.

Una mujer pasó muy cerca de mí cargando un pollo vivo que se debatía bocabajo, amarrado de las patas. Me fijé por un momento en dos niños harapientos que jugaban a lanzar piedras contra una botella de vidrio.

Casi en la entrada de la terminal de autobuses, el Rata pareció dudar un momento. «Se me hace que Mariana debe estar por acá, en la estación. Ella también sabe adónde se fue tu jefa», puso énfasis en esta afirmación, como mostrando que estaba al tanto de todo desde antes de que yo se lo contara.

Algo no cuadraba del todo: si mi hermana me estaba buscando, ¿por qué había ido a la estación de autobuses? Yo nunca había expresado ningún interés en viajar en autobús a ningún sitio. A veces hablaba de volar en avión, e incluso de hacer algún viaje en barco, lo cual me parecía emocionante y extraño, pero los autobuses me parecían predecibles y feos. Alguna vez habíamos ido Teresa, Mariana y yo a Tepoztlán en un autobús salido precisamente de Taxqueña, y el olor a vómito que parecía emanar del baño me había mareado a los diez minutos. Si Mariana me conocía al menos un poco, me estaría buscando en las Canchas, o en las resbaladillas, o en cualquier otro punto de la colonia Educación, no en la estación de autobuses del metro Taxqueña.

El Rata adivinó que algo me tenía inquieto, supongo que era evidente (cuando me preocupo se me tensa mucho el entrecejo, incluso hoy en día). Habló rápido, con nerviosismo; por primera vez entendí que tampoco él sabía exactamente qué estábamos haciendo: «Mira, morro, Mariana andaba un poco borracha. No le digas a nadie. Estuvimos tomando en su cuarto. Cuando no te encontramos en toda la casa se puso a llorar y pensó que te había pasado algo. Luego empezó a decir incoherencias sobre tu jefa, que estaba en Chiapas y no sé qué de que iba a ir a buscarla. Yo no le hice mucho caso porque pensé que nomás tenía miedo de que la regañaran. Me encargó que me quedara a esperarte y salió corriendo. Pero ya tiene como dos horas de eso», el Rata hizo una pausa, permitiéndome asimilar todo antes de seguir. «En Chiapas está la guerra, ¿sabías? Hay tanques y militares. Tenemos que encontrar a Mariana».

Era una información difícil de digerir. Que Teresa, una mujer adulta de voz monótona y firmes

convicciones se fuera a Chiapas era una cosa, pero que mi hermana hubiera decidido seguirla estando borracha me pareció mucho más grave.

Desde luego, yo sabía que había una guerra en Chiapas, lo había visto en la tele. Durante los últimos meses no se hablaba más que de eso en todas partes. En la escuela nos habían reunido a todos en el auditorio para explicarnos que en la ciudad no iba a pasar nada, pero el hermano mayor de Guillermo le había dicho a mi amigo que los zapatistas iban a matar al presidente y a quitarle sus casas a la gente rica. Aunque el hermano de Guillermo no solía ser una fuente fiable, mi amigo y yo nos habíamos sobreexcitado con esa idea. Teresa vivía murmurando insultos contra el presidente («el pelón asesino», le decía) y la promesa de su derrocamiento, escuchada durante los primeros días del año, me emocionó durante un par de semanas. Luego en marzo alguien le había disparado a Colosio, el candidato del PRI a la presidencia —que según Teresa era igual de malo que «el pelón asesino»—. Eso había sucedido en Tijuana, que según mis clases de Geografía —materia que nunca fue mi fuerte— estaba más o menos en el extremo opuesto del país. Ahí es cuando la guerra y la crispación nacional terminaron de irrumpir definitivamente en la casa de la colonia Educación. Las discusiones entre Teresa y mi padre sobre la situación en Chiapas y las próximas elecciones fueron creciendo en intensidad y volumen. Sólo el mundial de fútbol había logrado calmar los ánimos durante treinta días, distrayendo a mi padre de la actualidad noticiosa.

El ruido de la guerra y la política se magnificaba en la escuela. Los niños de sexto jugaban a veces, durante el recreo, a asustarnos diciendo que habían visto zapatistas o, peor aún, soldados atrás de la cooperativa, en el terreno baldío donde la directora había prometido construir una cancha de fútbol rápido en un futuro.

Un buen día, un niño de mi salón había llevado a la escuela un pasamontañas rojo con un pompón en la cabeza y se habían organizado luchitas entre los dos más bravos, uno representando a los insurrectos con el pasamontañas y otro a las fuerzas del orden —que eran abucheadas por los niños más rebeldes, los que nunca se callaban en clase—. Yo le había contado a Teresa, en la tarde, sobre esos juegos que reproducían a escala la tensión política del país, y ella a su vez había intentado explicarme algo sobre los pueblos indígenas antes de ser interrumpida por mi papá, que me había arrastrado con él para ver un partido de la selección mexicana. En otra ocasión, mi padre había comentado, durante el desayuno, que Chiapas era un panal de abejas. Yo no había entendido aquella metáfora, pero la idea de un panal gigante, con ciudades enteras adentro y abejas enormes, me había provocado una pesadilla esa misma noche.

Todas aquellas escenas (las luchitas escolares, los gritos domésticos, el pasamontañas rojo con pompón, las abejas mutantes) vinieron a mi cabeza en desorden al escuchar al Rata mencionar la guerra, los tanques, la posibilidad de que Mariana, siguiendo a Teresa, se hubiese escapado también a Chiapas.

Me sentí traicionado. Me dolió que mi hermana, sabiendo donde estaba Teresa, no se hubiera sentado a hablar conmigo, a explicarme qué estaba pasando en nuestra familia. Me había dejado investigar a solas, robar la carta, pasar días enteros encerrado en un clóset oscuro en vez de planear una estrategia conjunta, un plan entre hermanos para recuperar a nuestra madre o para escapar los dos. Me pareció injusto que Mariana se hubiera ido dejándome con mi padre, abandonándome a un destino mediocre y aburrido mientras ella se lanzaba a una aventura.

Ahora el Rata quería arrastrarme hasta la estación de autobuses, o hasta la guerra, para salvar a mi hermana y quizás a mi madre. No quedaba muy claro por qué me necesitaba de escudero, pero yo no iba a cuestionárselo en ese momento. Era eso o volver a casa a ver repeticiones del Mundial

con mi padre, comer pizza hawaiana y hacer origamis no figurativos hasta el final de las vacaciones.

Pese a mi entusiasmo, lamenté no haber salido más preparado. De haber sabido que nos embarcaríamos en una expedición de semejante calibre habría llevado conmigo mi chamarra con bolsillos secretos y mi libro de *Elige tu propia aventura*, para usarlo a manera de guía. Pero comprendí que la vida, en ciertos momentos clave, nos ofrece la opción de elegir realmente nuestra propia aventura, y decidí que seguir al Rata hacia la guerra me convertiría en el niño más envidiado de la escuela, si lograba seguir vivo hasta el comienzo de clases.

Me imaginé el barullo en el recreo: los alumnos de sexto y hasta de secundaria rodeándome en la jardinera, pidiendo que les mostrara nuevamente las cicatrices adquiridas en el frente de batalla, que les contara una vez más cómo había sacado a Mariana de un lodazal en la selva mientras las balas silbaban en torno nuestro. Me imaginaba la reacción atónita de Guillermo, cuyo aburrido viaje a la playa —incluyendo el lujoso hotel donde seguramente dormía— palidecería frente al temerario relato de mi bravura.

Para cuando el Rata y yo traspusimos el dintel de la Estación de Autobuses del Sur, el único resultado de aquella aventura que mi imaginación alcanzaba a vaticinar era mi triunfo. Veía a Citlali riendo con su olor a chicle y a Ximena dispensándome una ternura afectada mientras yo les contaba cómo había encontrado a su mejor amiga, mi hermana, quien ahora me dejaba escoger la pizza que más me gustaba y me preguntaba con interés sobre el funcionamiento de la Cápsula de luminosidad cero. Veía a mi padre agradecido, comparándome con Beбето y Romário. Veía, sobre todo, a Teresa fumando contra el portón de la casa, en silencio, secretamente orgullosa de su hijo.

10.

El Rata preguntó por Mariana en varios mostradores de la terminal. Preguntaba tímidamente, como derrotado de antemano. A falta de una fotografía suya, intentaba en cada caso describir a mi hermana, pero sus herramientas lingüísticas eran más bien pobres: se limitaba a decir que era una niña de pelo negro con una camisa de cuadros amarrada a la cintura. Un cajero de una línea de autobuses que iban a Ixtapa dijo que una muchacha así había comprado un boleto para el autobús de las 8, pero recorrimos la sala de espera y no vimos a Mariana. Además, era improbable que fuera a Ixtapa. No había ningún autobús con dirección a Chiapas que hubiera salido en las últimas dos horas o que saliera pronto, pero lo más lógico hubiera sido tomar uno a Puebla, Veracruz o Oaxaca, y desde ahí otro que fuera directamente hasta San Cristóbal de las Casas. Al menos esas eran las conjeturas murmuradas por el Rata mientras caminábamos de un lado a otro de la estación —yo siempre unos metros detrás, esforzándome por parecer tranquilo—. Todos esos nombres de estados o ciudades me sonaban vagamente, de haberlos leído en mis libros de texto, pero no era capaz de representármelos de ningún modo. Eran sólo eso: nombres vacíos, intercambiables. Palabras mágicas que evocaban territorios ignotos en los que mi madre y mi hermana luchaban por un mundo más justo.

Finalmente, el Rata se cansó de preguntar y nos sentamos en la sala de espera número dos, junto a un puesto de mochilas que también ofrecía muñecos de peluche y tortas de pierna con queso. La silla en la que se sentó el Rata estaba vencida; la mía tenía un esquemático pene dibujado con plumón indeleble en el asiento. Toda la estación olía raro, como a comida quemada y a gasolina.

El Rata parecía indeciso, como si su plan un tanto ambicioso de rescatar a Mariana de quién sabe qué peligro se hubiese desinflado ante el primer obstáculo (un obstáculo además predecible, pues era improbable que encontráramos a mi hermana esperándonos sin más en la estación de Taxqueña). Quizás esperaba que alguien le dijera, a la primera pesquisa, en qué autobús iba montada, para que pudiéramos subirnos al siguiente con el mismo destino o interceptarlo en un taxi antes de que saliera de la ciudad. De pronto, la idea de tomar nosotros un autobús hacia cualquier parte, sin indicaciones más exactas sobre el paradero de mi hermana, debió de parecerle desalentadora. Su mirada se posaba brevemente sobre un objeto y luego sobre otro, como una mosca. Le pregunté si no íbamos a ir a Chiapas, si no quería seguir buscando a Mariana, si ya no quería ayudarme. Le pregunté muchas cosas atropelladamente, pero el Rata me respondió con un gesto esquivo que parecía significar «ahorita no estás chingando».

Esta falta de resolución suya me decepcionó. El Rata no sólo se bañaba antes de salir de su casa, obedeciendo a su madre con docilidad, sino que se achicaba ante el menor riesgo. Su fama de adolescente conflictivo me pareció, una vez más, injustificada. Pensé en delatarlo con los gañanes que generalmente lo seguían en las Canchas, explicarles que su ídolo no era sino un chavito asustado y de voz fluctuante, impostando un grado de madurez e incluso de maldad que no alcanzaría nunca.

De golpe, percibí una constante aterradora: según todos los datos disponibles, mi madre y mi hermana habían sabido lanzarse a la guerra sin vacilar dos veces, guiadas por convicciones o por pasiones que las montaban al lomo salvaje de la Historia. Mi padre y el Rata, en cambio, modelos de masculinidad distintos pero complementarios —el proveedor omnisciente, el rebelde irreductible—, se quedaban a la orilla de los acontecimientos, viendo partidos de futbol repetidos o aplicándose tatuajes temporales como energúmenos obsesionados consigo mismos. Lo que vaticinaba esta tendencia para mi propia vida me asustaba: el mundo era un lugar plagado de hombres cobardes que se vertían cerveza en la camisa limpia y de mujeres que los soportaban durante algún tiempo. En ese momento pensé que, si quería hacer algo de valor con mi tiempo sobre la Tierra debía, al menos simbólicamente, convertirme en esa mujer que el destino o la genética me habían impedido ser al momento de mi concepción. De lo contrario, estaba condenado a repetir los errores de mi padre y del Rata, a llorar por un partido perdido en tiempos extra o a rondar las casas de la colonia con el pelo recién lavado, acompañado siempre de chambelanes, sin atreverme nunca a hacer algo por mí mismo.

Cabizbajo, sentado en la sala de espera número dos de la terminal de autobuses de Taxqueña, el Rata se miraba las agujetas de los tenis, la mugre de las uñas, las anchas perneras de los pantalones, deshilachadas y sucias. Su boca parecía más grande, como si la gravedad actuara sobre sus labios tirándolos hacia abajo, confiriéndole un gesto de concentración infantil.

No sé de dónde saqué la confianza ni la entereza para hacerlo, pero de pronto me vi de pie, frente al Rata, diciéndole que teníamos que tomar un autobús a Chiapas, que teníamos que seguir a Mariana y a mi madre hasta la guerra misma si hacía falta. Las palabras me salieron solas y mi voz delató un exceso de sentimiento. El Rata me miró inseguro y murmuró algo que no alcancé a escuchar. Luego dijo que él también quería ver a mi hermana pero que era una mala idea, que probablemente no se había ido a Chiapas, que ella sola regresaría a la casa cuando se le bajara la borrachera y se diera cuenta de que estaba en problemas. Lo miré con enojo. El desprecio que sentía por él tomó la forma de una maraña de emociones que amenazaba con convertirse en llanto. Pensé que si seguía mirándolo a los ojos iba a terminar golpeándolo, aunque luego él me sometiera.

Al comprobar que yo seguía dispuesto a todo, el Rata volvió a la carga con nuevos argumentos y un tono más duro. Me dijo que no teníamos pinche idea de dónde estaba Mariana; que podía haber tomado un camión a Chiapas o un pesero a Ciudad Satélite, no había forma de saberlo. Yo nunca había ido a Ciudad Satélite, pero me sonaba a que estaba en otra región de la galaxia y me sorprendió que se pudiera llegar en pesero. Me senté de nuevo en la banca desvencijada de la sala de espera, junto al Rata. Las opciones se agotaban. El reloj al fondo de la sala marcaba las 8:40 de la noche. Pensé que quizás mi padre había llegado a la casa o estaría por llegar pronto. Un indigente se detuvo frente a nosotros y nos pidió dinero; el Rata lo ignoró y yo le hice un gesto que quería decir que no teníamos nada que darle. Cuando se fue el vagabundo me solté a llorar.

Hay otro recuerdo muy temprano sobre el que vuelvo cada tanto. Debió suceder poco después del desmayo de Teresa en el puesto de disfraces del mercado. Teresa, Mariana y yo caminábamos por una plaza de adoquines. En retrospectiva, he llegado a pensar que seguramente se trataba de la plaza de Coyoacán, pero no hay manera de saberlo. Mi madre nos había comprado un helado a cada uno, pero yo había tirado al suelo la mitad del mío y Mariana me molestaba lamiendo el suyo burlonamente, exagerando el placer que le provocaba. Junto al quiosco de la plaza, quince o

veinte palomas grises se paseaban comiendo restos de pan e inflando las plumas del pecho. Un poco por distanciarme de las provocaciones de Mariana, me solté de la mano de Teresa y corrí hacia las palomas.

Es un juego tan viejo como la ciudad misma, practicado por todos los niños que cruzan una plaza pública en cualquier sitio: intentar patear a las palomas y ver cómo salen volando. Parte del encanto de aquel juego es, supongo, sentirse peligroso pese a ser un humano miniatura: el poder ejercido sobre los más débiles —que a esa edad son sólo los pájaros—. Me gustaba percibir el aleteo a mi alrededor, el vuelo frenético de la huida que me dejaba, agitado y triunfal, en medio de una nube de plumas sucias y corucos.

Esta vez, sin embargo, había algo distinto. Una paloma en específico, más gorda y torpe que las otras, fue mi blanco definido de antemano. Antes de soltarme a correr la contemplé un instante. Parecía tan idiota como cualquier otra paloma, pero se movía más lentamente que sus compañeras, como si su instinto estuviera atrofiado o dormido. Corrí hacia ella a todo lo que daban mis cortas piernas. Las otras palomas levantaron el vuelo a mi paso; escuché el aleteo y sentí el movimiento de sus sombras en el suelo. Pero la paloma gorda seguía ahí, inmóvil, indiferente a su destino.

Cuando estaba a medio paso de ella, la paloma hizo un amago de despegue, pero incompleto. Había en ella una aspiración al cielo, como en tantos otros bípedos, pero una incapacidad factual para alcanzarlo.

Recibió mi patada en un costado, justo por debajo del ala. Si yo no hubiera sido un niño de cinco años más bien escuálido probablemente la habría matado, pero la paloma sólo rodó por el suelo dando dos o tres vueltas sobre su desastrado eje, como un muñeco de trapo. Luego se puso de nuevo en pie.

Lo había logrado. Había pateado a la paloma más gorda de la plaza, cumpliendo así con la secreta aspiración de todos los niños de mi edad que correteaban detrás de las estúpidas aves. El deseo de ejercer la crueldad se había visto, de pronto, satisfecho. Había conseguido patear a la paloma y, paradójicamente, algo se había roto adentro mío. Al pegarle la patada me había herido también a mí mismo.

Cuando voltéé a ver a mi madre y a mi hermana, que me miraban estáticas y pasmadas a quince o veinte metros de distancia, entendí la dimensión de lo que había hecho, la gravedad de mi transgresión. Y me puse a llorar.

Lo que más recuerdo de todo el episodio es la distancia de Teresa, que se negó a consolarme cuando llegué hasta ella con la cara llena de lágrimas y mocos. «Vámonos», dijo, y los tres caminamos de regreso al coche, sin decir nada.

Al llorar sentado junto al Rata, en la sala de espera número dos de la Terminal de Autobuses del Sur, recordé la sensación de aquella patada sobre el costado suave de la paloma, junto al quiosco de la plaza de adoquines. Y aunque mi llanto se volvió más doloroso con aquel recuerdo, también se volvió un llanto más adulto, un llanto que —por primera vez— no respondía a una circunstancia presente y específica, sino a la vaga conciencia de haber perdido algo irrecuperable.

El Rata se puso de pie. Parecía desesperado por mi llanto, como si no supiera lidiar con la expresión pública de las emociones. Había miedo en su mirada: miedo al juicio de los otros, los extraños, pero también miedo a que mi llanto desatara en él algo que había anudado con esfuerzo a lo largo de su vida; miedo a llorar conmigo, por mí, a mi lado, como dos niños perdidos en una estación de autobuses.

El Rata sacó de su bolsillo, con precipitación, un puño de billetes arrugados que me tendió sin ceremonia. «Ve tú», dijo entre dientes, y se fue caminando con prisa hacia el ruidoso tráfico de la avenida Taxqueña, sin volver la mirada.

DOS

1.

La cama desde la que escribo tiene un aspecto asqueroso. Las sábanas exhiben manchas de sudor secas sobre manchas de sudor secas —el dibujo geológico de mi sedentarismo—. Es una cama tamaño matrimonial. En general estoy siempre del mismo lado, de modo que la mitad izquierda del colchón parece un poco más hundida, más gastada por el uso. No hay posible simetría, aquí tampoco.

La cama ocupa el único cuarto del departamento —el único que tiene puerta además del baño—. El resto es todo continuidad: cocineta, salita y una mesa para dos, todo apiñado en un mismo ambiente.

Rara vez me aventuro más allá de la recámara, como no sea para ir al baño, para calentar comida en el microondas o, excepcionalmente, para comprar algo en la tienda de abarrotes que hay en la planta baja de mi edificio.

Los viernes viene Josefina, una señora de sesenta y pico años que quita distraídamente el polvo y cocina un par de ollas de guisado: tinga de pollo, albóndigas en chipotle, arroz a la mexicana, rajas con crema. La mayoría de los platillos que prepara me provocan gastritis, pero asumo los síntomas como un castigo merecido; nunca me he quejado con ella.

Josefina trabaja, en realidad, para mi hermana, quien decidió que necesitaba alimentarme mejor y le pidió que viniera a mi departamento una vez por semana. De hecho, es Mariana quien le paga por venir. Al principio me resistí, pero finalmente acepté.

Compré este departamento con el dinero que me tocó de la venta de la casa de la colonia Educación, hace dos años. Mariana se gastó su parte en el enganche para un departamento mucho más amplio, cerca de su trabajo, pero yo decidí que no tenía paciencia ni constancia para asumir una hipoteca, así que compré el primer estudio para el que me alcanzó, sin reparar demasiado en la situación del edificio, que necesita mantenimiento urgente, o de la colonia, más bien peligrosa.

De haber seguido con vida, mi padre habría reprobado la compra de este departamento. Me habría hablado durante horas sobre la burbuja inmobiliaria, sobre las ventajas de tener un historial crediticio, sobre la conveniencia de comprar algo donde puedan crecer los hijos que no tengo, llegado el momento. De seguir con vida ahora, mi padre reprobaría todo lo que hago. Desde que murió no puedo dejar de hacer esos cálculos, como si yo mismo tomara la estafeta que me tendió al expirar, en un sórdido cuarto de hospital, y ahora tuviera la responsabilidad de regañarme a mí mismo en su nombre.

Algo parecido me pasó tras la muerte de Teresa, de la que tuve noticia el 23 de septiembre de 1994, el último día del verano. Es un lugar común eso de que la negación es la primera fase del duelo, pero a mis diez años no fue sólo la primera, sino la única durante mucho tiempo. Mediante los más complejos retruécanos mentales, lograba convencerme no sólo de que Teresa seguía viva, sino de que estaba más atenta a mis movimientos de lo que había estado nunca. Durante los

primeros dos o tres años imaginé su reacción a todo cuanto hacía. Casi podía escuchar su voz de autómatas explicándome por qué no necesitaba tener cierto juguete, por qué debía estudiar para mi clase de Historia sin memorizar las fechas, por qué mi hermana tendría una vida más difícil, por ser mujer, que la que yo tendría nunca.

A esos años de secreta evocación siguieron otros de imitación explícita. Entre 1998 y 2001 — los años más plenos y furiosos de mi adolescencia— adopté la costumbre, un poco forzada, de hablar como ella, en ese tono neutro y con mínimas variaciones que era tan suyo. A los quince o dieciséis años me dejé el cabello largo y empecé a peinármelo como se lo peinaba ella. Pero nunca logré verme como Teresa: los rasgos de mi padre, su voz, sus maneras bruscas y groseras se asomaban en mí sin desearlos.

Después pasó esa etapa de imitación y mi vida continuó por caminos relativamente convencionales, aburridos. Estudié una carrera y conseguí un trabajo. Tuve relaciones que duraron muy poco y resentimientos que duraron demasiado. Entablé amistades superficiales y un par de amistades profundas que luego se desdibujaron. Viví en departamentos compartidos y en departamentos tan pequeños como éste, que habité yo solo. Adopté un perro que un mal día se escapó y al que no volví a ver nunca. Contraí enfermedades curables y vicios crónicos.

A lo largo de todos esos años seguí viendo de vez en cuando a mi padre y más excepcionalmente a mi hermana. Y aunque seguí pensando en Teresa durante todo ese tiempo, también llegaron a pasar días y hasta semanas en los que conseguí olvidarla por completo, en los que no evoqué su voz ni la imaginé fumando recargada contra el muro de la casa de la colonia Educación. Días y semanas en los que no pensé, ni una sola vez, en el viernes 23 de septiembre de 1994.

Después de aquel verano seguí viendo al Rata en las calles de la colonia Educación durante algún tiempo, aunque nunca, después de aquella noche en la estación de Taxqueña, volví a cruzar con él una palabra. Mariana lo olvidó casi de inmediato, programáticamente, y empezó a salir con otros chavos y —más tarde— con otras mujeres. También la leyenda del Rata se fue apagando después del verano del 94, que al parecer fue la modesta cúspide de su popularidad. Se hablaba menos de sus correrías, se le veía menos en las Canchas e incluso su séquito de gañanes disminuyó o encontró un nuevo líder. Cuando de casualidad nos cruzábamos en la papelería de las maquinitas o en la taquería Los Orgullosos, yo buscaba la mirada del Rata y, en ella, algún rastro de complicidad, o al menos el reconocimiento de que aquella noche había existido, de que me había acompañado desde la sala de mi casa hasta la estación de autobuses de Taxqueña, de que me había ayudado a cruzar el tráfico en los confines de la colonia —en los confines del mundo conocido—. Pero el Rata me rehuía o fingía no conocerme. Me veía sin mirarme, como si yo fuera transparente y pudiera ver a través mío.

Durante mucho tiempo pensé que quizás el Rata había olvidado lo ocurrido. Finalmente, aquello no había tenido para él la misma importancia que para mí. Me había empujado a emprender una de las aventuras determinantes de mi infancia, durante las vacaciones que definieron mi personalidad, pero probablemente para el Rata había sido una noche entre muchas otras de su adolescencia, confundida en su memoria por las brumas del alcohol. Caminar con un niño del barrio hasta la estación de autobuses y regalarle un poco de dinero no podía significar mucho en una biografía a la que solían atribuirse acciones mucho más osadas.

El Rata desapareció de la colonia unos años más tarde, cuando yo estaba ya en la secundaria.

Su madre corrió el rumor de que se había ido a estudiar al extranjero (secreto deseo de toda madre en aquella colonia clasemediera y aquellos años aspiracionales), pero muy pronto se supo que había embarazado a una de sus novias y se dedicaba a vender ropa —algunos dicen que también marihuana— en diferentes tianguis del sur de la ciudad. La función que el Rata cumplía en la colonia Educación fue velozmente cubierta por personajes más turbios, que no se jactaban de usar tatuajes temporales ni de beber cerveza, sino de fumar piedra y asaltar farmacias.

Volví a ver al Rata a mediados de 2015, poco después de que le diagnosticaran a mi padre el avanzado cáncer que lo llevó a la tumba —antes de que mi vida se restringiera a esta cama revuelta y sucia, a estos cuadernos en los que trato de darle forma a lo indecible, como haciendo origami con las sombras—. Mariana y yo nos turnábamos entonces para pasar la noche en el hospital; eran jornadas agotadoras, pues mi padre aprovechó sus últimas semanas para reprocharnos sin descanso nuestras decisiones vitales (mis descalabros amorosos, la distancia de mi hermana). De Teresa, en cambio, nadie dijo nada, ni durante aquellos días de espera ni después, en el funeral de mi padre o cuando nos reunimos con el abogado para ejecutar su testamento y poner a la venta la casa de la colonia Educación.

Aunque el hambre del tumor no se detuviera ante ningún órgano, había algunas tardes en las que mi padre se veía milagrosamente repuesto y aparentaba de nuevo los cincuenta y nueve años que en realidad tenía. Pedía que le pusiéramos la tele y opinaba enfáticamente sobre todo. Sus tendencias autoritarias se habían acentuado con los años: despotricaba contra los maestros de la CNTE, exigía mano dura con los manifestantes de Paseo de la Reforma y se quejaba de la decadencia de la selección mexicana con el mismo tono exaltado, con la misma voz cascada. Cuanto menos entendía sobre un tema, más legitimado se sentía en sus opiniones. Naturalmente, ni mi hermana ni yo aguantábamos demasiado tiempo encerrados con él en el pequeño cuarto de hospital. Si era yo quien estaba de guardia durante aquellos arranques, salía a caminar por las calles aledañas y volvía veinte minutos más tarde, con la paciencia parcialmente restaurada.

Fue durante uno de esos paseos que me encontré con el Rata. Supuse que la enfermedad de mi padre y la consecuente revisión del pasado que ésta desencadenara en mí lo habían invocado o atraído de algún modo. No es extraño que esas cosas pasen: dejamos de ver a una persona durante mucho tiempo y luego un día pensamos en ella y nos la encontramos unas horas después en un lugar improbable. Mi experiencia, al menos, está llena de coincidencias de ese tipo. Aun así, el Rata era la última persona a la que hubiera esperado ver esa tarde.

No lo reconocí de inmediato. Había pasado mucho tiempo desde que desapareciera de la colonia y, obviamente, no era ya el cabroncete que había cortejado a mi hermana en los días inmediatamente posteriores a la partida de Teresa, sino un adulto con sobrepeso. Recuerdo que tenía en la coronilla una calvicie que se empeñaba en disfrazar amarrándose el pelo largo en una cola de caballo. Lo primero que pensé fue que era alguien muy parecido al Rata pero en versión decadente. Supongo que él habrá pensado algo parecido sobre mí —mi barba sin rasurar, el cansancio en mis ojos y mis prematuras canas no permiten suponer nada distinto—. Discutía con una adolescente que tenía pinta de ser su hija. Sé que me reconoció porque, justo después de que se cruzaran nuestras miradas, interrumpió el airado soliloquio que le soltaba a la muchacha, como si le diera vergüenza que yo lo escuchara. Ninguno de los dos dijo nada, pero nos miramos a los ojos durante un elástico segundo y tengo la certeza de que ambos recordamos aquella despedida silenciosa en la estación de autobuses, cuando me dejó pasmado, lloroso, con los billetes

arrugados en la mano extendida, y volvió caminando con prisa a su casa de la colonia Educación, a obedecer a su madre y bañarse diligentemente antes de salir a patrullar las Canchas.

Muchas veces he tratado de entender por qué el Rata me conminó a tomar un autobús hacia cualquier sitio; por qué no tuvo la madurez necesaria para llevarme de regreso hasta mi casa, donde probablemente hubiéramos encontrado a Mariana, ya cruda y arrepentida de su exabrupto, sentada frente a la tele y preguntándose, con una preocupación creciente, a dónde carajos me había ido.

2.

Las luces blancas que iluminaban el pasillo del autobús se apagaron en cuanto dejamos la estación de Taxqueña, entre pitidos de cláxones y pregones callejeros. Casi al mismo tiempo empezó la lluvia. Yo miraba el ajetreo de la ciudad recargado contra la ventana, con la frente pegada al cristal frío. Las primeras gotas empezaron a distorsionar el paisaje nocturno; se deslizaban ventanilla abajo siguiendo caminos impredecibles. ¿Qué determinaba que una gota siguiera en vertical hasta el final del vidrio o que zigzagueara y se uniera a otras gotas más grandes? ¿Quién dictaba el camino de esas gotas en su rápido descenso, guiándolas hacia los ríos que se formaban en la calle? Traté de seguir una de aquellas gotas con el dedo, pero muy pronto le perdí el rumbo. Mi vaho enturbiaba la ventanilla, contribuyendo a la borradura del paisaje. Las luces de los semáforos brillaban de un modo más dramático, distorsionadas por el efecto del agua sobre el vidrio. ¿Habría tomado Teresa un autobús como aquél para llegar a Chiapas?

Un señor vestido con el uniforme de otra compañía de autobuses apareció de pronto al final del pasillo, junto al conductor, chorreando agua del cabello, y con una voz muy ronca recitó un discurso memorizado, repetido mil veces: «Buenas tardes, señores pasajeros. Disculpen que vengamos a molestarlos en su viaje. Somos trabajadores del Sindicato Autónomo del Grupo de Autotransportes Tres Estrellas y venimos a pedirles su invaluable ayuda. Llevamos cuatro meses en huelga, en demanda de mejores condiciones de trabajo para los compañeros. Por ello, les venimos ofreciendo una variedad de productos a la venta, como galletas y papas adobadas, para costear los esfuerzos...». La señora que viajaba a mi lado me sonrió y me preguntó si quería unas papas adobadas para el viaje. Reaccioné con sorpresa pues no esperaba la interacción, mucho menos la oferta. Negué con la cabeza y volví a clavar la mirada en el vidrio empañado.

El vendedor de botanas recorrió el pasillo de ida y vuelta repitiendo de vez en cuando la lista de productos que ofrecía, luego descendió del autobús, despidiéndose amablemente del chofer. El mecanismo de pistones de la puerta, al cerrarse, hizo un ruido que me sobresaltó. La mujer que viajaba en el asiento contiguo aprovechó esta distracción para hablarme de nuevo: «¿Te esperan tus papis en Villahermosa?». La miré sin responder. Era imposible calcular su edad. Tenía una sonrisa que me pareció excesiva, casi falsa, y arrugas pronunciadas enmarcando sus ojos. No me esperaba nadie en Villahermosa. Había comprado aquel boleto de último momento por temor a que el Rata volviera, arrepentido, a pedirme que le regresara el dinero. El muchacho del mostrador me había explicado que desde Villahermosa sería más fácil tomar un autobús a San Cristóbal de las Casas o a cualquier ciudad chiapaneca a la que quisiera ir. Era el único autobús a Villahermosa que salía de Taxqueña, me había dicho. Según aquel joven, era mi única oportunidad de acercarme a Chiapas a esas horas de la noche, si no quería tener que irme hasta la Estación de Autobuses del Oriente.

Mi vecina de asiento repitió su pregunta, llevando esta vez al extremo el tono familiar: «¿Tus papis te reciben allá en Villahermosa, mi amor?». La frase ascendía hacia el final, convirtiéndose

en un agudo casi operístico. Una vez más no respondí. Pensé que podía tratarse de una trampa. La amabilidad de los extraños me parecía siempre sospechosa. Teresa me había advertido muchas veces sobre los riesgos de entablar amistad con un desconocido. Para asegurarse de que retenía el mensaje, mi madre había invocado incluso al Robachicos, una de cuyas técnicas sería precisamente aquélla: conversar amablemente con los niños hasta hipnotizarlos y meterlos en su costal sin fondo. Por si fuera poco, una campaña televisiva sobre peligros semejantes bombardeaba nuestras impresionables mentes cada tanto, interrumpiendo las caricaturas. Mariana a veces me molestaba imitando el gesto amenazante del hombre bigotudo que, en aquellos comerciales, agarraba a un niño del hombro con intenciones aviesas. Yo en esos casos me quitaba su mano de encima y la miraba con odio antes de ir a encerrarme a mi cuarto. ¿Podía el Robachicos ser una mujer de edad incalculable que viajaba de noche a Villahermosa, Tabasco?

La mujer me miraba con insistencia, un poco sorprendida o molesta de que no hubiera respondido a sus preguntas. «¿A poco eres mudito?», dijo, provocándome. El diminutivo me sonó a insulto y decidí romper mi silencio. «Mi mamá está esperándome en Chiapas», respondí con orgullo. «Ah, entonces te vas a echar todavía más horas de viaje que yo. Pobrecito. Me hubieras aceptado las papitas. Nomás a Villahermosa vamos a hacer como doce horas». Intenté que no se notara mi gesto de decepción al escuchar aquello. La mujer agregó, tratando de suavizar el golpe: «Pero no te preocupes, el camión hace dos paradas para que compremos comida y bajemos al baño». Sentí el impulso de preguntarle si Villahermosa estaba más lejos que Acapulco, que era mi única referencia de un viaje largo por carretera, pero pensé que era más sabio jugar la carta del entendido y le dije que estaba acostumbrado a viajar en autobús y que nunca me daba hambre.

Después de una tregua de algunos minutos la mujer, ignorando mi hostilidad, se soltó a contarme su vida. Yo intentaba mirar hacia el frente, mostrarme frío, pero a ella no parecía importarle lo que yo hiciera. Era oriunda de Villahermosa. Tenía dos hijos en la Ciudad de México y los visitaba con frecuencia. Les llevaba *tuppers* llenos de comida casera. Su hijo mayor había estudiado ingeniería y trabajaba vendiendo autopartes, mientras que el menor estudiaba todavía, algo relacionado con diseño. Compartían un departamento en la colonia Obrera, pero el mayor tenía pensado casarse pronto y mudarse con la esposa a una casita en Atizapán.

Como arrullado por los topónimos y por el tono de voz de la mujer —agudo sin llegar a ser molesto—, me fui quedando dormido. Hacía un esfuerzo por mantener los ojos abiertos, pero en algún momento me resultó imposible y cabeceé hasta caer del todo, recargando la cabeza contra el brazo de mi vecina. Ella dobló su suéter y lo puso entre su brazo y mi cabeza, a manera de almohada. Intenté luchar contra esta nueva expresión de su injustificado cariño, pero el sueño me venció y terminé cediendo, incluso cuando sentí que la señora me acariciaba la cabeza con el dorso de la mano.

3.

Ahora rara vez me acuerdo de mis sueños. Aunque paso muchas horas en la cama, el sueño y la vigilia son dos mundos que se dan la espalda. Nada de lo que sucede mientras duermo se filtra a mi existencia diurna, como no sea una angustia que parece emanar de ese lugar oscuro al que me escapo cada tanto, sin horarios regulares. Quizás se deba a que en general se trata de un sueño inducido por narcóticos, un sueño ciego. Pero incluso antes de que estuviera así, postrado en cama y sometido a una somnolencia sin bordes ni contornos, rara vez me acordaba de mis sueños. Por eso me sorprende recordar, con tal lujo de detalles, muchos sueños importantes que tuve durante mi infancia, y especialmente durante el verano de 1994. Es casi como si hubiera agotado mi material simbólico a mis diez años y desde entonces tuviera que bastarme la grosera literalidad del mundo.

Esa noche, en el autobús con rumbo a Villahermosa, recargado contra el brazo de una desconocida que acariciaba mi cabeza, soñé que nadaba en dirección a una isla. Unos meses antes había visto en la tele —en una de esas caricaturas polacas o checas que Teresa me permitía ver y que nadie más en mi escuela veía— una adaptación animada de Robinson Crusoe que sin duda informó aquel sueño y determinó su punto de partida. Pero mi naufragio no era como el de Crusoe.

La isla de mi sueño estaba rodeada por un muro en cuya parte superior había incrustados fragmentos de botellas de vidrio. Ésta era una costumbre arquitectónica bastante extendida en la colonia Educación y supongo que lo sigue siendo: los propietarios coronaban las bardas de sus jardines con vidrios, para desalentar a posibles ladrones. En mi sueño, aquellos vidrios eran de los más diversos colores, como si en vez de provenir de botellas rotas hubieran sido tomados de vitrales de iglesias en ruinas. Yo nadaba en torno a la isla entera, que no era muy grande, y no encontraba un solo punto por el que pudiera alcanzar la tierra firme: el muro resguardaba de manera infranqueable aquel prometido paraíso. Lo que mejor recuerdo es que en el sueño podía asumir dos perspectivas diferentes de la isla: por un lado, la veía desde mi posición de náufrago que aspiraba a tocar tierra, pero por otro lado la vislumbraba, en simultáneo, a vista de pájaro, desde un punto situado unos cinco metros hacia arriba de donde yo mismo estaba. Esta visión periscópica de la isla amurallada me la mostraba en todo su esplendor: en ella había, sobre todo, árboles de frutos rojos y una poza de aguas termales.

El sueño de la isla amurallada dio paso, sin transiciones ni desenlace, a otro distinto. También el segundo fue un sueño sobre todo visual. He reconstruido y narrado innumerables veces ese sueño desde aquel día —quizás añadiéndole detalles e interpretaciones sin desearlo, como suele suceder con esas cosas—.

Mi padre está comiendo algo en la mesa del comedor de la casa de la colonia Educación. Yo estoy de pie atrás de él, por lo que no alcanzo a ver qué come, aunque por sus gestos alcanzo a comprender que está comiendo con las manos, sin usar cubiertos. La luz del comedor parpadea dos o tres veces, como sucede con todos los focos de la casa cuando hay una tormenta, justo antes

de que se vaya la luz. Yo me acerco a mi padre lentamente, procurando que no me descubra. Cuando estoy a medio metro de distancia suyo, se da la vuelta bruscamente y descubro que se está comiendo una paloma. Podría ser la paloma gorda de la plaza que pateé cuando era chiquito, pienso, pero en realidad podría ser cualquier otra paloma o incluso un pollo cualquiera: no hay, en el sueño, detalle suficiente como para esclarecer este punto. Lo característico es que tiene plumas todavía, como si se la estuviera comiendo viva o, en todo caso, cruda y recién sacrificada. La escena es relativamente aséptica pese al horror que implica: no hay sangre y la cara de mi padre es de total normalidad, como si comerse una paloma cruda fuera lo más natural del mundo.

Me despertó la sensación de que el autobús se detenía, el mismo ruido de los pistones de la puerta al abrirse, el aire frío que entró desde la noche. Con una mezcla de vergüenza y sorpresa, levanté la cabeza del regazo de mi vecina de asiento y me alejé de ella lo más que pude, apretándome contra el frío de la ventana.

Tenía una sensación extraña en el estómago, una especie de vértigo que desde entonces he sentido varias veces, pero que aquella noche, en aquel autobús, no supe identificar. La mujer que viajaba a mi lado se había quedado dormida también. Miré con horror su boca entreabierta, el brillo de saliva en las comisuras, sus ojos cerrados como en un rictus de dolor. Al encenderse las luces del pasillo, la mujer abrió lentamente los ojos, como quien emerge de un coma profundo. Me miró sin entender dónde estaba y pude ver en sus pupilas el paso del sueño a la consciencia — como si la conciencia fuera una luz también, que se encendía—.

Además del difuso malestar estomacal noté un regusto metálico, parecido al sabor de la moneda de mil viejos pesos, que mostraba a Sor Juana. Pensé en pedirle un poco de agua a la mujer de junto, que parecía viajar preparada para todo, pero me incomodaba la idea de haber dormido sobre ella, de haberme convertido en un ser vulnerable —paloma herida, fallido origami— sobre su regazo, así que no dije nada y deseé en silencio que estuviéramos haciendo una parada técnica para comprar víveres (me quedaban todavía algunas monedas del dinero que me había dado el Rata).

Me asomé por la ventanilla esperando encontrar una estación de servicio, quizás incluso una terminal de autobuses. Pensé que tal vez estábamos ya en Villahermosa, que habíamos llegado al destino horas antes de lo esperado, de madrugada, y ahora tendría que esperar hasta el amanecer antes de abordar un segundo autobús que me llevara a Chiapas, donde encontraría a Mariana y a Teresa nada más salir de la estación. Tal vez mi hermana y mi mamá sabían que iba de camino y me esperaban con un pastel enorme con mi nombre, deseosas de verme, felices de que los tres hubiéramos escapado al aburrimiento de la colonia Educación. Felices, sobre todo, de escapar de mi padre: celebraríamos estar por fin a salvo de su monstruosa ordinariez, de su maldad en pantuflas.

Pero más allá de la ventanilla sólo se veía un paisaje polvoriento. Nopales, piedras y raquíuticos arbustos iluminados de pronto —como descubiertos infraganti en su ser arbustos— por luces errantes de linternas.

El chofer bajó del autobús y lo vi, a través de la ventana, discutir con tres hombres en uniforme militar. Luego abrió el compartimento de las maletas, hacia el que uno de los militares dirigió el haz de su linterna. Pensé que era un alivio no haber traído equipaje, pues ahora tendría que preocuparme ante la idea de que los soldados se lo robaran.

Desde una edad temprana, Teresa me había puesto sobre alerta ante la inherente vileza de todos los uniformados. Una vez nos había detenido una patrulla cuando nos llevaba a la escuela a Mariana y a mí. Un policía caminó hasta nuestro coche y, asomándose por la ventanilla, dijo: «Qué bonitos hijos tiene, señora. Debería manejar con más cuidado. No les vaya a pasar algo». Ella lo miró directamente, sin caer en el juego de intimidaciones, y respondió muy seria: «No he cometido ninguna violación al reglamento de tránsito, pero si usted insiste en que cometí alguna póngame la pinche multa y déjeme llevar a mis hijos a la escuela, porque no le pienso dar ni un peso». El policía, muy sorprendido, nos dejó ir sin ponerle ninguna multa, y Teresa nos explicó que los policías, los judiciales y los militares sólo querían humillar a la gente y quitarles el dinero, un poco como los niños abusivos que atemorizaban a los más pequeños en nuestra escuela.

Aquella temprana lección sobre el papel de las fuerzas del orden en la vida pública fue posteriormente reforzada con abundantes comentarios y argumentos sobre la actuación de los militares en Chiapas, cuando estalló el levantamiento a comienzos del 94. Mi padre se desesperaba con la «visión simplista» de Teresa, mientras que ella se quejaba de que él «relativizara cosas tan evidentes como la represión de Estado». Aunque aquellas peleas me parecían incomprensibles y, en última instancia, aburridas, pertenecientes a un mundo del que no conocía los códigos, el mensaje de que los militares eran unos hijos de la chingada se me había grabado a fuego en el subconsciente, del mismo modo que el miedo primigenio al Robachicos y a los tatuajes temporales se había inscrito en mí como un mecanismo de defensa, gracias a las leyendas que circulaban en el patio del recreo y entre los niños de la colonia.

Por eso, al ver a los militares esculcando el equipaje a través de la ventanilla del autobús de pasajeros, en mitad de la carretera y de la noche, tuve la certeza de que algo malo sucedería y volteé a mirar a mi vecina de asiento como buscando en su preocupación adulta la confirmación de ese mal agüero. Supongo que ella se dio cuenta de mi inquietud y trató de esconder, en la medida de lo posible, sus propios miedos. Me preguntó mi nombre (murmuré la respuesta) y me dijo que ella se llamaba María Concepción, pero que todo el mundo le decía Mariconchi. El nombre debió arrancarme una sonrisa involuntaria, porque Mariconchi me preguntó qué me parecía tan chistoso. Lo dijo con un tono juguetón, como si ella misma supiera que su sobrenombre era un poco ridículo.

Este intercambio distendió los ánimos. El hecho de habernos detenido en mitad de la carretera podía no ser tan grave después de todo. A lo mejor era algo que sucedía siempre y yo no tenía manera de saberlo. Justo cuando me consolaba con estos pensamientos, Mariconchi me agarró una mano y se acercó a mi cara, como para susurrarme algo. «Si te preguntan cualquier cosa, mi amor, tú dices que soy tu tía y que tus papis me encargaron que te llevara a Villahermosa, ¿sale?».

El plan de acción, lejos de tranquilizarme, dio nueva vida a mis presentimientos. ¿Quién iba a preguntarme si viajaba solo, si Mariconchi era mi tía, si mis «papis» me esperaban o no en Villahermosa? ¿Me someterían los militares a un interrogatorio? La posibilidad de que así fuera me dio escalofríos. A lo mejor me habían descubierto de algún modo. ¿Era ilegal que un niño viajara solo? Quizás Mariana había llamado a la policía o al ejército para decirles que me había escapado de la casa y las fuerzas de seguridad se habían movilizad por mar y tierra hasta encontrarme en aquel autobús incógnito que atravesaba la noche de un extremo a otro.

Uno de los militares subió al autobús. Las luces del pasillo seguían encendidas y eran lo suficientemente intensas como para ver con claridad a todos los pasajeros, pero el militar apuntó su linterna hacia el rostro adormilado del primer asiento. Lo examinó con detenimiento y apuntó después al de junto. Avanzó así por el pasillo, iluminando las jetas legañosas de cada pasajero. En

la tercera fila de asientos se detuvo más tiempo y le pidió a un señor con gorra de beisbol que bajara del autobús. El señor de la gorra trató de protestar o de pedir explicaciones, pero el militar lo miró con sorna y repitió el mandato: «Bájese y espéreme ahí». Otros cuatro pasajeros antes que nosotros corrieron la misma suerte.

Cuando finalmente llegó a la fila en la que estábamos Mariconchi y yo, no pude evitar apretarme contra ella. El militar paseó el haz de su linterna de una cara a otra, como si cotejara nuestros rasgos. «¿Es tu mamá?», preguntó mirándome. Intenté que mi voz sonara lo más grave posible al responder «mi tía», pero mi boca estaba muy seca y el sonido que salió de ella pareció más bien un hipo o un gruñido. «Bajen los dos para una revisión, de favor», dijo el soldado, y por un instante pensé que era mi culpa, que de haber sido capaz de hablar claramente, de articular la respuesta con aplomo de adulto, no nos habría pedido que bajáramos.

4.

El viento frío de la carretera me envolvió en cuanto pisé la gravilla. El autobús se había orillado en un área de descanso, junto a una casucha que se anunciaba como restaurante pero que estaba cerrada o, más probablemente, abandonada. A unos cuantos metros, una camioneta pick-up de aspecto oficial alumbraba con sus faros hacia la noche. Los pasajeros esperaban de pie, formados a un costado del autobús. Todos parecían tranquilos, bromeaban y aprovechaban para estirar las piernas y hacer conversación ligera. Esa actitud generalizada no me hizo sentir ningún alivio, sino más bien piedad: aquellos pobres no sabían lo que nos esperaba, pensé. Eran como vacas caminando hacia el matadero.

Imaginé el castigo que sufriría Mariconchi si se descubría que habíamos mentido a los militares, si se enteraban de que no era mi tía ni mi madre ni nada. Seguramente la encerrarían en un calabozo como el que se describía en la novela de *Elige tu propia aventura* que había dejado a media lectura en mi cuarto. Imaginé a Mariconchi consignada en una torre remota, desde donde nadie escucharía sus agudos gritos. Me vi a mí mismo en una cárcel con paredes de piedra fría, cumpliendo cadena perpetua por escapar de mi casa, extrañando para siempre a mi hermana, a Teresa, a mis amigos de la escuela y la pizza hawaiana. Me consoló pensar, en mi disparatada fantasía, que quizás me permitirían, en la cárcel, tener hojitas cuadradas de papel multicolor, para practicar las garzas y pagodas de origami que hasta ese momento se me habían frustrado. Imaginé que tal vez era así como se había inventado el origami: un monje japonés preso en alguna pagoda con barrotes en las ventanas, abandonado en su celda maloliente con el único recurso de una hoja de papel que debía doblar y desdoblar con sumo cuidado, a sabiendas de que si la rompía se rompería también su cordura.

Tres pasajeros más bajaron del autobús con sus mochilas al hombro y se formaron junto a nosotros. Mariconchi se dio cuenta de que yo temblaba y se quitó el chal, con el que me envolvió el torso. Su amabilidad ya no me daba ninguna desconfianza. Finalmente, a ella la conocía desde hacía algunas horas, lo cual, en el contexto de mi aventura, me pareció de pronto una eternidad.

Uno de los militares comenzó a explicar que se trataba de un chequeo de rutina, que nos pediría identificaciones, destino final y que revisaría nuestros bultos. Cada uno debía sacar su maleta o su caja del compartimento de equipaje del autobús y enseñar brevemente el contenido a uno de los militares. Al final de su explicación, el soldado que parecía estar al mando añadió: «Si no son guerrilleros no tienen de qué preocuparse». Mariconchi me apretó un poco contra su cadera y se agachó para preguntarme al oído, con tono burlón: «¿No eres guerrillero, verdad?». Aquellas palabras tuvieron un efecto balsámico casi inmediato. Si Mariconchi bromeaba, lo más probable era que no existiese ningún peligro. Me envolví un poco más en el rebozo mientras los militares comenzaban la revisión de documentos y maletas.

La sensación del frío colándose entre el tejido de mi ropa me hizo recordar un sábado, no tan

lejano, en que Teresa decidió que pasaríamos el día en las Lagunas de Zempoala, en el estado de Morelos. El plan era salir temprano en la mañana para no encontrarnos con demasiado tráfico — los embotellamientos desquiciaban a mi padre y hacían surgir disputas entre él y Teresa que a menudo arruinaban nuestras vacaciones—. El tacto de mi papá mientras me cargaba para llevarme hasta el coche me hizo despertar, pero fingí seguir durmiendo para gozar del lujo, cada vez más raro, de dejarme ir, de ser un bulto custodiado por otros. Cuarenta minutos más tarde paramos en Huitzilac a desayunar quesadillas y, aunque me puse una chamarra —siguiendo las indicaciones de Teresa—, podía sentir el aire helado colándose por mis pantalones de pijama. Mi padre pidió atole para todos y sorbimos el denso líquido en silencio. Mientras desayunábamos, un hombre se acercó a ofrecer postales de pésima calidad que mostraban escenas de la Revolución Mexicana, entre ellas la célebre imagen de Pancho Villa sentado en la silla presidencial, con Emiliano Zapata a un lado, después de la entrada triunfal de las tropas revolucionarias en la capital. Teresa le compró la postal al hombre, pagando un precio más alto del que pedía (lo cual provocó una mirada reprobatoria de mi padre) y se entretuvo el resto del desayuno contándonos historias alrededor de esa foto, describiendo el carácter chocarrero de Villa y el respeto que Zapata prodigaba a los campesinos que luchaban a su lado.

Envuelto en el rebozo de Mariconchi junto al autobús de pasajeros que me llevaría a Villahermosa, iluminado cada tanto por los haces de las linternas de los soldados, recordé ese desayuno en Huitzilac, que de pronto me pareció un recuerdo borroso, propio de una época remotísima. Era, en cierto sentido, un recuerdo fuera del tiempo, como si mi vida no fuera una línea recta que pudiera remontarse en dirección al origen sino una línea discontinua, con rupturas que repartían los recuerdos en montoncitos lejanos, jirones de una época que ningún esfuerzo alcanzaba a reconstruir fielmente.

La luz se detuvo finalmente en mi cara y yo me contraje un poco, escondiéndome en el rebozo como un animal que, sorprendido por los faros de un coche en la carretera, se dobla sobre sí mismo esperando el golpe. El golpe, en este caso, llegó en forma de pregunta, no dirigida a mí sino a Mariconchi, a quien tocó el turno de la linterna en la cara: «¿Cuántos años tiene la niña?». El militar encargado de las revisiones tenía una voz gangosa. «Tiene once años», inventó Mariconchi, «y es niño, no niña». Yo sonreí debajo del rebozo, contento de que me hubiera atribuido un año de más y de que hubiera corregido al soldado en cuanto a mi género. Pero la sonrisa me duró muy poco. El soldado soltó una risa grosera, descontrolada. Yo había oído una risa parecida antes, en algún sitio que no lograba recordar en ese momento. El soldado era apenas un adolescente, pero su risa le quedaba grande. «Uy, pues ya le salió joto. ¡Hasta con rebozo!». Rio de nuevo.

En la primaria Paideia, la palabra «joto» era la más grave ofensa que un niño podía dirigirle a otro. A mí me había tocado escucharla muchas veces, sobre todo a raíz de mi torpeza en los deportes, pero me guardaba muy bien de reaccionar con enojo: hacía un esfuerzo por ignorar el insulto y, a lo mucho, mostraba el dedo de en medio mientras sonreía, lo cual parecía desconcertar a mis ofensores.

Víctor Flores, en cambio, era el blanco perfecto. Joto, jotito, maricón, mariposa, mayate, puto, puyeye: no había variante de aquel insulto que no le dirigieran al menos una vez al día. Y Víctor

Flores, invariablemente, lloraba de rabia, tiraba los libros del agresor al suelo, gritaba una retahíla de groserías interminable y terminaba, él, castigado en la oficina de la directora —una mujer sonriente y francesa que vestía siempre de rojo—.

La imagen de Víctor Flores, moqueando y desfigurado de ira, me vino a la cabeza fugazmente al oír la voz gangosa del soldado llamándome joto. Pero no tuve tiempo de dolerme demasiado por aquella ofensa: todavía exaltado por su intempestiva risa, el soldado adolescente se agachó hasta que su cara estuvo a la altura de la mía. «¿Sí eres niño? ¿O sí eres joto?». Sus preguntas me asustaron menos que el olor que despedía, como a plástico quemado o a los líquidos fosforescentes que mi papá guardaba en el garaje y que le echaba cada tanto al motor del Tsuru. El soldado adolescente sonrió, mirándome, y de pronto creí recordar dónde había escuchado su risa. Era la risa de mi padre, la risa que soltaba mi padre frente a la tele a veces, y que yo escuchaba desde mi cuarto, desde mi Cápsula de luminosidad cero o mientras ordenaba las hojitas de los arbustos que había recolectado durante el día.

Mariconchi percibió el peligro y trató de apartarme del soldado, escondiéndome detrás de ella. El soldado se irguió nuevamente y le dio una cachetada leve, que buscaba sembrar miedo más que dolor. Mariconchi se llevó ambas manos al rostro. Uno de los pasajeros que habían sido revisados intentó intervenir, pero un segundo militar se acercó con gesto amenazante, empuñando el fusil como para golpearlo.

El soldado adolescente volvió a agacharse frente a mí, echándome en la cara su aliento a químicos. «Vamos a ver si eres niña o jotito». Yo estaba petrificado y Mariconchi, trabada de impotencia, lloraba en silencio, sin mover un solo músculo, como esas vírgenes milagrosas de las iglesias.

El soldado adolescente me desenredó el rebozo de Mariconchi y procedió a cachearme desde las pantorrillas hacia arriba, como si buscara un arma. Yo no pensaba en nada en ese momento. Mi mente estaba, por primera vez, en blanco, como una hoja sin doblez alguno. El segundo soldado, que miraba a unos pasos de distancia, intervino con un tono que quiso sonar ligero pero que denotaba crispación: «Ya déjalo». El soldado adolescente retiró las manos como si saliera de un trance o como si se hubiera quemado. Se levantó de nuevo y avanzó en dirección al siguiente pasajero de la fila, a quien revisó maquinalmente antes de pedirle su identificación.

No volví a escuchar su risa, de modo que nunca pude confirmar que era parecida a la risa de mi padre, pero aquella idea —aquella intuición, más bien— se escondió en un rincón oscuro de mí mismo, como una bestia esperando a saltar sobre su presa.

Todo parecía más silencioso de pronto, como si se hubiera apagado un motor en algún sitio. Mariconchi me abrazó con fuerza, envolviéndome de nuevo con su rebozo. Me lastimaba un poco al apretarme. Cerré los ojos y la dejé hacer, pero había en mí una rigidez que hacía imposible el abrazo, como si me hubiera convertido en un trozo de madera astillada. Deseé estar dentro de mi Cápsula de luminosidad cero, o acostado en mi cama, rodeado de fallidas garzas de origami, con el rumor de la música de Mariana filtrándose a través de la pared. Deseé estar en Huitzilac desayunando quesadillas con Teresa; escuchar su voz monótona, apenas entusiasmada, al hablar de los próceres del pasado. Deseé, sobre todo, estar en Chiapas con ella, caminando por un sendero en la neblina, guiados por el hombre del pasamontañas y la pipa.

Cuando volví a abrir los ojos estaba sentado de nuevo en mi asiento del autobús, junto a la ventanilla. Avanzábamos otra vez a velocidad constante y de pronto pensé que todo había sido una

pesadilla. No tenía ningún recuerdo preciso de cómo había terminado el episodio del retén, de cómo había subido nuevamente al autobús, junto a Mariconchi, de cómo me había quedado dormido, de cuánto tiempo había pasado desde entonces. Lo más probable era que hubiese sido un sueño horrible, inducido por las historias oscuras sobre el Robachicos, por las novelas de Elige tu propia aventura, por la desaparición de Teresa y por la seriedad con la que el Rata me había advertido sobre la guerra en Chiapas.

Sentí algo frío en las piernas y pensé que era el aire acondicionado, pero al mirar hacia abajo me di cuenta de que mis pantalones estaban mojados. El olor de la orina era difuso pero inequívoco y, aunque me dio vergüenza percibirlo, me consoló que fuera un olor orgánico y familiar, distinto del aroma químico del soldado adolescente.

Sentada a mi lado, Mariconchi miraba fijamente hacia el frente, como ignorándome, como si nunca hubiéramos cruzado una sola palabra. O bien como si durmiera con los ojos abiertos — Mariana me había contado de casos semejantes: sonámbulos que dormían con los ojos completamente abiertos, sin parpadear siquiera—.

Poco después, vi por la ventanilla una luz a lo lejos, en el horizonte, y al cabo de un rato salió el sol. Para entonces la orina de mis pantalones estaba casi seca, aunque el olor persistía, atenuado. Los pasajeros se fueron despertando como si no hubiera pasado nada, como si la parada nocturna en mitad de la carretera hubiera sido, también para ellos, un sueño realista del que se olvidarían con el paso de las horas, conforme el sol fuera calentando el mundo.

5.

Si tuviera ánimos para salir de esta cama me gustaría tomar un taxi hasta la Terminal de Taxqueña y, una vez ahí, abordar ese mismo autobús a Villahermosa en el que me subí hace veintitrés años. Quizás así, por medio de la repetición ritual, el efecto de aquella noche —de aquel verano— se disiparía del todo. Quizás entonces el sueño de mi padre y la paloma, la risa del soldado adolescente, la mirada absorta de Mariconchi, los presentimientos sombríos que nacieron mientras veía el amanecer por la ventanilla del autobús; todo eso podría convertirse en un asunto clausurado, agua pasada, anécdota distante que ha dejado de afectarme. Pero sé que sería inútil ir a Taxqueña y tomar ese autobús ahora mismo. No serviría de nada. Primero tengo que escribir la historia hasta el final, emborronar este cuaderno de espiral hasta la última página, dejarlo junto a la cama, abrir el siguiente cuaderno y seguir escribiendo hasta agotarlo también. No porque escribir sea un acto de salvación, sino porque sólo así puedo decirme las cosas que no me atrevo a pensar cuando estoy solo. Sólo cuando haya escrito todo podré mirarme en el espejo y no ver la cara de otro, de ese otro que me persigue desde dentro.

Josefina —la mujer que limpia mi departamento por instrucciones de Mariana— vino esta mañana, así que supongo que hoy es viernes. Hablé con ella durante largo rato, o más bien ella me habló y yo la escuché desde mi cama. Por momentos sus palabras se perdían en la distancia, mientras ella lavaba los platos, pero luego deducía por el contexto de la historia lo que no había alcanzado a escuchar bien. Me contó una anécdota enredada y dolorosa, de pleitos entre vecinos y amenazas por parte de un cacique local.

Cuando se despedía, Josefina me dijo que debería hablar más seguido con «la señora Mariana», como le dice a mi hermana. ¿Qué habrá visto o escuchado en casa de mi hermana que la haya animado a darme tal consejo? ¿Estará bien Mariana? ¿Habrá roto con su pareja después de cuatro años de felicidad conyugal? ¿Será más bien mi vida, lo que pasa en este departamento, lo que la llevó a creer que necesito hablar con alguien?

En cualquier caso, decido buscar a Mariana. No la llamo por teléfono, lo cual me parece excesivo, pero sí le mando un mensaje: «¿Te acuerdas de cuando pateé una paloma en la plaza?». Su respuesta se demora varias horas pero finalmente, al caer la noche, llega: «Ja. Lloraste como tres días».

Pese a la aparente frialdad de su contenido, el mensaje de Mariana me calma durante un rato. Me gusta que, a pesar de saberme frágil y alterado, a pesar de estar consciente de que no salgo de la cama, Mariana no me trata nunca con condescendencia. Criticarme y reírse de mi dramatismo es la manera que tiene de mostrar cariño. Hace muchos años que estoy en paz con eso.

Cuando Mariana se fue de la casa, a sus dieciocho años, me pareció una traición imperdonable.

Mi padre, aprovechando la situación, convirtió el cuarto de mi hermana en un trastero donde arrumbó una televisión descompuesta y una bicicleta fija que sólo usó tres veces. Aquel cuarto, generalmente cubierto de polvo, parecía representar la brecha que lo separaba de su hija.

Sin el aceite de la convivencia cotidiana, también mi relación con Mariana comenzó a oxidarse. Después, ella cortó toda relación con mi padre, durante varios años, a raíz de una disputa cuyos detalles nadie me explicó nunca. Yo lidiaba por entonces con los conflictos normales de la adolescencia —agudizados por el afán de parecerme a mi madre muerta— y no tenía la madurez para restaurar los lazos fraternales que Mariana había cortado unilateralmente.

Sólo el súbito cáncer de mi padre, hace dos años, nos acercó de nuevo. Los primeros encuentros, en la cafetería del hospital, fueron un poco incómodos. Al principio, Mariana y yo optamos por una formalidad artificiosa: nos pusimos al día de manera expedita, como antiguos colegas de trabajo, sin entrar en detalles ni hablar de sentimientos. La enfermedad de mi padre, claro, era el tema en común sobre el que más volvíamos. Comentábamos los pronósticos médicos, los tratamientos que sugerían sin convencerse ni convencernos, las condiciones generales del hospital. Luego nos quedábamos en silencio, sorbiendo incómodamente nuestros cafés requemados en vasos de unicel.

Tanto Mariana como yo nos fuimos relajando poco a poco, quizás vencidos por el cansancio que el cáncer de mi padre implicaba. Una especie de complicidad se instaló otra vez entre nosotros. Ella empezó a molestarme de nuevo, como cuando éramos chicos, y yo intenté en vano, varias veces, hacerla hablar de Teresa y del verano del 94. «Olvídalo, hermanito. Eso fue hace mucho y ya no importa». Pero por mucho que Mariana negara el peso del pasado en su vida, era obvio que la muerte prematura de Teresa la había afectado tanto como a mí, aunque con resultados distintos —quizás incluso opuestos—. Lo que en Mariana se convirtiera en rabia, en inspiración, en un motor que le daba dirección y contundencia a su vida, a mí me había ido desgastando por dentro como un río subterráneo, erosionando mi de por sí endeble normalidad adulta.

Tras irse de la casa de la colonia Educación, Mariana se graduó con honores e hizo una carrera exitosa como asesora de políticas públicas. No se lo dije entonces y no se lo digo ahora —sería raro decirselo por mensaje de texto—, pero siempre he creído que algo del incombustible espíritu crítico de Teresa, de su forma de tomarse las cosas en serio, sobrevive claramente en ella.

Por mi parte, me resulta más difícil señalar qué es lo que heredé de Teresa. Pese a mis esfuerzos por parecerme a ella, nunca logré que me importara lo suficiente la vida pública como para apasionarme por las cosas que a ella le importaban —y que ahora le importan a Mariana—. Incluso tengo la impresión de que, con el tiempo, mi cara se ha ido pareciendo cada vez menos a la de mi madre. Y, como ya he dicho, mi voz nunca tuvo, de manera natural, ese tono neutro que tenía la suya.

Durante un tiempo me convencí de que había heredado de Teresa su capacidad analítica, su forma de cuestionar y desconfiar de todo. Ahora me doy cuenta de que nunca desconfié lo suficiente.

De mi padre, en cambio, tengo las cejas y el mentón, la ira fácil y, al parecer, la triste tendencia a no moverme de la cama aunque se acabe el mundo.

También en el plano material lo heredé todo de él, incluyendo el dinero con el que compré este departamento, estos cuadernos de espiral en los que escribo. Cuando vacié la casa de la colonia Educación no encontré apenas nada que hubiera pertenecido a Teresa, más allá de unas cuantas fotos, algunos libros de teoría política y dos cartas: la que le dejó a mi padre en el buró al marcharse y otra, que le envió por correo, desde Chiapas, poco antes de morir.

6.

Era ya plenamente de día cuando el conductor del autobús hizo una parada y nos explicó que teníamos quince minutos para comprar comida e ir al baño. El hecho de que hiciéramos una escala me hizo pensar que todavía faltaba mucho para llegar a Villahermosa, pero Mariconchi, adivinando mi preocupación o leyéndola en mi cara, me aseguró que ya estábamos cerca, a lo mucho a dos horas más de carretera.

Mis ánimos habían flaqueado después del episodio del retén militar, de cuya realidad no estaba todavía seguro. Con la llegada del día me convencí de que aquel viaje no tenía ningún sentido. Nunca encontraría a Teresa. Para empezar, porque no sabía en dónde estaba; mi plan de preguntar por el señor de la pipa y el pasamontañas hasta dar con ella, en mitad de la guerra y de la selva chiapaneca, comenzó a parecerme de una ingenuidad vergonzosa. Tenía hambre, quería cambiarme de ropa y dejar de oler a meados.

Mariconchi me preguntó si tenía dinero para comprarme algo de desayunar y yo saqué de mi bolsillo las pocas monedas que me sobraban del dinero del Rata. «Guarda eso, yo te invito, mi amor, al fin que ya somos viejos conocidos», me dijo ella, y me dio una paz inmensa corroborar que mi percepción del tiempo era compartida: acabábamos de atravesar la noche más larga de la historia. Incluso el retén militar (el aliento químico del soldado, el eco de su risa) me parecía ya un recuerdo distante, como si fuera algo sucedido durante el año escolar previo —una historia obsoleta, conocida por todos y comentada por nadie—.

Mientras Mariconchi hacía la cola para comprar alimentos, yo aproveché para ir al baño de la estación de servicio. Me encerré en uno de los cancelos. El excusado estaba tapado y había papeles con mierda tirados por el suelo. Con mucho cuidado de no tocar nada me quité los pantalones y luego los calzones, que abandoné en una esquina. Sólo entonces me di cuenta de que aquellos calzones tenían una etiqueta de tela con mi nombre; una etiqueta que Teresa había cosido al interior del resorte. Pensé en recogerlos y llevarlos conmigo. No era buena idea dejar una pista sobre mi identidad en aquel sitio. Si mi vida se había convertido en un libro de *Elige tu propia aventura*, lo mejor era empezar a pensar como protagonista de aquellas historias.

Por otro lado, los calzones me daban asco y vergüenza. La orina se había secado, dibujando continentes extraños en la tela blanca. Se me ocurrió una solución intermedia: recogí los calzones, les arranqué la etiqueta que llevaba mi nombre y la guardé en mi bolsillo. Luego volví a abandonar la prenda entre la suciedad del baño. Salí de ahí y me lavé las manos con la satisfacción de haber actuado con sabiduría. Había borrado mis huellas. Nadie podría rastrear mi paradero. Cierto que mis pantalones seguían un poco rígidos y apestosos por la orina seca, pero me sentía más libre. No tenía unos calzones con mi nombre ni un destino definido. No tenía casa, familia, ni amigos. La distinción entre vacaciones y escuela había perdido su sentido. Podía haber comenzado una nueva vida en aquel punto, cambiar de identidad y hacerme adoptar por Mariconchi, que abrazaba muy rico y usaba diminutivos que hubieran sido impensables en boca de

Teresa. Podía inventarme una nueva vida, a la medida de mis deseos y mis frustraciones. Una vida en Villahermosa, Tabasco, bajo el húmedo sol del trópico.

Si me hubieran dado a escoger un nombre para mi nueva identidad no lo habría dudado ni un segundo: Úlrich González. Así se llamaba un niño que había llegado al colegio Paideia a mitad del curso escolar para luego desaparecer, igual de intempestivamente, dos semanas después. Úlrich era un niño pálido y enfermizo. Se decía que sus padres viajaban mucho. Nadie había alcanzado a hacerse amigo o rival de Úlrich González en la escuela, y todos parecieron olvidar su existencia tan pronto como dejó de asistir a clases, pero su nombre siguió inscrito en las listas durante varios meses y algunos maestros distraídos lo leían al pasar asistencia como si fuera uno más entre nosotros. Esa repetición de tan misterioso nombre se me había grabado muy poderosamente en la memoria, al grado de que yo mismo repetía a veces en voz baja, a manera de invocación: «Úlrich González, Úlrich González».

Si asumía esa nueva identidad, si me convertía en Úlrich de Villahermosa, haría las cosas distinto. Para empezar, intentaría jugar al fútbol, interesarme más en los deportes, formar parte del grupo de estudiantes populares y celebrados de la escuela. Volvería a mi casa lleno de anécdotas que le contaría excitado y sonriente a Mariconchi, mi madre adoptiva. Úlrich González sería el niño más popular de Villahermosa, quizás de todo Tabasco. Tendría una novia, finalmente, y sólo a ella, en el momento de ciego entusiasmo subsecuente a nuestro primer beso, le diría la verdad sobre mi pasado: que mi nombre no era Úlrich, que había decidido llamarme así en un baño lleno de mierda de una estación de servicio, a mis diez años, tras escapar de mi casa en la colonia Educación, en la Ciudad de México, con la secreta misión de rescatar a mi madre, atrapada en una guerra cruel y sanguinaria a la que se había sumado por puro afán heroico. Mi novia me miraría con incredulidad durante algunos segundos, pero después rodearía mi cuello con sus brazos y me diría que siempre lo había sabido, o sospechado: que en el fondo de mi personalidad deportista y simpática de Úlrich González de Villahermosa latía un secreto oscuro e indescifrable que la había cautivado desde que nos conocimos.

La voz de Mariconchi me sacó de mis ensoñaciones: «Toma, no supe si comes picante pero te compré un tamal de verde». Yo no comía picante, no lo toleraba —y no me gustaba el color verde, tampoco—. Teresa siempre nos decía, a la hora de la comida, que echarle salsa a las cosas era un mal hábito, pues le mataba el sabor a todo. En el fondo, era una de las muchas maneras que tenía de marcar una distancia con respecto a mi padre, que le echaba cantidades industriales de chile habanero a cualquier alimento, desde los huevos hasta el arroz. Yo, desde luego, aprovechaba esa alternativa, como de costumbre, para ponerme del lado de Teresa, siempre de su lado. Pero quizás Úlrich González sí toleraría y hasta disfrutaría el picante, y ése era un buen momento para empezar a actuar como actuaría Úlrich. «Gracias», le dije a Mariconchi, y traté de agarrarle la mano, pero ella hizo un gesto esquivo, como si comenzara a hartarse de tener que cargar conmigo, o como si le diera miedo mi repentina familiaridad.

El desaire de Mariconchi no me molestó realmente. Al contrario: que mi compañera de viaje mostrara un poco de hostilidad la convertía en una persona más interesante. De pronto Mariconchi ya no era la madre dulce y platicadora que recorre el mundo diciéndole «mi amor» a cualquiera, sino una mujer con humores y matices, y una mujer valiente, también —como mi madre, como Mariana—, que había desafiado la violencia irracional del soldado adolescente para cuidar a un niño desconocido, a un Úlrich cualquiera.

Subimos de nuevo al autobús y nos sentamos en nuestros asientos. El rebozo que Mariconchi me había prestado durante el retén descansaba, hecho bola, sobre mi asiento, como un recordatorio de que todo aquello había sido real y no una pesadilla.

Comimos en silencio nuestros tamales, desmoronándolos con tenedores de plástico y llenando de migas todo a nuestro alrededor. El picante me resultaba casi insoportable. Sentía la lengua escaldada, pero de alguna forma ese dolor auto infligido me pareció purificante, redentor, balsámico. Mi nariz goteaba y empecé a hiperventilar. Mariconchi se dio cuenta, pero no dijo nada. Noté incluso que hacía un esfuerzo por no verme, por mirar hacia el pasillo y, más allá, hacia la pareja de gordos de los asientos al otro lado del pasillo que habían comprado cantidades ingentes de botanas, tortas y refrescos.

El autobús avanzaba más rápido, como envalentonado por el sol y por la promesa del inminente destino. La conciencia de lo real empezó a rondarme: no era viable cambiar de identidad ahora. Mariconchi no me aceptaría en su vida como Úlrich González ni llegaría a tener una novia empática y buena en Villahermosa, Tabasco.

Por otra parte, tampoco estaba seguro de querer continuar rumbo a Chiapas. El episodio de los militares lo cambiaba todo. El mundo de los adultos era más bestia y temible lo que había supuesto en Taxqueña, antes de embarcarme en la aventura más peligrosa de mi corta vida. De seguir hacia Chiapas, nuevos retenes me esperarían, nuevas humillaciones. No estaba listo para nada de eso. Engañado por una concepción más bien portátil de la geografía mexicana, había emprendido aquel viaje sin la preparación necesaria. No llevaba siquiera mi mochila. No llevaba mi libro de *Elige tu propia aventura* ni mi cantimplora.

«¿No te está esperando tu mamá en Chiapas, verdad?», me preguntó de pronto Mariconchi, cuando acabó de comerse su tamal. Era una pregunta retórica: ella sabía que le había mentido. Las madres saben esas cosas. Negué con la cabeza, avergonzado. «¿Te escapaste de tu casa?», preguntó con el mismo tono prudente. Le dije que sí. Intenté explicarle que mi mamá sí estaba en Chiapas, pero Mariconchi me mandó a callar con un gesto de la mano. Miró de nuevo a los gordos de los asientos de junto. Sopesaba sus opciones. Finalmente decretó: «Llegando a Villahermosa vamos a hablarle a tus papis, mi amor, y van a venir a buscarte a ver cómo».

Anticipé el regaño de mi padre: se pondría serio, intentaría razonar conmigo, hablar articuladamente, explicarme los riesgos que había corrido al irme de esa manera. Pero se iría calentando al hablar, siempre le pasaba. De las explicaciones saltaría rápidamente a los gritos. El lenguaje paciente y meditado se deformaría en una explosión de emociones incontroladas. Conocía bien sus tonos, sus registros. Eran también los míos: tampoco yo podía tener una discusión sensata (como sí podía hacerlo Teresa, como puede hacerlo Mariana hasta la fecha). No podía ni puedo sostenerle la mirada a alguien que piensa diferente o que ha hecho algo que me molesta. Tampoco de niño era capaz. Me acaloraba, perdía el suelo. Los gritos de mi padre, por tanto, no me asustaban: eran mis gritos, era también mi irracionalidad inestable, explosiva.

De haber estado Teresa en casa habría temido mucho más las represalias. Ella se habría tomado el tiempo, habría buscado con cautela las palabras que más profundamente podían sacudirme: «Me decepcionas», o «es muy triste ver que no puedes estar ni un rato tú solito». Frases devastadoras que daban siempre en el clavo, que desarmaban mi endeble castillo de pretextos como una ola que reduce a nada las más complejas construcciones de arena. ¿Alcanzaría yo,

alguna vez, ese grado de precisión con las palabras, esa condición ninja del lenguaje que Teresa blandía contra nosotros, sus hijos, como un sable ligero y afilado?

Pensé que quizás Teresa sí había regresado a casa, precisamente aquella noche, mientras yo me orinaba en sueños en un autobús de pasajeros. Esas mágicas coincidencias estaban siempre en las historias que leía: el niño que rescata a su mejor amigo de una cueva en el preciso instante en que ésta se derrumba; el príncipe que, después de años en la guerra, llega al lecho mortuorio de su padre en el momento preciso en que éste pronuncia sus últimas palabras.

Le di rienda suelta a esa fantasía: si Teresa había regresado, entonces no habría regaños ni «me decepcionaste», sino un reencuentro de abrazos duraderos. La voz de mi mamá, por fin, modularía los matices del cariño, quebrada por espasmos y emociones, y luego yo le mostraría, entusiasmado, mis progresos en el arte japonés del origami; le contaría de Mariconchi y de cómo yo, valiente, había protegido a esa señora asustadiza del yugo y la humillación de los soldados, en una carretera perdida a media noche. Y Teresa escucharía como jamás escuchaba mis anécdotas: con un interés genuino, con el respeto de quien oye hablar a sus iguales.

Mi padre, mientras tanto, nos serviría limonada como un mayordomo esforzado; o miraría la tele, absorto como el crío que en realidad era, y yo sería el adulto de la casa al fin: me mudaría al cuarto de Teresa pese a las protestas airadas de Mariana, de mi padre, del hombre del pasamontañas y la pipa.

7.

De Villahermosa recuerdo poco. Nunca hasta entonces había sentido un calor como el que nos recibió al bajar del autobús, ni siquiera en Acapulco. El cambio del aire acondicionado del autobús al aire húmedo y denso de la terminal era tan radical como si hubiéramos pasado de la atmósfera de un planeta a la de otro. Y también la gravedad parecía distinta: costaba más trabajo levantar los pies del suelo. Imaginé por un momento la posibilidad de que Villahermosa fuera, efectivamente, otro planeta. Un planeta en el que todo el mundo decía «mi amor» y «papis» y que estaba considerablemente más cerca del sol que la colonia Educación.

Mariconchi bajó su maleta de la cajuela del autobús, una maleta grande e informe, incómoda. Me miraba con cierta hostilidad. Quizás aquella mujer no estaba acostumbrada a la mentira, le parecía imperdonable que le hubiera dicho que Teresa me esperaba en Chiapas, que hubiera dado a entender que mi viaje contaba con la aprobación y el concurso de mis padres. En mi casa la mentira, en cambio, era un recurso más, como cualquier otro. Entre Mariana, Teresa y yo la mentira no tenía peor reputación que, digamos, la rima consonante —y se usaba con mucha mayor frecuencia—. Con mi padre era otra cosa. A mi padre le molestaba que le dijéramos mentiras; su rencor se desataba y pasaba varios días encabronado si nos sorprendía mintiéndole.

Las mentiras de Mariana eran, me duele reconocerlo, las mejores. Siempre admiré su capacidad para inventar mentiras complejísimas —que muchas veces tomaban la forma de pretextos— en cuestión de segundos.

Una vez mi hermana tenía planeado ir a una fiesta sin vigilancia adulta, organizada por los alumnos de tercero de prepa. Yo lo sabía porque había estado espiando sus conversaciones telefónicas, con la oreja pegada a la puerta de madera de su cuarto. Para obtener el permiso, le dijo a Teresa que su amiga Citlali había organizado una pijamada. A las nueve de la noche, Teresa decidió llamar a casa de Citlali para ver cómo iba el asunto, y por supuesto mi hermana no estaba ni había estado ahí en todo el día. Media hora después, la propia Mariana llamó y Teresa, enojadísima, le soltó alguna de aquellas bombas emocionales tipo «Me has decepcionado». Pero mi hermana no se quebró ante la presión. Inventó que había una segunda Citlali, de la que nunca le había hablado. Era una niña más chica y discreta, que había tenido polio de pequeña y por lo tanto caminaba con dificultades, pues tenía la cadera desplazada. Como remate triunfal de la sarta de falsedades que acababa de producir, le pasó el teléfono a un hombre que afirmó ser el papá de la Citlali tullida y que le dijo a Teresa que todo estaba en orden.

No sé si Teresa le habrá creído ésa y otras muchas mentiras a Mariana, pero en cualquier caso pretendía creérselas, y mi teoría es que nos entrenaba para aprender a mentir eficazmente: sólo nos reprendía si la mentira era débil, carente de detalles o francamente idiota. (Mis mentiras en general lo eran. Si más tarde decidí estudiar literatura fue con el secreto deseo de mejorarlas, aunque para entonces fuera demasiado tarde).

De algún modo, la desaparición de mi madre fue una lección más en esa constante clase de

ficción que fue la vida de Teresa. Había jugado el rol de esposa, madre, ama de casa suburbana durante dieciséis años: una mentira a la que se había aferrado con los dientes y las uñas, con el cuerpo entero, hasta creérsela ella misma. No sé si fue el alzamiento zapatista en Chiapas, el declive por causa natural de su matrimonio o, de una manera más general, el advenimiento de una Verdad mayúscula, pero lo cierto es que aquel verano de 1994 la mentira de Teresa se resquebrajó por completo. O a lo mejor llevaba varios años quebrándose en silencio y sólo entonces, aquel martes al mediodía, terminó de venirse abajo de una vez por todas.

Con la perspectiva que me dan las dos décadas transcurridas desde entonces puedo suponer que, al bajar del autobús, Mariconchi no estaba enojada conmigo exactamente. Cierto que mi mentira la había puesto en una situación difícil, pero supongo más bien que se sentía, hasta cierto punto, responsable de mi suerte. Es más, quizás se sentía culpable por el hecho de que un anónimo soldado me hubiera traumatizado de por vida bajo su vigilancia, como parecía indicar el hecho de que me había orinado en los pantalones a los diez años. ¿Cómo iba a explicarle a mi padre que su hijo estaba con ella, a ochocientos kilómetros de distancia, en un planeta cercano al sol y con una fuerza de gravedad distinta?

Saliendo de la estación tomamos un taxi hasta la casa de Mariconchi, y recuerdo que me sorprendió que el taxi fuera un auto normal, de cuatro puertas, y no uno de los ubicuos vochitos sin asiento de copiloto que inundaban las calles del DF.

La casa de Mariconchi estaba pintada en los colores más sorprendentes. El portón de la entrada era azul marino, las paredes de la sala color mamey, la cocina era de un pálido verde y había un pequeño patio interior con lozas color arcilla. Los múltiples adornos repartidos por la casa la convertían en una pesadilla del barroco kitsch. Muñecas de porcelana coexistían en las repisas junto a floreritos conmemorativos de distintas bodas y bautizos. No se parecía a ninguna otra casa en la que hubiera estado antes. Asumí de inmediato que era el estilo preponderante de Villahermosa.

Más allá de la ornamentación recargada, había un elemento inquietante en aquella casa, que se sentía preservada más como un museo que como un lugar auténticamente habitado. Por el primer monólogo que me había recitado en el autobús, apenas saliendo de la terminal de Taxqueña, sabía que los hijos de mi anfitriona vivían en la capital, pero no recordaba haber escuchado nada sobre su marido y le planteé la pregunta con la brusquedad inocente típica de esos años: «¿Dónde está tu esposo?». Mariconchi me acarició la cabeza antes de responder, y fue como si me hubiera dicho «mi amor» por enésima vez, pero ahora con un gesto. «Falleció hace tres años».

Siempre sentí envidia de los niños que se movían con relativa soltura entre los adultos, que conocían el lenguaje matizado y cordial de los encuentros sociales y eran celebrados por maestras y tías como «muy bien educados». Teresa nunca nos enseñó a callar las preguntas incómodas, a repetir las fórmulas de cortesía o a utilizar los sinónimos más blandos según lo exigieran las circunstancias. Así se explica el hecho de que, pese a mis lecturas de material relativamente mórbido (los libros de *Elige tu propia aventura*, entre ellas) y a mi desempeño pasable en clase de Español, a mis diez años no tenía una idea del todo clara de lo que el verbo «fallecer» significaba. En mi casa se decía, sencillamente, «morir»: el papá de mi papá se había muerto antes de que yo naciera y la tortuga japonesa de Mariana, Kurt, se había muerto unos meses antes de que muriera el cantante en cuyo honor había sido nombrada, pero nadie en mi entorno, que yo supiera, había jamás *fallecido*. Del tono de Mariconchi deduje que fallecer no era algo bueno, pero por

algún proceso asociativo que hoy me sería imposible reconstruir asumí que su esposo era una especie de vegetal en una silla de ruedas al que ella visitaba de vez en cuando en alguna clínica.

Mientras yo me perdía en esas consideraciones lingüísticas (y omitía hacer cualquier comentario de condolencia o pésame), Mariconchi sacó papel y pluma de un cajón y me pidió que apuntara el número de teléfono de mi casa, cosa que hice sin rechistar pues intuía que su paciencia y su generosidad estaban llegando a un límite. Luego desapareció un momento y volvió con una toalla, una camiseta y unos shorts que parecían seis o siete tallas demasiado grandes para mí. «Dame tu ropa y vete a bañar. Yo le hablo a tu papá y te lavo las cosas para que estés bien limpiito cuando vengan a buscarte». De inmediato entendí que su solicitud implicaba verme desnudo, y sentí que la cara se me ponía roja. Mariconchi debió de advertirlo porque se rio. Me dio cierta tranquilidad que se le borrara fugazmente el gesto de preocupación que tenía desde el amanecer.

Me quité la ropa en el baño y, envuelto en la toalla que me había dado, le tendí a Mariconchi mis pantalones y mi camiseta. Me avergonzó la posibilidad de que me preguntara por los calzones, que había dejado arrumbados entre la inmundicia del baño en la estación de servicio, pero no pareció darse cuenta de que faltaban o intuyó que era un tema sensible y lo dejó pasar.

Encerrado nuevamente en el baño del cuarto imaginé cómo sería la llamada telefónica que estaba a punto de suceder. Mi padre estaría desesperado buscándome. Seguramente había llamado ya a la policía o estaba él mismo en la cárcel después de matar al Rata, tras torturarlo en busca de información sobre mi paradero. Mariana se sentiría culpable, como la vez en que me amarró a la reja con la cadena de su bici y luego perdió la llave. Quizás la casa de la colonia Educación estaría llena de reporteros, y mi cara sonriente aparecería ese día, junto a las de otros niños extraviados, en las cortinillas de Canal 5, «al servicio de la comunidad».

En cualquier caso, el teléfono sonaría muy poco en el tenso silencio de la sala antes de que mi padre se lanzara frenético a contestarlo. Imaginé su sorpresa al escuchar la voz amable y salpimentada de diminutivos de Mariconchi, el relato de nuestro viaje en autobús, la revelación de que yo estaba a salvo y bañándome en su casa en ese momento y, quizás, la traicionera acusación de que me había orinado. Imaginé la premura de mi hermana tratando de arrebatarme el aparato, los consejos del oficial de policía pidiendo cautela mientras su equipo terminaba de rastrear la llamada. Pero lo que no pude imaginar fue un desenlace posible para aquella conversación. ¿Cuál sería el plan acordado? ¿Volaría mi padre antes del mediodía hasta Villahermosa, Tabasco, para arrastrarme de vuelta a la colonia Educación en persona? ¿Acordarían con Mariconchi que ella misma me subiría en un autobús de regreso, exponiéndome al riesgo de que el soldado adolescente con olor a químicos me humillara de nuevo en la carretera, de noche? ¿Se ofrecería Mariana a venir por mí hasta Villahermosa, buscando redimir su culpa —finalmente, yo estaba a su cargo cuando desaparecí—? Y, sobre todo, la pregunta fundamental: ¿le pedirían a Mariconchi que me dijera que Teresa había regresado a casa?

El agua tibia salía con más presión que en la colonia Educación. Me quedé bajo el chorro, sintiendo el masaje que me hacía en la espalda, sin enjabonarme, durante un buen rato.

Recordé cierta vez en que había despertado enfermo, con tos, dificultad para respirar y un dolor impreciso en el torso. El pediatra que generalmente me atendía estaba de vacaciones, así que Teresa me llevó con otro, recomendado por alguien que trabajaba en el banco con mi padre.

El doctor era un hombre viejo pero muy erguido, con aire marcial y modales bruscos. Después de examinarme y de garabatear una receta de jarabe para la tos se volvió hacia Teresa y, con aire

muy serio, le dijo: «Este niño lo que necesita es que su padre lo despierte a las seis de la mañana y lo meta a bañarse con agua fría. Si lo acostumbra a eso desde chiquito no se le va a enfermar nunca y va a ser un muchacho más fuerte y trabajador». Teresa sonrió, agradeció al médico sus consejos y salimos del consultorio. Yo estaba bastante sorprendido por el tratamiento prescrito, que no se parecía nada a los remedios de mi pediatra de cabecera.

Una vez en el coche, Teresa me miró muy seriamente y me dijo, imitando la voz ronca del doctor: «Este niño lo que necesita es que lo bañen con agua helada» y soltó una risa que parecía llevar reprimiendo un buen rato. Yo nunca la había visto hacer nada parecido; imitar a alguien y luego reírse, quiero decir. Era una actitud que chocaba con la imagen de seriedad absoluta que proyectaba. Me reí también, pero con sorpresa; más una risa nerviosa que genuinamente divertida.

Cuando Teresa arrancó el coche le pregunté, cambiando de tono: «¿Por qué dijo que tengo que bañarme con agua fría?», y la respuesta de Teresa sólo sirvió para desconcertarme aún más: «Porque cree que si te despertamos temprano y te metemos al agua fría no vas a masturbarte y vas a conservar tu energía. Debe ser un fanático religioso». Yo no respondí nada. ¿Qué podía decir? Sentía vergüenza de las insinuaciones del doctor, y enojo hacia mi madre por hacerlas explícitas.

8.

Hay una parte de mí que sabe que mi situación es insostenible. Tras dos años de vivir de la herencia de mi padre (de lo que quedó de ella tras comprar el lugar en el que vivo, en todo caso), empieza a ser evidente que tendría que buscar un trabajo, salir al mundo y retomar mi vida en el punto en que la dejé cuando, rodeado de cajas de cartón en la casa deshabitada de la colonia Educación, leí las dos cartas de Teresa y esculqué los papeles de mi padre. Pero de momento no puedo pensar en salir y enfrentarme al bullicio de la ciudad. La sola idea de hacerlo acentúa la sensación de vértigo.

La llamada de mi padre, hace dos años, me tomó por sorpresa. Nos habíamos habituado a intercambiar mensajes de texto un domingo por mes, aproximadamente, usando sólo las fórmulas anodinas que rigen las relaciones paterno-filiales más acartonadas: «¿Cómo va todo?». «Bien, aquí descansando». «¿Vas a ver el partido al rato?». «No. No sé ni quien juega», etcétera.

Una llamada suya, a las diez de la noche, y para colmo en jueves, era una anomalía que anunciaba problemas.

Después de dar un par de rodeos me dijo que se había estado sintiendo mal, muy cansado, desde hacía unos meses. En las últimas semanas había empeorado mucho: no había tenido energías para ir al deportivo en las mañanas, antes de empezar su jornada de ocho horas de oficina. Guardé silencio porque intuí que la noticia no terminaba ahí: mi padre, orgulloso como era, no me habría llamado para decirme que se estaba volviendo viejo, débil o achacoso.

Después de una nueva digresión sobre el fracaso de la izquierda en la Ciudad de México y el precio del combustible se animó a retomar la confesión. Había ido al médico y le habían mandado a hacer varios estudios. Esto había sido unas semanas atrás. Esa misma mañana había vuelto al consultorio con los resultados de los análisis y el doctor le había dicho que tenía cáncer.

No dijo «un tumor», dijo «cáncer». La palabra me sonó rarísima, como si la hubiera repetido en voz alta durante horas, hasta vaciarla de significado.

Yo estaba de pie en la cocina, en el departamento que rentaba por aquel entonces, cuando todavía tenía trabajo, proyectos personales y aspiraciones. Le dije a mi padre que me diera un momento y me encerré en mi cuarto. El tipo con el que compartía el departamento no estaba; de hecho, no había nadie más que yo en toda la casa, pero sentí que la noticia pedía mayor intimidad, así que cerré la puerta de mi habitación y me senté en la cama.

Le pregunté a mi papá si lo iban a operar o iban a empezar directamente con quimioterapia. Él suspiró y dijo «no tiene caso». Me pareció que iba a decir algo más y me quedé esperando, pero ya había dicho todo lo que tenía que decirme. Nunca fue un gran conversador.

«¿Hablaste con Mariana?», alcancé a preguntarle antes de que colgara. «Qué voy a hablarle, si ella no quiere saber nada. Está bien así, con su novia y su trabajo y sus cosas». El rencor de su

voz escondía un llamado de auxilio: me estaba pidiendo que intermediara, que le diera yo la noticia a mi hermana.

No era una llamada que quisiera hacer, desde luego. Mariana y yo tampoco teníamos una relación estrecha en aquel tiempo. Pero lo cierto es que, a diferencia de mi padre, a mí me había invitado a su boda un año antes. Y su esposa, Katia, se había mostrado familiar y cariñosa, señalando todo el tiempo que Mariana le había contado mucho de nuestra infancia, de cuán importante habíamos sido el uno para el otro después de la muerte de Teresa.

Por otra parte, mi padre era y siempre había sido un troglodita. Yo estaba acostumbrado a sus torpezas, a su forma un tanto brusca de decir lo que pensaba, pero para Mariana era casi imposible poner buena cara. Los modos de mi papá la desesperaban, le provocaban una rabia rayana en el asco. La conversación entre ambos en torno al cáncer podía salir estrepitosamente mal si yo no intervenía. Mi papá podía aprovechar la llamada para reclamarle su distancia, el hecho de no haber sido invitado a la boda, de que se le negara el reconocimiento tan merecido de haber mandado a dos hijos a la universidad (pública y gratuita, pero esto no lo decía) él solo, sin la ayuda de nadie. Y Mariana podía contestarle con la sangre hirviendo que no lo había invitado porque no quería tener que avergonzarse de él frente a sus amigos; mi hermana era capaz de llegar a insinuar en el furor de la disputa, como ya había hecho alguna vez, que si mi padre se quedó solo fue porque ni Teresa ni nadie tenía la paciencia para aguantarlo, lo cual era esencialmente cierto.

Cuando la llamé, Mariana estaba más animada que de costumbre. Me habló durante varios minutos sobre las vacaciones que Katia y ella estaban planeando, a Holbox. Le pregunté si tenían ya reservado un hotel, anticipando la decepción que supondría tener que cancelar todo si mi padre se moría justo antes. Todo estaba reservado.

Finalmente, armándome de valor, abordé el tema. «Hablé con mi papá hace rato». «Ah, mira. ¿Y qué dice el cerdo fascista?». La expresión, por muy dura que suene, era un apelativo casi cariñoso que usábamos entre nosotros. «Se está muriendo. Tiene cáncer por todas partes». Mariana se quedó callada un par de minutos. «Voy a tener que cancelar mis vacaciones», fue su respuesta, que pronunció en una voz plana, muy similar a la de Teresa. Supongo que esperaba que yo la desmintiera, que le dijera: «Tú vete, no te preocupes, yo me hago cargo de todo y te llevo al cementerio cuando vuelvas para que sepas dónde está la tumba que no visitarás nunca». Pero yo no dije nada y Mariana y Katia cancelaron sus vacaciones.

Ocho días después mi padre estaba en el hospital conectado a un gotero de morfina. Si bien su decisión era «morir en paz, en casa», en cuanto supo del cáncer el dolor se disparó, como si la enfermedad sólo hubiera esperado a ser bautizada para proliferar y ensañarse. De inmediato fue claro que pasaría el resto de sus días —no podían ser muchos— en aquella cama de aquel hospital de la colonia Roma. Y nadie quiere que su padre muera solo, durante el cambio de turno de enfermeras, con manchas de gelatina en la ropa y un programa de concursos en la televisión del cuarto, así que empecé a quedarme con él en el hospital, haciendo viajes ocasionales a la casa de la colonia Educación para llevarle ropa, revistas y su agenda telefónica.

A decir verdad, yo no esperaba repartir el peso de las guardias con Mariana. Pensé que ella iría en horario normal de visitante, a veces con Katia y a veces sola, y que se mantendría atenta al celular para ayudarme con los asuntos del velorio llegado el día. Pero desde la primera noche apareció de pronto, con una mochila de gimnasio que contenía un cepillo de dientes y una muda de ropa, y me dijo que podíamos turnarnos, que había avisado en su trabajo que estaría medio

ausente, que me fuera a mi casa. No me fui. Ese día nos quedamos ambos y bajamos varias veces, de madrugada, a la cafetería del hotel, en donde nuestra relación recobró sus extraviados bríos. Hablamos de todo menos de Teresa. Mariana, a diferencia de mí, prefería no tocar temas delicados.

Durante los siguientes tres meses aquel hospital se convirtió en la sala de mi casa, y aquella cafetería en mi oficina. El seguro de mi padre era lo suficientemente bueno como para que le dieran un cuarto para él solo y nadie le metiera prisas para que desocupara la cama (yéndose a su casa cuando estaba un poco más repuesto o al inframundo cuando ya no aguantaba el dolor). En esa cama mi padre se fue consumiendo poco a poco, y Mariana y yo nos hicimos más viejos en el sillón de al lado, o recorriendo los pasillos del sanatorio cuando el insomnio clavaba sus fauces en nuestra espalda.

Mi padre se enganchó a la morfina en cuestión de unas horas. Fue un idilio tan inmediato que me sorprendió que no hubiera desarrollado una adicción antes —más allá de su obligatorio tequila antes de la comida y su Valium por las noches durante los últimos años—. Los médicos hacían lo posible por bajarle las dosis, argumentando primero que podía sufrir una sobredosis y luego, cuando vieron que el argumento era débil dadas las circunstancias, que el seguro de mi padre no iba a querer pagar por esas cantidades de opiáceos.

La solución de mi padre fue, como siempre que la vida intentaba prohibirle algo, de altanería: me encargó que rescatara un fajo de billetes que guardaba en la casa de la colonia Educación y que sobornara «al pinche jefe de enfermeras» o que fuera a una farmacia y comprara morfina con eso. Le expliqué que necesitábamos una receta del médico a cargo y pasó los siguientes dos días insistiéndole al imberbe galeno que necesitaba la receta porque la morfina del hospital le salía a precio de oro. Finalmente, el médico cedió y pude ir a comprar morfina en dos presentaciones: inyectable y en pastillas (por si acaso), para que mi padre pudiera dedicarse, a su gusto y capricho, a ese último placer que le concedió la vida.

A veces pienso que, de no haber sido por la morfina, mi padre habría muerto en cuestión de semanas. En cambio, sobrevivió casi tres meses flotando en una nube cada vez más alta y más densa de opiáceos, hasta que la distinción entre el sueño y la muerte se volvió superflua. Sólo entonces se atrevió a dejarse morir del todo.

Dos años más tarde llevo una existencia, como la suya de aquellos meses, restringida al espacio de una cama. Desde aquí, enredado entre mis sábanas sudadas, acompañado tan sólo de estos apuntes —de estos cuadernos que garabateo para salvarme, de estas palabras que voy hilvanando en busca de un sentido—, puedo entender el placer infinito que debió encontrar mi padre al descubrir, después de una vida entera dedicada al trabajo, las dulces mieles de la inmovilidad.

Una tarde en el hospital, esperando la llegada del doctor que tenía que hacer su evaluación diaria, le pregunté a mi papá por qué había seguido yendo a la oficina durante meses si se sentía enfermo y cansado, si había encontrado sangre en sus heces y había empezado a moverse en taxi porque al manejar se mareaba; por qué no había ido antes a un médico, o por qué no me había llamado por teléfono para decirme que se sentía mal, que lo acompañara al hospital, que tenía algún síntoma. «No sé», respondió molesto, «tenía muchos pendientes». Imagino que cuando por fin se animó a ir al doctor alguien más, de inmediato, lo reemplazó en el banco y se ocupó de esos

impostergables pendientes que tanto lo agobiaban. Era un empleado perfectamente prescindible. Quizás la única manera de sentirse importante que tenía mi padre era actuar como si en verdad lo fuera.

Algunos colegas suyos lo visitaron en el hospital mientras esperábamos a que terminara de morir, pero no parecían ser demasiado cercanos. Le contaban alguna anécdota insulsa pretendiendo que era graciosa, le mandaban saludos de parte de las secretarias, le dejaban unas flores que quizás durarían más tiempo frescas que su propio cuerpo y luego se iban, dejando en la habitación su aroma a *aftershave*, tequila y tintorería.

Al parecer, en sus cincuenta y nueve años de vida mi padre no había entablado ninguna amistad íntima, ningún vínculo estrecho que, en esos momentos finales, le ayudara a tragar la píldora de la verdad o lo acompañara de algún modo. Hasta ese momento, ese aislamiento de mi papá me había parecido siempre natural, algo que pasaba con todos los hombres de cierta edad y que no podía achacarse a su forma de ser. Yo mismo no tenía ningún amigo al que quisiera ver junto a mi cama en caso de volverme un moribundo. Pero al ver el gesto feliz y relajado de mi padre después de administrarse la morfina —su ceño por primera vez distendido, el rictus quejoso de su boca finalmente borrado—, entendí que aquella falta de amigos era, más bien, un defecto suyo; una mancha de carácter que quizás apuntaba a una turbiedad más honda; una tara fundamental que yo mismo, según todos los indicios, había heredado.

9.

Mientras se secaba mi ropa al sol, en el pequeño patio color arcilla de la casa de Mariconchi, ésta encendió la tele y me dijo que podía ver lo que quisiera en lo que preparaba unas quesadillas para ambos: «Debes de estar muriendo de hambre, mi amor». Le pregunté si había logrado hablar con mi papá o con mi hermana y ella asintió antes de desaparecer hacia la cocina, desde donde me gritó, como evitando el contacto visual: «Tu papi llega en la tardecita. Te voy a llevar al aeropuerto para que te regreses con él luego luego».

La señal de la tele era mala en todos los canales menos en uno, que pasaba una telenovela. Moví la antena de conejo inútilmente y al cabo de un rato apagué el aparato. En la mesita del teléfono, desde donde Mariconchi seguramente había llamado a mi padre, encontré un cuadernillo cuadrado de hojas desprendibles que estaba ahí para tomar recados. Arranqué una de las páginas y me dispuse a hacer origami sobre el mantel florido de la mesa del comedor, aunque hubiera preferido una superficie más dura para hacer los pliegues con firmeza. Sólo me sabía de memoria los dobleces básicos; para hacer cualquier animal hubiese necesitado consultar mi libro de instrucciones. Pero doblar papeles por la mitad me calmaba, aunque no tuviera ningún objetivo.

Mi gran aventura estaba por terminar, y había fracasado. En las últimas quince horas había intimado con el Rata, una de las celebridades de la colonia Educación; había probado mi primer cigarro y había atravesado por primera vez el umbral del territorio prohibido, aventurándome más allá de Taxqueña y Miramontes sin la vigilancia de un adulto responsable; había tomado un autobús yo solo, me había enfrentado a un militar maligno y ahora estaba en otro planeta, Villahermosa, intentando hacer origami mientras la madre adoptiva de mis fantasías me preparaba unas quesadillas. Pero todas aquellas peripecias no me servían de nada: no había llegado a Chiapas ni había encontrado a Teresa ni me había inmolado por ella en la revolución naciente. Y ahora mi padre tenía pretexto para castigarme de por vida: no volvería a ver la luz del sol ni a visitar la casa de Guillermo después de la escuela.

Quizás incluso me cambiarían de escuela y en vez de regresar al Paideia en septiembre entraría a un colegio militar, como había escuchado que les sucedía a los niños sin control ni remedio. En la escuela militar todos mis profesores serían, por fuerza, como el soldado adolescente del retén de la autopista, más interesados en mi humillación y en tocarme las piernas que en enseñarme a multiplicar con decimales o a recordar la historia de la Revolución Mexicana. Mis libros de *Elige tu propia aventura*, mis papeles para origami e incluso mi Cápsula de luminosidad cero serían confiscados, y se me obligaría a dormir al pie de la cama de mi padre, como un perro, y a ver con él partidos repetidos de la selección mexicana hasta el mundial de Francia 98.

En realidad, el fracaso de mi aventura no necesitaba medirse con relación al castigo que se me impondría. No haber llegado a Chiapas, no haber encontrado a Teresa, no haberme convertido en héroe a los ojos de mi padre, mi hermana y sus amigas era la verdadera medida de mi fracaso. La realidad me quedaba muy grande. El mundo era más oscuro y más vasto de lo que había imaginado

al atravesar la avenida Taxqueña, pese a la existencia de figuras amables como Mariconchi o, de un modo distinto, el Rata. Mi fracaso consistía en haber creído, de un modo arrogante y ensimismado, que crecer era triunfar sobre la adversidad oponiéndole grandes proyectos.

Comimos en silencio las quesadillas —a las que Mariconchi había puesto salsa de chile habanero, que soporté con estoicismo—. Aunque seguía sobreexcitado por todo lo sucedido, el cansancio empezaba a apoderarse de mí.

Después de comer dormité en el sillón mientras Mariconchi veía su telenovela. No sentí que descansara. Cada vez que entraba del todo en el mundo de los sueños algo me sacudía: una imagen o una sensación de caída o un miedo a perderme de algo importante. Al cabo de unas horas Mariconchi me tocó el hombro y me dijo que podía ponerme mis pantalones (el sol exagerado de Tabasco los había dejado no sólo completamente secos sino también más pálidos, me pareció). Saldríamos hacia el aeropuerto en unos minutos.

TRES

1.

Mis cuadernos de quinto de primaria —todavía guardo alguno, junto a otros papeles de mi infancia, en una caja de cartón debajo de esta cama— debían ir forrados en papel lustre color rojo y llevar mi nombre y grado escolar claramente inscritos en la portada. Por supuesto, ni mi padre ni yo recordamos eso hasta el último momento, el domingo a las 7 de la tarde, y pese a que recorrimos en auto todas las papelerías del sur de la Ciudad de México, lo mejor que encontramos fue un rollo de papel de un color descrito como «rojo durazno» que a los ojos de cualquier niño era, sin lugar a dudas, rosa. Después de tres intentos frustrados de forrar un cuaderno él solo, mi padre tocó a la puerta del cuarto de Mariana y le encargó la tarea, prometiéndole a cambio llevarla al Tower Records de la Zona Rosa a que se comprara un disco el siguiente fin de semana. Mariana forró mis cuadernos en rosa mientras yo anticipaba las terribles consecuencias que ese estúpido matiz podría tener en mi vida cotidiana.

El primer descubrimiento trágico del año escolar fue que me habían transferido al grupo B de quinto de primaria porque mi padre, abrumado por la desaparición de Teresa y mi posterior huida, había pagado mi reinscripción demasiado tarde, cuando mi grupo habitual se había llenado ya. Eso quería decir que no podría sentarme junto a Guillermo y que, a pesar de llevar cinco años en el Paideia, me vería forzado a hacer un nuevo grupo de amigos, como si acabara de entrar a la escuela. Aunque pudiera ver a mis ex compañeros durante el recreo, nada sería igual si me perdía las anécdotas de clase que alimentaban las dinámicas de grupo.

Los primeros días me sentí desorientado. No lograba sacudirme la sensación de irrealidad que me embargaba desde el viaje a Villahermosa. Supongo que por culpa de alguna amiga de Mariana que había dejado de serlo, en la escuela se corrió el rumor de que nuestra madre se había unido al levantamiento zapatista. Las historias que pintaban a mi mamá como una terrorista internacional, una heroína clandestina o una mentirosa redomada se esparcieron en el patio y en las reuniones de niños que esperaban a sus padres a la hora de la salida. Las versiones más exageradas de la leyenda le atribuían a Teresa varias muertes y la hacían lideresa de un ejército insurrecto.

Las elecciones presidenciales habían tenido lugar poco antes del regreso a clases, y una especie de histeria política parecía afectar a los niños, que se declaraban seguidores de uno u otro partido y se quejaban de la victoria de Zedillo. En una escuela activa y de clase media como el Colegio Paideia, la mayoría de los alumnos repetían sin más las opiniones socialdemócratas de padres y maestros. Fue así que se impuso la teoría de que la culpa de la derrota de la izquierda la tenían los zapatistas, que no habían llamado a votar por Cárdenas y que desviaron la atención con todo su «numerito del barco en mitad de la selva», como le había llamado el maestro de Civismo a la Convención Nacional Democrática que tan intensamente sedujera la imaginación política de Teresa.

Al principio, ninguno de mis nuevos compañeros de clase tuvo el valor para preguntarme directamente sobre mi madre, pero las alusiones veladas y las sonrisas —ansiosas de humillación

y de chisme— fueron lo suficientemente elocuentes como para hacerme entender que mi vida social estaría jodida por un buen rato. Para colmo, mi mejor amigo de cursos anteriores, el irremplazable Guillermo, decidió que no era recomendable para su imagen pública seguir asociándose conmigo.

«Córtalas», en jerga escolar, era una palabra mágica que se pronunciaba al realizar el acto simbólico de unir en círculo los dedos pulgar e índice y luego separarlos teatralmente frente a otro niño; a partir de ese momento, las relaciones diplomáticas entre ambos se daban por disueltas, y sólo podían ser restablecidas de mutuo acuerdo por medio de un acto simbólico opuesto denominado «pegarlas». Guillermo me hizo un «córtalas» durante el recreo en la primera semana de clases y, como en un efecto de contagio, los «córtalas» de otros niños, antiguos compañeros de juegos, se sucedieron a lo largo de los siguientes días, hasta dejarme aislado. Esta hábil maniobra colocó a Guillermo en el podio de la popularidad, convirtiéndolo en el líder indiscutible de ambos grupos de quinto de primaria, y a mí me relegó a la marginalidad de los parias, junto con Rodolfo Casillas, hijo del conserje (discriminado por cuestiones de clase), y Viridiana Lombardo, una niña de Guadalajara recién instalada en la capital cuyo acento y expresiones la convertían en un blanco fácil. Es decir, el látigo de la ortodoxia infantil se cebó sobre los diferentes, como de costumbre, y mi condición de «hijo de guerrillera», como empezaron a decirme algunos, me colocó del lado de los oprimidos.

Lo que más me dolía de no tener amigos en la escuela era no poder contarle a ninguno las cosas que me habían pasado en las vacaciones. Refugiado en mi Cápsula de luminosidad cero, había fabricado una versión de la anécdota (excluyendo el episodio de abandonar mis calzones en un baño asqueroso) que, según mis cálculos, podía impresionar incluso al más cínico y abusivo de los niños de sexto grado.

Ahora durante el recreo iba de un lado a otro del patio, deseando con todas mis fuerzas que alguien me preguntara qué había hecho durante esos meses, para poder lucirme. Pero nunca nadie me preguntó por mis vacaciones, y cuando intenté hacer migas con Rodolfo Casillas y abordar tímidamente el tema, se soltó a contarme que en sus vacaciones había ayudado a su abuelo a fabricar un mueble y luego se alejó antes de que yo pudiera decirle nada.

Tampoco en clase iban mucho mejor las cosas. Hasta entonces yo había sido un alumno no ejemplar pero sí constante. Compensaba mi incapacidad natural para las matemáticas con largas horas de estudio en casa, bajo la mirada fría de Teresa, y con calificaciones siempre sobresalientes en Historia y Español. Sin mi madre cerca para obligarme a hacer la tarea, y con la presión emocional que suponía no tener amigos, mi concentración menguó bastante y en la evaluación diagnóstica que nos pusieron al comenzar el curso terminé al borde del reprobado. Como consecuencia, mi padre me prohibió salir de casa por las tardes, de modo que mis esperanzas de encontrarme al Rata y contarle a él el final de mi odisea tabasqueña se vieron también frustradas.

En este penoso escenario, encerrado en el castigo de mi cuarto y sin ánimos para emprender nuevas investigaciones en torno al paradero y las actividades de Teresa, intenté volver al origami.

Me pareció aburrido. No sólo seguían siendo irreconocibles las figuras animales de papel que resultaban de mi esfuerzo, sino que la actividad misma de doblar papeles por la mitad había perdido su sentido. Me pareció, de pronto, un capricho infantil que me había fascinado en un pasado remotísimo. ¿Cómo era posible que le hubiera dedicado tantas horas a un pasatiempo tan estúpido?, me preguntaba, enojado conmigo mismo o con esa versión de mí mismo que había dejado de existir en algún punto entre Taxqueña y Villahermosa.

Quizás como reacción a mi época del origami, como una especie de secuela del ejercicio de doblar las hojitas de los arbustos para extraer el nervio principal, empecé a concebir una visión del mundo basada en las diferencias entre los hemisferios. De pronto me pareció que todo lo que hacía con mi mano izquierda tenía un significado distinto, casi mágico. La derecha, reservada para las cosas prácticas de la vida (como hacer la tarea) era una mano mundana, mientras que la zurda me parecía investida de una dignidad superior. La expresión de «empezar algo con el pie izquierdo» me parecía una falacia: todo lo que se empezara con el pie izquierdo tenía mayor conexión con lo espiritual; con lo sagrado, incluso.

Doblar hojitas de arbustos por la mitad o hacer pagodas de origami eran actividades imposibles y engañosas precisamente por eso: los hemisferios de la realidad no eran, como en el plano cartesiano, equivalentes ni neutros, sino que estaban cargados de atributos y significados ocultos.

Es probable que esta idea no se me ocurriera a mí solo. En aquellos años, las teorías sobre la lateralización de las funciones cerebrales habían permeado ya la cultura popular de un modo bastante extensivo, y es posible que haya visto en la televisión algún reportaje sobre el funcionamiento del cerebro que estimulara mi imaginación especialmente. Recuerdo, eso sí, utilizar la palabra «hemisferio» con innecesaria frecuencia en clase, ganándome fama de mamón y ahondando la brecha de odio que me separaba de mis condiscípulos. Imagino que aprendí el término en el mismo programa que me sugirió los fundamentos de mi rudimentaria cosmogonía.

El caso es que empecé a hacer conscientes mis decisiones en todo momento. En la escuela intenté escribir un ejercicio sobre sustantivos concretos y sustantivos abstractos para la clase de Español con la mano izquierda. El resultado fue desastroso: rayones apenas comprensibles, como arañas aplastadas sobre la página. El experimento me valió una buena reprimenda de la maestra, que pensó que me burlaba de ella, y más tarde una incómoda conversación con el psicólogo de la escuela, que se empeñó durante una hora en sugerirme que quizás había escrito el ejercicio con la letra de cuando tenía seis años porque quería volver a ese momento de mi vida. Yo guardé silencio, sin desmentir ni confirmar su teoría, pues sospechaba que era mucho más peligroso explicarle mi idea de la superioridad del hemisferio izquierdo.

Continué con mis experimentos en Educación Física: empecé la carrera de los cien metros con el pie izquierdo, mandé pases de basquetbol con la mano izquierda, le pedí al maestro que me asignara la banda izquierda de la cancha durante un partido de futbol. Como siempre había sido muy malo en los deportes, nadie notó que de pronto era un poco peor en todo, y mi entrenamiento espiritual, asociado al hemisferio zurdo, se vio enormemente beneficiado.

La Cápsula de luminosidad cero empezó a quedarme chica, como si en el avión de regreso desde Villahermosa hubiera crecido de golpe varios centímetros. La espalda me dolía si pasaba más de una hora encerrado en ella, así que poco a poco fui dejando de usarla.

Recuerdo con claridad la última vez que me metí en la cápsula. Meditaba sobre la necesidad de desarrollar el bíceps de mi brazo izquierdo cuando recordé un episodio que venía a cuento.

Cuando tenía siete años y medio, mi padre mandó cubrir con cemento el diminuto jardín interno de la casa de la colonia Educación. Llamarlo jardín era exagerado: se trataba de una franja alargada de pasto requemado, de no más de dos metros por cinco. Un mecate lo atravesaba de lado a lado y ahí tendía Teresa la ropa. Mientras vivía Kurt —la tortuga japonesa de mi hermana— aquel jardín alargado era, además, su reino y dominio: se paseaba entre los yerbajos y en las mañanas masticaba apaciblemente los trozos de papaya que le dejábamos sobre una loza.

No sé por qué habrá decidido mi padre que había que cubrir ese pequeño jardín con cemento. A lo mejor le molestaba que algunos insectos entraran a la sala por la puerta corrediza, y pensó que

poniendo cemento desaparecerían los bichos; a lo mejor el cemento se ajustaba más que el pasto reseco a la idea de progreso y sofisticación que parecía regir su vida y aspiraciones. El caso es que decidió recubrir de cemento aquel minúsculo reducto silvestre. Mariana se quejó mucho y se llevó a la tortuga a su cuarto, donde vivió todavía un par de años hasta que una triste mañana expiró después de comerse un pedazo de alfombra.

Un albañil amable y dicharachero pasó cuatro días trabajando para convertir el jardincito en patio. Cuando el trabajo estuvo hecho y faltaba solamente esperar a que se secase, Teresa me propuso un juego que me pareció fantástico: me iban a permitir marcar la huella de mi mano en el cemento fresco. A un lado de mi mano, ella escribiría con un palito la fecha, para poder ir comparando, con el paso del tiempo, el tamaño de mi mano en relación a la huella. A Mariana también se le ofreció participar en la actividad, pero declaró que era una tontería para niños chiquitos y se encerró en su cuarto a jugar con Kurt, el desterrado.

Durante los primeros meses comparé el tamaño de mi mano con la huella del cemento casi todos los días, deseoso de comprobar si había crecido durante la noche. Pero con el tiempo se fue diluyendo mi interés y la huella de mi mano cayó en el olvido, pisoteada solamente por Teresa mientras colgaba la ropa recién lavada.

Encerrado e incómodo en mi Cápsula de luminosidad cero recordé también que, durante los trabajos del albañil, mi padre se refería al cemento del patio como «el concreto»: «¿Cómo va quedando el concreto, maestro?», le preguntaba con una insistencia cansina cada pocas horas, a lo que el albañil respondía con displicentes monosílabos.

A los siete años y medio yo tenía un conocimiento muy impreciso de la palabra «concreto», pero a los diez estaba ya en posición de entender la diferencia entre sustantivos concretos y sustantivos abstractos, así que me pareció evidente que aquella mano mía, de *concreto*, era una pieza fundamental dentro de mi teoría de los hemisferios. Si resultaba que la huella fijada en el concreto era la de mi mano derecha —como creía recordar—, entonces era obvio que a ese hemisferio le correspondía el dominio sobre las cosas *concretas* del mundo.

Salí de la Cápsula de luminosidad cero exaltado por la complejidad de mi filosofía y quité los cojines y el letrerito que tenía en el interior del clóset: la cápsula ya no era necesaria, había cumplido una función en mi vida y era momento de dejarla atrás.

Bajé corriendo al patiecito de cemento y medí mi palma contra la huella de antaño. Era, en efecto, la huella de mi mano derecha, y me quedaba muy chica ahora.

A partir de ese descubrimiento, mis manías sobre el lado izquierdo y el derecho alcanzaron resonancias casi místicas. Me fabriqué un parche con una vieja camiseta y adquirí la costumbre de taparme el ojo izquierdo mientras estaba en la escuela, como si reservara su uso para asuntos de mayor importancia. Huelga decir que este tipo de actitudes no sólo contribuyeron a marginarme aún más, sino que hicieron sonar todas las alarmas del personal docente del colegio Paideia, por lo que se me impuso como obligación visitar al psicólogo una vez por semana, los viernes, mientras los otros niños se divertían a la hora del recreo.

Sucedió también, durante esas primeras semanas de clase, que me oriné en la cama un par de veces. Este defecto, que yo relacionaba con el episodio del retén militar de camino a Villahermosa, me avergonzaba mucho. ¿Por qué justo ahora que había crecido —mi mano derecha, mucho más grande que la huella en el concreto, lo confirmaba—; ahora que había dejado de jugar al origami y de temer al Robachicos, volvía a mearme en la cama como un niño de cuatro años?

Era tal el conflicto que me causaban esos episodios que intentaba esconderlos a toda costa: me metía un par de camisetas en los pantalones de la pijama para que, en caso de mearme, la orina no traspasara la ropa hasta manchar el colchón y delatarme. En las mañanas me metía a bañar con las camisetas meadas y les fregaba la orina bajo el chorro de agua caliente de la regadera, antes de esconderlas bajo mi cama, de modo que tardaban mucho en secarse y quedaban oliendo a humedad durante días.

2.

Desde muy joven tuve la idea de que la muerte de mi padre no sería un evento particularmente traumático ni deprimente. Habiendo sobrevivido a la muerte de Teresa, la extinción de mi padre se me presentaba como un asunto inevitable y quizás algo triste, pero no como un acontecimiento capaz de cambiar mi vida de una manera radical e irreversible. Me hubiera encantado tener razón en este punto.

Algunas noches, en el hospital, cuando estaba solo yo de guardia, caminaba hasta una de las salas de espera y me sentaba ahí a leer. Leía hasta el amanecer, luego iba al cuarto y me acostaba un rato en el incómodo sillón, donde dormitaba hasta que la enfermera llegaba a hacer la revisión matutina de rigor y a ayudar a mi padre a bañarse.

Puesto que estaba muy cansado como para seguir libros densos o exigentes, decidí releer algunos de los títulos que marcaron mi infancia. Desde luego, no hubiera tenido paciencia para hojear siquiera las novelas de *Elige tu propia aventura* (además de que no hubiera sabido encontrarlas), pero sí sentía curiosidad por volver sobre otros libros, más atemporales, que en un momento u otro me habían servido para olvidar el sistemático desprecio que mis compañeros de clase me hicieron sentir los últimos dos años de primaria.

Así, bajo la luz blanquecina de la sala de espera, releí *El llamado de lo salvaje* de Jack London, *La isla del tesoro* de Stevenson y una parte de *Veinte mil leguas de viaje submarino*, que finalmente abandoné porque perdí la concentración necesaria. Los ojos me ardían todo el tiempo y la luz de neón empezó a volverse insoportable. Intenté escuchar música y programas de radio con audífonos. Intenté hacer solitarios y engancharme a los juegos más enajenantes de mi celular, pero tarde o temprano los abandonaba, desesperado, y terminaba pasando el resto de la noche sin hacer nada, mirando fijamente algún rincón de la sala de espera.

En ese estado de pasmo e inacción me encontró una enfermera, la madrugada del 6 de mayo de 2015, cuando llegó a decirme que el ritmo cardíaco de mi padre había disminuido dramáticamente y que el médico de guardia lo estaba atendiendo.

De camino hacia la habitación me detuve al verme de reojo en el espejo que escondía un extintor. Mi cara, atravesada por las letras «Rómpase en caso de emergencia», me pareció de pronto muy parecida a la de mi padre. Las mismas bolsas bajo los ojos, la misma frente en ampliación constante, la misma nariz chueca y abultada. No me paré más de tres o cuatro segundos, pero tuve la certeza, durante esa breve pausa, de estarme viendo como me veían los otros.

Había pasado años escudriñando el espejo en busca de los rasgos de Teresa. En la adolescencia había vigilado con esperanza los cambios de mi rostro, a la expectativa de que ella se manifestase de algún modo, de que regresase a mi vida por la oblicua vía del ADN. La idea que tenía de mi propia cara estaba condicionada por esa mirada anhelante, por ese deseo de encarnar a Teresa. Pero de pronto, caminado hacia la muerte de mi padre —y hacia mi propia

muerte—, se me ofreció una visión momentánea de mi cara en toda su objetiva fealdad, en toda su tristeza. No había nada de Teresa en esa cara, ni apenas nada de mí mismo: era la cara de mi padre, adherida a la mía como en una mala película de ciencia ficción. Hiciera lo que hiciera, él seguiría conmigo, respirando en mi respiración, caminando en mis pasos. Si algo cabía esperar del futuro era que mi cara se fuera pareciendo a la suya cada vez más, hasta que en una cama de hospital, algún día, mi cara de moribundo fuera por fin su cara de moribundo y su dolor fuera finalmente el mío. Entonces, todas las horas que pasé negándolo se materializarían en mi estómago, jalándome con su peso hacia el centro de la Tierra, jalándome con su peso hacia la tumba.

3.

Un día, cuando terminábamos de comer, sonó el teléfono. Mariana corrió a contestarlo a su cuarto y se decepcionó al comprobar que era para mí. Contesté en la sala.

Era Guillermo. Su fiesta de cumpleaños sería la siguiente semana y quería invitarme. Su voz sonaba demasiado formal y pude escuchar al fondo unos murmullos. Deduje que su madre lo había obligado a llamarme, a invitarme a su fiesta. Le dije que iría y colgué el teléfono.

Esa noche, acostado en la oscuridad de mi cuarto —que no era tan total como la de mi antigua Cápsula de luminosidad cero— pensé en los motivos que habrían llevado a la madre de Guillermo a forzar esa llamada. Seguramente la noticia de la desaparición de Teresa había llegado ya a oídos de los adultos. El psicólogo de la escuela parecía empeñado en hacerme decir algo sobre el tema, aunque era claro que no se atrevía a preguntarme. Quizás los papás de Guillermo (que conocían un poco a Teresa por mi amistad con su hijo) se habían propuesto interrogarme durante la fiesta. Quizás trabajaban con la policía y pretendían sacarme información para arrestar a mi madre. O quizás —y esto era lo más plausible— sentían lástima por mí, no sólo porque mi madre se había ido a hacer la revolución a las montañas del sureste mexicano, según rezaba el chisme, sino porque Guillermo había pasado a odiarme de un día para otro.

Intenté no hacerme ilusiones con respecto a la fiesta. Mi amigo seguía sin dirigirme la palabra en el recreo, al igual que su círculo cercano. No sólo es que no me dirigieran la palabra: había algo altivo y retador en su forma de ignorarme. Buscaban pasar cerca de mí para exhibir su camaradería y hacer más explícita mi exclusión. Sonreían con maldad o cuchicheaban cuando alguno de los abusos de la escuela me daba un sonoro zape durante los honores a la bandera o me empujaba en las escaleras cuando subíamos a clase.

Pero a pesar de todas esas señales, un rescoldo de esperanza ardía muy al fondo de mí mismo: a lo mejor en la fiesta, lejos de las dinámicas escolares, sus corazones se ablandaban y volvían a incluirme en su grupo.

No era tanto que yo necesitara pertenecer al grupo: salvo por las anécdotas que me unían a Guillermo, no me sentía especialmente atraído por esa pandilla. Pero necesitaba un respiro. La escuela siempre había sido un remanso de normalidad, ajena a los conflictos de mi casa —a las peleas de mi padre con Mariana, al humor oscuro de Teresa después de leer alguna nota en el periódico que detonaba una nueva tensión doméstica—. Una de las consecuencias imprevistas y más desagradables de la partida de Teresa era que esa división se había fracturado: los conflictos de la casa y los de la escuela estaban ahora relacionados, como si dos mundos hubieran hecho colisión de pronto, devastando ambos planetas.

El sábado al mediodía mi padre me llevó a casa de Guillermo para la fiesta. En el camino lo convencí de detenernos a comprar un regalo. Después de rogar durante algunos minutos, conseguí que accediera a pagar un cartucho de Super Nintendo de reciente aparición. Teresa nos había prohibido desde siempre los videojuegos, pero era un secreto a voces que cuando iba a casa de

Guillermo me pasaba tres o cuatro horas perdiendo frente a la pantalla —mi amigo entre desesperado y feliz de poder humillarme sin tregua toda la tarde—, mientras la empleada doméstica nos abastecía de sándwiches, galletas y productos chatarra que nunca había visto a la venta en ninguna tiendita de mi colonia.

Un juego de Super Nintendo era un regalo de una generosidad rayana en el absurdo: los niños en general regalaban figuras de acción o juguetes descartables que se rompían para el final de la fiesta. Pero yo no podía permitirme nada de eso: tenía que comprar la amistad de Guillermo, mi acceso a ese club de niños populares, su silencio y su perdón en torno a mi madre guerrillera.

La de Guillermo era una casa mucho más grande que la nuestra, situada en una colonia con seguridad privada. Yo me había quedado a dormir ahí varias veces durante los últimos dos años, pero su fasto seguía imponiéndome. El Tsuru dorado de mi papá parecía un intruso en esas calles, acostumbradas a máquinas mucho más lujosas. Mi padre se daba cuenta: conducía más lento que de costumbre, pasando los topes con sumo cuidado, como si temiera romperlos y que se los cobrarán. Alguien que nos viera desde la banqueta podría haber pensado que el coche mismo era consciente de su insuficiencia.

La madre de Guillermo me recibió con un cariño excesivo que me pareció sospechoso. Mi padre, achicado ante la superioridad económica de los anfitriones, aceptó un vaso de agua que bebió de pie, visiblemente incómodo, antes de explicar que tenía cosas que hacer y salir huyendo. La mamá de Guillermo me dio un vaso de refresco y me dijo que podía dejar mi regalito sobre la mesa, junto a los demás, pero yo me empeñé en llevarlo al jardín, donde ya corrían y gritaban algunos de los invitados. Mi idea era que Guillermo abriera el regalo frente a todos y que, seducidos por mi generosidad, me integraran de inmediato a los juegos grupales.

Conforme me acercaba al grupo de cinco niños que jugaban en el jardín, lejos de la mirada protectora de la mamá de Guillermo, entendí que había cometido un error. El regalo, envuelto en un papel de envolver con payasitos, me pareció ridículo de pronto, y deseé haberlo dejado en la mesa, como todos. Guillermo pareció sorprendido de verme llegar; quizás había asumido que, a pesar de la llamada telefónica, mi sentido común persistiría y a fin de cuentas no aparecería en su fiesta. Pero tras un momento de duda pareció entender las posibilidades que mi aparición le ofrecía, en términos de su legitimación como líder.

«¿Qué haces aquí? Las niñas se quedan en la casa, ¿no te dijeron?». Sus palabras me dolieron, pero también me parecieron ridículas: no había ninguna niña en su fiesta.

La bienvenida anunciaba que no iba a ser un día fácil.

Mi antiguo amigo me arrancó de las manos el regalo y rompió el papel de envolver de payasitos sin ningún esfuerzo. Los otros cuatro o cinco niños miraban con aire de expectativa maliciosa. Me indignó comprobar que entre ellos se encontraban algunos de los niños populares y tontos de los que Guillermo y yo nos burlábamos abiertamente antes de las fatídicas vacaciones de verano. Su transformación era más acusada de lo que había anticipado: no sólo me había vuelto la espalda a mí, sino también al niño que él mismo había sido unos meses atrás.

Guillermo dijo con desprecio que ya tenía ese juego de Super Nintendo y tiró el cartucho entre unos arbustos. Esa parte del jardín era bastante silvestre, con grandes hojas de plátano y arbustos de café que creaban una especie de selva. «Ya vete», dijo después, y me empujó con ambas manos, haciéndome perder ligeramente el equilibrio. «¿O qué, le vas a decir a la puta de tu mamá que venga a matarnos?». »

Esa nueva provocación me dolió mucho más que las anteriores, no por la insinuación de que Teresa era puta —un insulto desgastado por el uso cotidiano en la escuela y la colonia—, sino por

la idea de que era una asesina; semejante acusación, en boca de Guillermo, me pareció por primera vez algo serio e indignante.

Nunca hasta ese momento consideré la posibilidad de que Teresa hubiera matado a alguien. Incluso si se había unido a los alzados con pasamontañas, incluso si resultaba que vivía de campamento en mitad de una guerra, era incapaz de imaginarla disparando un rifle o poniendo una bomba. Su violencia era de otro tipo: consistía en decirte las cosas de un modo cortante, sin rodeos, mirándote a los ojos: «Me has decepcionado». Acusar a mi mamá de ser una asesina era una mentira intolerable, y la única respuesta posible era destruir a quien la pronunciara.

Tuve de mi lado el factor sorpresa: Guillermo no esperaba que me le fuera a los golpes. Pero él era más alto y más fuerte que yo. Después de conectarle un primer puñetazo en el pecho —con el que me torcí la muñeca— me sometió en unos pocos segundos sin demasiado esfuerzo. Antes de que pudiera reaccionar estaba ya bocabajo en el piso, la rodilla de Guillermo presionada contra la parte central de mi espalda y su mano empujando mi cabeza, restregando mi cara contra la hierba húmeda de su jardín. Yo pateaba e intentaba darme vuelta sin conseguirlo. Escuché risas a mis espaldas, no de Guillermo sino de los otros niños. Uno dijo algo que no alcancé a escuchar y hubo nuevas risas. Después, uno de ellos, que llevaba camiseta roja, decidió tomar parte en la humillación. Se acercó y me dio una patada en la pierna, a la altura de la rodilla. «Se va a hacer pipí, la niñita», dijo. Por el rabillo del ojo vi que se abría la bragueta mientras le hacía un gesto a Guillermo para que se quitara. Comprendiendo sus intenciones, Guillermo se puso en pie y me pisó la nuca, de modo que seguí sin poder moverme.

Sentí el chorro de orina caer sobre mis pantalones, a la altura de mis nalgas, salpicando mi camiseta un poco. Luego el calor y la humedad filtrándose hasta mis calzones, mojándome el ojo del culo, los contraídos testículos. Los niños que se habían quedado mirando seguían riéndose o contribuían al espíritu gregario con exclamaciones de júbilo.

Sólo entonces dejé de forcejear, me aflojé del todo y cerré los ojos, paladeando el sabor y la textura de la tierra bajo el pasto. Dejé de escuchar las risas. El silencio lo invadió todo y por un momento tuve la impresión de estar en mi Cápsula de luminosidad cero, lejos de todos los ruidos y todas las luces del mundo.

Cuando abrí los ojos, Guillermo y los otros se habían ido. El sonido volvió y alcancé a distinguir sus voces a lo lejos, jugando fútbol en otra área del espacioso jardín. Me levanté, me sacudí la cara y el frente de mi camiseta. Sentía los ojos rojos, como si fuera a llorar de un momento a otro, pero las lágrimas no salían. Me dolía el cuello y el pecho, un hueso en el centro del tórax que nunca antes había sentido. Me llegó el olor de la orina y recordé mi propia orina, mi propio olor, mi vergüenza en el baño de la estación de servicio, antes de llegar a Villahermosa, cuando le arranqué a mis calzones la etiqueta con mi nombre completo. Reparé en que tenía puestos los mismos pantalones de aquel día —los mismos que Mariconchi había lavado en su casa de Villahermosa mientras yo me bañaba—, manchados esta vez con orina ajena.

Metí la mano en mi bolsillo derecho y ahí estaba todavía: la etiqueta de tela con mi nombre completo, recordándome que siempre sería el mismo, que esos dos apellidos me perseguirían hasta el final de mis días: hijo de su padre y de su madre, en ese preciso orden.

En ese momento hubiera dado todo por ser Úlrich González.

La mamá de Guillermo no me preguntó qué me había pasado. Pareció disgustada de verme en mitad de su sala apestando a meados. Otra mujer estaba con ella; ambas tomaban café y galletitas.

La anfitriona se disculpó y me agarró con violencia de la muñeca. Me jaló hasta el piso superior de la casa y me dejó en un pasillo. «No te muevas de aquí que me vas a manchar todo», dijo, y se encerró en un cuarto. La escuché hablar por teléfono con mi hermana. Mi padre no había tenido tiempo siquiera de volver a casa. La mamá de Guillermo estaba muy nerviosa con la idea de tenerme más tiempo ahí y que sus invitados me vieran en ese estado. Le dijo a mi hermana que quería protegerme de los otros niños, que se burlarían de mí si llegaban a enterarse de lo que ella llamaba mi «accidente». No tuve el valor de decirle que su hijo y sus amigos eran unos hijos de la chingada.

Al final se convino mandarme en taxi a mi casa, con un taxista de confianza que hacía las veces de chofer de la familia. La mamá de Guillermo me prestó unos viejos pantalones de su hijo y guardó los míos en una bolsa de supermercado que tuve que cargar con suma vergüenza.

Desde el taxi, camino a casa, miré por la ventana todo el trayecto. El enojo había remitido y me quedaba solamente una profunda tristeza. La Ciudad de México me pareció más gris, más rota y más sucia que otras veces. Un tragafuegos de semáforo le pidió dinero al taxista, que subió su ventana sin responderle.

4.

Hace unos años leí, en una revista científica, un artículo sobre el funcionamiento de la memoria. Nunca he sido un gran lector de divulgación de la ciencia, pero los resultados de ese estudio en particular me dejaron pensando durante días. El subtítulo era atractivo y grandilocuente: «Cada vez que recuerdas un acontecimiento, tu cerebro lo distorsiona». Para llegar a esta conclusión, un grupo de neurólogos en una universidad inglesa había medido la intensidad de los impulsos eléctricos neuronales de no sé cuántas personas.

Los autores explicaban cómo los recuerdos sobre los que más volvemos son los más inexactos, los menos fieles a la realidad. Al recordar un evento en específico, muchas veces recordamos la experiencia de haberlo recordado antes, no la experiencia original del evento. Así, cada vez que recordamos una escena, esa escena tiene menos relación con la experiencia vivida. Se añaden ciertos detalles, se intensifican algunos colores, las interpretaciones se superponen al hecho. En el artículo, claro, todo esto tenía una explicación neurológica que he olvidado, quedándome sólo con la metáfora.

Recordar desgasta. No sólo al recuerdo, como afirmaban los neurólogos de aquel artículo, sino también al sujeto que recuerda —eso lo añado yo—. Recuerdo y sujeto se aniquilan mutuamente en el ejercicio de la memoria, hasta que el recuerdo es inventado y el sujeto está más solo que antes, porque lo que recordaba ya no existe: es sólo una copia de una copia de una copia.

El día en que murió mi papá está perdido, irrecuperable en algún embrollo de circuitos neuronales a los que no podré acceder nunca. Lo que me queda de él es una copia, de una copia, que dice esto: mi padre perdió el conocimiento en torno a la una de la mañana. Llamé a Mariana para avisarle, pero me saltó el contestador y le dejé un mensaje. Me senté en un banquito junto a la cama de hospital y comencé a hablarle a mi papá. Empecé tímidamente, avergonzado de que me escucharan las enfermeras, de que me viera alguien. Luego me fui soltando. Hacia las tres y media de la mañana ya le hablaba con fluidez, aunque guardando silencio por lapsos de varios minutos.

Le hablé sobre todo del pasado. Le conté la historia de cuando Teresa se desmayó en el mercado y la historia de cuando le di una patada a una paloma. Le conté que a mis diez años el Rata me había acompañado hasta la estación de Taxqueña, y también que había vuelto a verlo, unas semanas antes, discutiendo con su hija adolescente no muy lejos del hospital en donde estábamos. Le conté a mi papá inconsciente del baño de la estación rumbo a Villahermosa, donde dejé abandonados mis calzones, y del baño de la casa de Mariconchi.

También aproveché para soltar reclamos que me hervían en el pecho desde hacía mucho. Le reproché su cerrazón mental, la manera en que había alejado a Mariana de su vida, sus irreprimibles accesos de ira, su afán por controlar a todos los que le rodeaban. Nunca me había atrevido a decirle nada de eso mientras podía escucharme. A diferencia de mi hermana, que lo había confrontado abiertamente desde los quince años, yo había tolerado los atropellos de mi

padre en completo silencio. Cuando mi paciencia bordeaba el límite, me decía que mi padre había sufrido la muerte de Teresa tanto como nosotros, o incluso más, porque la conocía desde antes.

A las cuatro de la mañana mi papá recobró la consciencia fugazmente y murmuró algo que no entendí a través de los tubos que lo mantenían conectado a la vida. Ese balbuceo fueron sus últimas palabras. No sé por qué, pero tengo la convicción de que no era nada importante.

A lo largo de los siguientes cuarenta minutos, tres o cuatro veces creí que había muerto y llamé a la enfermera, que tomaba sus signos y negaba con la cabeza, mirándome a los ojos sin compasión ni ceremonia, como aburrída. Finalmente, a las 5:17 terminó de morir. Cuando se confirmó el deceso le sostuve un momento la mano fría, a manera de despedida, y salí del cuarto detrás del médico.

Poco antes de las 6 llegó Mariana. No sé si le dio tristeza haberse perdido ese momento. Supongo que en el fondo ella se había despedido mucho tiempo antes.

Ninguno de los dos lloramos. Habíamos tenido tiempo de sobra para asimilar, para desear incluso la muerte del hombre que, en buena medida, nos había criado —a pesar suyo, a pesar nuestro—.

Mi padre había dispuesto que lo veláramos en una funeraria que ofrecía grandes descuentos a los trabajadores del banco. Era un lugar gris y mal ventilado.

En una de las esquinas del cuarto donde lo velábamos hubo, toda la noche, una cubeta amarilla con un trapeador sucio. En algún momento pensé pedir que se la llevaran, pero luego me dije que daba exactamente lo mismo. Eso debieron pensar también los antiguos compañeros de oficina de mi padre, y sus esposas. Su jefe de los últimos diez años, un hombre apenas mayor que él, me contó algunas de las anécdotas que todos recordaban sobre mi papá: cierta vez que había comprado un pastel para su secretaria, convencido —y equivocado— de que era su cumpleaños; otra ocasión en que había albureado a un cliente sin darse cuenta; otra más en que habían tenido que detenerlo entre varios para que no le pegara a alguien en una cantina. Eran anécdotas tontas, que lo pintaban como un hombre simple y malhumorado, pero hasta cierto punto simpático.

A Mariana le costó trabajo disimular su desprecio por aquella gente. Daba la mano, sonreía un poco y luego salía a fumar, llevándose a Katia o a alguno de sus amigos. Por mi parte, yo no invité a nadie; no sentí que necesitara de ningún tipo de apoyo moral. Me daba lo mismo pasar la noche en compañía de ejecutivos de cuenta, responsables de área y primas segundas.

Una semana después nos reunimos Mariana y yo con el abogado, el licenciado Víctor Garmendia. Garmendia fue uno de los pocos amigos de mi padre que no eran del banco ni del club. Nunca entendí cómo se conocieron, y lo cierto es que nunca lo invitó a la casa, pero mi papá hablaba sobre Garmendia con una familiaridad rara en él.

Al conocer en persona a Garmendia, sin embargo, me dio la impresión de que el aprecio no era recíproco: hablaba de mi padre como de un cliente cercano, con el que se había tomado alguna vez un par de cervezas, pero no mucho más.

Acordamos que Garmendia se ocuparía de vender la casa de la colonia Educación, a cambio de un porcentaje, en cuanto le diéramos las llaves. Mi responsabilidad era vaciarla: vender o regalar todo lo que hubiera dentro. Mariana no quería saber nada.

Yo había dejado mi trabajo como profesor de español para extranjeros para acompañar a mi

padre en sus últimos meses de vida. Era un trabajo mal pagado, donde tenía que soportar a gringos consentidos e insoportables. En el fondo, llevaba mucho tiempo esperando la ocasión idónea para renunciar.

Sin el ingreso de las clases y con la exigencia de vaciar la casa de la colonia Educación, me pareció que lo más sensato era instalarme ahí durante algunos días, para no hacer cada mañana el viaje desde mi departamento de aquel entonces (en la Santa María la Ribera).

Antes incluso de abrir por completo la puerta, el olor me golpeó con la claridad, con la evidencia de una imagen. Era difícil entender que la casa de la colonia Educación pudiera seguir oliendo exactamente igual pese a estar deshabitada, pese a que mi padre estaba muerto, Teresa estaba muerta, Mariana no vivía ahí desde hacía años y yo mismo era, en la medida en que el tiempo permite tales acrobacias, una persona distinta a la que alguna vez había vivido entre aquellos muros.

Arrumbé mi mochila en mi antiguo cuarto y contemplé la titánica tarea que tenía por delante. Todo parecía estar igual que cuando vivía ahí. Mi padre no había movido apenas nada de la casa, como si hubiera contenido la respiración durante años, temeroso hasta el final de cualquier atisbo de cambio.

Decidí separar todo lo que había en tres grandes categorías: cosas para vender, cosas para donar y cosas sobre las que prefería consultar a Mariana antes de hacer cualquier cosa.

Empecé por la sala, donde todo era vendible: el sillón de imborrables manchas, una Enciclopedia de México en 10 volúmenes, una caja de películas en VHS. Lo único que había renovado mi padre era la televisión: pensé que podían darme un buen precio por su inmensa y flamante pantalla plana.

Terminé rápidamente la sala y decidí continuar con la cocina. Pospuse para un momento de mayor serenidad espiritual la inspección de mi antiguo cuarto. La habitación de mi padre sería lo último: mi respiración se aceleraba al mirar desde el pasillo su media penumbra de cortinas corridas.

La primera noche que pasé en la casa no pude dormir. Mi vieja cama me quedaba demasiado chica y el polvo levantado en la sala flotaba por toda la casa, provocándome alergia. Vi el amanecer de pie frente a la ventana de mi cuarto.

El segundo día de limpieza salí a comer a un tianguis cercano y entre los puestos de comida vi una camioneta pick-up, vieja y despintada, con una manta que decía «Se compran muebles, ropa, tiliches». Me pareció una opción tan buena como cualquier otra. Me acerqué a la ventanilla del coche, pero no parecía haber nadie cerca. Busqué en las inmediaciones y pregunté a un frutero del tianguis, quien me dijo que «el señor de los tiliches» volvería en breve. Me recargué contra la ajada carrocería a esperar bajo el rayo del sol.

Al cabo de unos minutos sentí una mano en el hombro y, cuando me di la vuelta, me encontré cara a cara con el Rata. Era el mismo señor envejecido, con calvicie y cola de caballo que se me había aparecido semanas antes en los alrededores del hospital. Esta vez estaba solo, sin la adolescente con la que lo había visto discutir en plena calle.

El Rata no pareció sorprendido de verme, pero tampoco dio indicio alguno de reconocermelo. «¿Qué se te ofrece?», me preguntó. Tenía la voz rasposa de un fumador compulsivo de Delicados

sin filtro. «¿No te acuerdas de mí? Soy el hermano de Mariana... Calle H, número 23». El Rata hizo un gesto vago con la mano, como si diera igual el pasado, como si no tuviera ninguna importancia el hecho de encontrarnos dos veces, antes y después de la muerte de mi padre, después de veinte años de no vernos, de no saber apenas uno del otro. «¿Y qué puedo hacer por ti, hermano de Mariana de la calle H?», preguntó con sorna, como restregándose su indiferencia. Renuncié a fraternizar. Quizás yo era el único al que le importaba el verano del 94. Ni Mariana, ni el Rata ni nadie parecía interesado en revivir la historia. «Falleció mi papá y estoy vaciando su casa. Hay muchas cosas que puedo venderte».

El Rata no me dio el pésame ni mostró contrición alguna. Me dijo que pasaría más tarde a ver qué tantas cosas eran para saber si le bastaba con su camioneta y cuántos chalanos necesitaba. Me dio su tarjeta: «Compra-Venta de muebles antiguos “el Rata”», decía; tenía el dibujo de una rata gigante, con lentes oscuros, manejando un camión de mudanzas. Cerramos el trato con un apretón de manos; la del Rata era una mano áspera, callosa, como de concreto.

De regreso a la casa me compré un par de cervezas de lata y un tapabocas para protegerme del polvo. Bebiendo en mitad de las cajas de cartón que poblaban la sala, me pregunté adónde se llevaría el Rata todo eso. Probablemente tenía un socio que revendería todo. Me gustaba la idea de que hubiera un puesto en la Lagunilla, o en el tianguis de antigüedades de la Portales, con todos los objetos que habían ocupado la vida de mi padre: trofeos de una existencia dedicada a la acumulación de herramientas mecánicas. Alguien se detendría un sábado cualquiera a preguntar el precio de una llave inglesa y a su alrededor callarían, graves, las ruinas de mi padre, su expoliado mausoleo de baratijas. Había una justicia poética en que fuera el Rata quien se encargara. Como si, pese a su reticencia y su forzada altanería, estuviera condenado a acompañarme, una vez más, en ese tránsito incómodo para salir de la colonia Educación.

No me considero una persona particularmente aferrada a los objetos. Tirar la horrenda marina al óleo que adornó el pasillo de la casa durante toda mi infancia no supuso el más leve sacrificio. Con igual soltura me deshice de electrodomésticos y chingaderitas de repisa que adornaron el paisaje de mis primeros años. Llegué a pensar que sería un proceso relativamente sencillo, que en cuestión de días me habría deshecho —sin secuelas ni remordimientos— de un pasado que llevaba mucho tiempo pesándome.

Esa tarde acabé con la cocina y, en un arranque, clasifiqué también todo lo que había en el viejo cuarto de Mariana, reconvertido en trastero. El Rata pasó más tarde, a eso de las 8, y evaluó con aire profesional el conjunto de cajas de la sala y la cocina. Le dije que arriba había más cosas, pero decidió que no hacía falta subir a verlas: con eso se hacía una idea de sus necesidades.

A la mañana siguiente fui a buscar más cajas de cartón al mercado y en un par de horas decidí el destino de todos los objetos que había en mi cuarto. Aparté un par de viejos cuadernos de primaria, dos o tres libros y algunos CDs de mi adolescencia que decidí guardar por motivos nostálgicos. Todo lo demás era vendible.

La limpieza, en definitiva, avanzó sin incidentes hasta que llegué al cuarto de mi papá: el cuarto que alguna vez había sido también de Teresa. Ahí estaba la cama en la que mi madre había dormido hasta ese martes de julio o agosto de 1994; el escritorio esquinado en el que muy

probablemente había escrito la carta de despedida para mi padre; el buró sobre el que yo había encontrado aquella misma carta, bajo un ridículo perro de porcelana.

Aquel cuarto tenía para mí algo de museo. Era, de algún modo, como una de esas casas que pertenecieron a algún personaje histórico y que se preservan intactas para deleite de los turistas. Salvo que aquí yo podía convertirme en el turista de mi propia historia. Puesto que era la estancia de la casa a la que menos había entrado a lo largo de todo ese tiempo, preservaba para mí, con más contundencia que ningún otro espacio, el recuerdo o el fantasma de mi madre: podía imaginarme a Teresa leyendo, discutiendo, vistiéndose en aquel cuarto, suspendida en un tiempo anterior a todo como un holograma proyectado por mi duelo y mi fatiga.

5.

El 23 de septiembre de 1994, seis días después del incidente en la fiesta de Guillermo, mi padre nos dijo que tenía que hablar con nosotros. Mariana y yo veníamos llegando de la escuela y nos sorprendió verlo en la casa a una hora a la que se supone que debía estar en el trabajo. Estaba despeinado y sin rasurar; tenía puestos los pants que usaba los domingos. Durante toda la semana se había respirado un ambiente inusualmente tenso en la casa.

Yo había dado por supuesto que estaba molesto conmigo por lo de la fiesta, pero que no sabía cómo regañarme porque la situación era muy rara: un niño de casi once años que se orina en una fiesta inspira más lástima que ira, y mi padre en general lidiaba muy mal con las emociones complejas.

En la escuela había continuado el régimen de burlas y humillaciones al que me tenían sometido, aunque sin alcanzar puntos tan bajos como el de la fiesta. Replegado detrás de una jardinera durante los recreos, me había dedicado a escribir, en las hojas finales de mi cuaderno forrado en papel lustre rosa, mi Teoría del Hemisferio Izquierdo a manera de evasión y de consolación filosófica. Llené varias páginas con mi caligrafía insegura explicando las asociaciones mágicas que el lado izquierdo tenía, y el papel meramente pragmático (*concreto*, ponía) que el lado derecho tenía asignado.

Mariana había tenido un gesto inusualmente cálido cierta noche. Había entrado a mi cuarto sin tocar antes la puerta y se había acostado en mi cama con un suspiro. Mirando hacia el techo, había murmurado, casi para sí misma: «Yo sé que está muy raro todo esto ahorita, enano, pero vas a ver que mi mamá regresa pronto y todo se va arreglando. A lo mejor se divorcian, pero eso es normal, todas mis amigas tienen papás divorciados». Y, sin esperar un comentario de mi parte, se había ido a encerrar nuevamente a su cuarto.

No estoy seguro de qué pensaba yo, por aquellos días, con respecto a Teresa. No me interesaba mucho seguir conjeturando sobre su vida de forajida en la selva, y aunque a veces mi imaginación se escapaba hacia esos terrenos, en general intentaba concentrarme en cualquier otra cosa. Es probable que estuviera cansado de tanto cambio, de tanta asimetría.

El tono de mi padre anunciaba una conversación seria. Mariana puso cara de querer evadir el asunto, como si le hubieran pedido que lavara los trastes o que volviera temprano de casa de Citlali. Yo no tenía el aplomo para fingir indiferencia: me senté en la sala, frente a mi padre, con actitud de víctima, listo para recibir un sermón que, si la cosa se ponía fea, podía degenerar en gritoneada con insultos —tales eran sus modos—. Pero mi padre parecía relativamente tranquilo, pese a su aspecto descuidado y al anuncio grave de que tenía algo que decirnos.

«Hubo un accidente», empezó diciendo, pero se quedó pasmado y después de un momento de duda tuvo que empezar de nuevo, esta vez de un modo más claro. «Su mamá tuvo un accidente. De coche. Teresa está muerta».

No recuerdo el resto de la conversación. Sí recuerdo, en cambio, pensar que el nombre de Teresa sonaba raro en su voz: por alguna razón me aferré a esa observación, como intentando obviar el verdadero contenido del mensaje.

Mariana preguntó algo gritando y también gritando —un grito que se deformó en aullido— dijo: «Es tu culpa», y subió corriendo las escaleras. El ruido del portazo en su cuarto desbloqueó algo en mí y me solté a llorar como nunca había llorado antes. Era un llanto silencioso, ahogado, con espasmos pero sin sonido, como una mímica del llanto. Mi padre intentó abrazarme y yo me revolví en el sillón, contorsionándome para evitar su tacto hasta escurrirme al suelo. Allí me quedé un buen rato.

Esa misma noche Mariana salió de su cuarto con los ojos llorosos y los tres volvimos a coincidir en la sala. Mi padre empezó por decirnos que todo iba a estar bien, pero se dio cuenta de que era una frase ridícula y pasó a tratar asuntos prácticos, que se le daban mucho mejor. Anunció que tendríamos que quedarnos solos un par de días en lo que él se iba a Chiapas «para traerla de vuelta». A la distancia, la idea de dejarnos solos después de darnos una noticia semejante me parece una muestra elocuente no sólo de la profunda ignorancia de mi padre en todo lo relativo a nuestra crianza, sino sobre todo de su falta de empatía. Pero en ese momento, tanto mi hermana como yo estábamos en shock y no se nos ocurrió decir nada.

Mariana le preguntó si Teresa había muerto en la guerra y él dijo que no, que al parecer llevaba unas semanas viviendo en el centro de San Cristóbal y se había quedado sin frenos en una carretera cercana.

A mí me empezó a dar mucho sueño de pronto, como si mi cuerpo pidiera tregua después de semejante noticia, y en algún momento me quedé dormido en el sillón. También mi padre y Mariana durmieron esa noche en la sala, si es que durmieron algo.

6.

Mariana me llamó al celular justo cuando empezaba a poner orden en el cuarto de mi padre —en el cuarto de Teresa, pues para mí nunca había dejado de ser suyo—. Mientras hablaba con ella caminé hasta su antiguo cuarto, donde pasaba encerrada durante tantas horas escuchando música, y luego hasta el mío, donde pasé tanto tiempo doblando papelitos o pergeñando teorías.

Quería saber cuánto más tardaría en vaciar la casa, pues había un posible comprador interesado que quería verla. Me molestó la noticia. «No habían pasado ni dos semanas de nuestra reunión con Garmendia y él ya había conseguido a alguien».

Mi hermana quería deshacerse de esa casa cuanto antes para cobrar su parte de la venta. Yo podía entender esa urgencia, incluso había llegado a compartirla, pero instalado en la casa, rodeado de cajas y pilas de papeles y ropa, me había empezado a encariñar con la idea de pasar ahí una temporada, a manera de despedida personal de mi pasado. Una vez vendida la casa de la colonia Educación, Teresa habría terminado de irse para siempre, y también mi padre. Los espacios en los que se habían amado, en los que habían peleado y donde nos habían visto crecer pasarían a ser de otras personas. No era impensable que los nuevos dueños tiraran una pared o remodelaran por completo la casa.

El colchón individual de mi antigua cama descansaba ahora sobre el piso polvoriento. El Rata había pasado el día anterior, acompañado por un chalán, y se había llevado buena parte de los muebles para venderlos. Mientras ellos entraban y salían, yo me quedé parado en la puerta de la casa, recargado contra el muro como Teresa mientras fumaba. El Rata y su ayudante pasaban a mi lado con los muebles que luego acomodaban en la pick-up. Mi antigua Cápsula de luminosidad cero iba entre aquellos muebles.

En algún momento, el Rata me preguntó si también había que sacar las cosas del cuarto de Teresa. Por un momento tuve la tentación de decirle que sí, que se llevara todo antes incluso de revisarlo. Quizás hubiera sido mejor eso: cerrar los ojos en el momento justo. Pero mi sentido común me traicionó y le dije que no, que no había tenido tiempo de checar ese cuarto todavía, pero que regresara al día siguiente.

«¿Y vas a querer que me lleve la cama grande que tienes ahí?», me preguntó. Se refería, por supuesto, a la cama de mi padre; a la cama de Teresa. Se refería, también, a la cama matrimonial desde la que ahora escribo, en la que he pasado la mayor parte del tiempo durante los últimos dos años. «No. Ésa me la quedo», le dije.

Mientras el Rata terminaba de amarrar con un precario mecate los muebles más grandes en la camioneta, pensé que a lo mejor algún recuerdo le había traído la sala de esa casa, en donde había consumido cervezas y pizza, y cortejado sin éxito a Mariana durante las vacaciones de verano del año 94. Quizás la prisa del Rata por cargar todo en la pick-up cuanto antes tenía que ver con un incipiente arrepentimiento, un principio de culpa o al menos de nostalgia: una aceptación tácita de

que el pasado tenía un peso y un sentido —de que un paseo hasta Taxqueña, dos décadas antes, le había calado también de algún modo—.

Cuando me tendió el fajo de billetes con los que me pagó por los muebles busqué en su mirada el eco de aquel otro momento: su mano —menos áspera entonces— tendiéndome unos billetes arrugados en la Terminal de Autobuses del Sur, antes de dejarme a mi suerte. Pero el Rata evitó mirarme a los ojos y se alejó en su camioneta, dejando una estela de humo negro.

En mi antiguo cuarto —ya sin muebles— habían quedado regados por el piso diversos objetos y papeles que tenía que tirar cuando pasara el camión de la basura. Antes de animarme a revisar el cuarto de mis padres me senté un momento ahí, entre las últimas ruinas de mi infancia.

Sobre mis viejos cuadernos de primaria divisé, al otro lado de la habitación, un intento de rana de origami. Teniendo en cuenta lo mediocre de todas mis figuras, aquella rana no estaba tan mal. Creía haber tirado todo rastro de aquel pasatiempo con la llegada de mi adolescencia, pero al parecer había pasado por alto ese ejemplar, que había sobrevivido, con notable dignidad, a casi dos décadas de abandono. No era una de las figuras que había hecho en el papel multicolor que venía con el libro que me regaló Teresa, sino una rana blanca, hecha en una hoja a rayas de cuaderno escolar. La levanté para examinarla más de cerca. El papel estaba manchado en los pliegues y deduje que había hecho la rana con las manos sucias, o lamiendo los dobleces para fijarlos.

Me senté en el suelo, junto a la ventana (la misma ventana por la que había temido ver entrar, infinidad de veces, al mítico Robachicos) y desdoblé con cuidado la rana de origami, tratando de recordar, al deshacer los pliegues, el proceso exacto por el que había llegado a hacerla. ¿Qué es lo que había pensado al hacer aquella rana? Es más, ¿quién era yo al hacer aquella rana? ¿Había alguna relación entre aquel niño de diez años y el hombre huérfano de treinta y uno que ahora deshacía la figurita?

El papel desdoblado, entre mis manos, tenía el aire de un oráculo. Con una insegura caligrafía, en el centro de la hoja, escritas a lápiz, tres palabras intentaban responder a todas mis interrogantes: «el lado izquierdo».

Fue ahí, hace dos años, una semana después de la muerte de mi padre, que recordé el extremo de mi obsesión hemisférica: las tardes que pasé esmerándome en escribir con la mano izquierda; el parche sobre el ojo derecho que llevé durante un tiempo; el desesperante empeño en masticar de lado, demorándome en la mesa del comedor hasta que mi padre y Mariana se habían levantado, hasta que la tarde había mudado de colores en el cielo, luciendo la imposible gama que acompaña siempre a la contingencia ambiental cuando atardece.

Sentí una especie de piedad por aquel niño que compensaba una situación dolorosa e incomprensible con una actitud extraña. Aquella rana debía de ser una de las últimas que hice, antes de renunciar al origami. Era el producto de un momento turbio e inestable, cuando me debatía por darle sentido, algún sentido, a la noticia de que Teresa, mi madre, había muerto la más banal de las muertes, en una carretera secundaria, lejos de la selva y las revoluciones.

7.

No recuerdo cuántos días pasamos solos Mariana y yo mientras mi padre estaba en Chiapas. Tampoco recuerdo exactamente qué pasó durante aquellos días. Como si la noticia de la muerte de Teresa hubiera sido una explosión demasiado cercana, estuve aturdido un tiempo, oyendo un pitido agudo y constante que no se iba de ningún modo.

Sí sé que Mariana no invitó a sus amigas a casa durante esos días. Dormimos los dos en la sala y casi no estuvimos para nada en nuestros cuartos, como si todo el piso superior de la casa estuviera maldito.

La televisión, como una especie de sedante, estuvo prendida constantemente; a veces le quitábamos el volumen para dormir un rato. Mariana dormía en el piso, envuelta en una cobija, y yo sobre el sillón.

Sé que vomité el primer día y que más tarde me dio diarrea. Mariana se comportó más maternal de lo que nunca se había mostrado conmigo y me hizo muchos té de manzanilla. Recuerdo que ella tenía la cara hinchada y un rastro de mocos secos en el cachete que no se limpió nunca. Recuerdo también que en la tele vimos caricaturas violentas de las que me prohibía Teresa, películas mexicanas de los años cincuenta y una serie gringa telenovelesca que le gustaba a mi hermana. No puedo decir qué comimos, ni sé si mi padre nos llamó en algún momento por teléfono. No sé si alguien llamó al timbre, ni puedo recordar que amaneciera o anocheciera nunca. Fue una noche continua, más larga aún que la larga noche del autobús a Villahermosa.

Mi padre regresó de Chiapas unos días después, con las cenizas de Teresa en un recipiente oscuro que a mí me pareció un florero con tapa. Mariana montó en cólera cuando se enteró de que nuestra madre había sido incinerada lejos, sin más ceremonia que el fuego del alto horno reflejándose en la pupila de mi padre. Gritó, lloró y amenazó con irse para siempre de la casa. (Aquel desplante se repetiría, casi idéntico, durante dos años más, hasta que alcanzó la mayoría de edad y finalmente cumplió con su amenaza).

Yo también reaccioné negativamente, pero más por imitar a mi hermana que por una posición propia. La verdad no entendía qué estaba pasando, y tampoco habría sabido cómo actuar si mi padre hubiera llegado con el cuerpo de Teresa en un ataúd en vez de aquel florero lleno de cenizas. El ritual de despedirse de los restos mortales de una persona me parecía incomprensible, y en buena medida me lo sigue pareciendo. Si no había alcanzado a despedirme bien aquel martes de julio o agosto, cuando Teresa me dejó al cuidado de mi hermana, no iba a despedirme tampoco ahora.

Se me permitió faltar a la escuela durante algunos días. Mi padre estaba particularmente cariñoso, lo cual era más perturbador que reconfortante. Me veía sentado en el sillón de la sala, me abrazaba y se quedaba un rato así, tieso y en silencio, como si a mitad del abrazo se le hubiera olvidado el significado de aquel gesto.

En las noches me costaba dormirme. Tenía pesadillas en las que Guillermo y su grupo se robaban el florero con las cenizas de Teresa y jugaban fútbol con él en el patio de la escuela, hasta romperlo. Cuando me despertaba, me sentaba en mi cama y hacía una serie de ejercicios que involucraban nada más el lado izquierdo de mi cuerpo: intentaba tocar mi omóplato con la mano izquierda, desviaba la mirada hacia ese lado hasta que me dolían los ojos, cosas por el estilo. Esa especie de liturgia personal lograba calmarme un poco y, si bien no dormía toda la noche de corrido, al menos lograba descansar un rato.

Una noche, sin embargo, los ejercicios hemisféricos no funcionaron y bajé a la cocina por un vaso de agua. Al bajar las escaleras sigilosamente pude ver a mi padre sentado en la mesa del comedor, con un tequila enfrente. Él no me vio, así que me acuclillé en el descanso de la escalera y lo espí un momento. Aunque lo veía desde arriba, en picado, por entre los barrotes del barandal de la escalera, alcancé a ver su cara desde ahí. Tenía una expresión indescifrable, como si estuviera resolviendo un problema matemático complejo o como si tratara de memorizar una secuencia de números. Miraba con fijeza un punto del mantel, pero después de un rato cambiaba el objetivo de su mirada y se concentraba en otro punto. Cada tanto le daba un leve trago al caballito que tenía enfrente, apenas mojándose los labios. ¿Qué estaría pensando? ¿Se culparía a sí mismo por la muerte de Teresa? ¿Estaría triste de pensar que tenía que hacerse cargo él solo de nosotros? Pensé en ir hasta él, abrazarlo y decirle que no era culpa suya, que había sido un accidente, o el destino. Pero, justo cuando me disponía a acercarme para consolarlo, sus facciones se tensaron. Donde antes había incomprensión y vacío apareció, tímidamente primero, una sonrisa. Nunca había visto a mi padre sonreír así. A lo mejor, pensé, es la sonrisa que pone cuando está solo, cuando cree que nadie más puede verlo. La sonrisa se fue ampliando. Se le marcaron las arrugas en torno a los ojos. Luego empezó a reírse, pero sin ruido; como reprimiendo la risa.

Acuclillado, espiando a mi padre, reconocí por primera vez el parentesco de esa risa con la del soldado que me había revisado, de noche, en la carretera rumbo a Villahermosa. Lentamente me puse en pie y, sin hacer ruido, volví a subir las escaleras hasta mi cuarto.

Pasé veintiún años sin pensar en aquella risa. O quizás debería decir que pasé veintiún años tratando de no pensar en ella, pero su recuerdo se impuso finalmente, y el hecho de que hoy viva confinado, de que pase la mayor parte de mi vida en la mitad izquierda de esta cama, tiene que ver, de un modo oscuro, con el recuerdo persistente de esa risa.

8.

Encontré la carpeta en un cajón del escritorio. Como si una parte mía anticipara la catástrofe, había dejado ese cajón para el final. Una vez que pusiera orden entre esos papeles podía dar por terminada la habitación, que era lo más difícil. Después sólo faltaba contratar una mudanza que se llevara la cama de mis padres —y algunos otros muebles que había decidido conservar— a mi departamento compartido. En tres o cuatro días podría reunirme con Garmendia para entregarle las llaves de la casa.

La carpeta era de cartulina roja, tamaño oficio. Al principio supuse que contendría los papeles del seguro (fiel a su espíritu pragmático, mi padre me había dicho antes de morir que estaban en su escritorio), pero en cuanto la abrí entendí que se trataba de otra cosa. Reconocí de inmediato la caligrafía: la letra formal y alargada de Teresa. El primer papel que extraje era la carta aquella que yo había intentado robar del buró de mi padre a mis diez años.

Tras la muerte de Teresa me había olvidado de la carta, o quizás simplemente había perdido su importancia: el misterio estaba resuelto. Según la explicación de mi papá, que fui extrayendo a cuentagotas a lo largo de los años, Teresa acudió a La Realidad, Chiapas, para presenciar la Convención Nacional Democrática de la Selva Lacandona, convocada por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional. Junto a ella habían acudido políticos, intelectuales, periodistas, académicos y observadores internacionales.

Durante una semana, Teresa había escuchado los discursos de la plana mayor de los rebeldes y había discutido, durante las comidas, con voluntarios y estudiantes de distintas regiones. Terminada la Convención había querido quedarse ahí, quizás incluso sumarse a las filas rebeldes, o convertirse en voluntaria en alguna de las comunidades, pero alguien le había dicho que no podía quedarse, que se regresara a la Ciudad de México y ayudara mejor desde allá, consiguiendo fondos y circulando información verídica. Decepcionada, Teresa había terminado por alquilar un pequeño departamento en las afueras de San Cristóbal. Sus planes —siempre según mi padre— no eran del todo claros, pero probablemente pensaba pasar un par de meses ahí ella sola, tomándose unas vacaciones de la vida familiar antes de volver a su vida de ama de casa diligente en la colonia Educación.

En el fondo siempre supe que aquella versión de los hechos era una mentira, una ilusión de mi padre que quería convencerse (y convencernos) de que Teresa había tenido siempre la intención de volver. Nunca supe si él creía en su propia historia o la sostenía sólo ante nosotros, pero la verdad es que nunca hice el esfuerzo de contradecirlo.

La carta de Teresa no permitía imaginar un plan demasiado preciso, pero sí una determinación inquebrantable: se iba a Chiapas porque ya no soportaba vivir con mi padre y sabía que los indígenas chapanecos tenían «una lección de dignidad» que darle.

Leyendo la carta ante el escritorio, con la carpeta roja sobre las rodillas, tuve la impresión de

que la Teresa que había escrito aquellas líneas era muy joven. Hasta ese momento, siempre había imaginado a mi madre como una adulta consumada, consciente del peso de todas sus decisiones, racional y comedida como su voz de autista. Pero Teresa había sido, también, una mujer pasional, atravesada por impulsos contradictorios. Su carta de despedida mostraba esa faceta suya. Había una exaltación ideológica que, a la distancia, me dio un poco de vergüenza. Aquella carta parecía redactada en una época más heroica; no en la última década del siglo XX sino mucho antes, en los años dorados del movimiento estudiantil de los sesenta, o en los albores de la Revolución cubana. Teresa empleaba términos como «enajenación» y «capitalismo» para quejarse de la opresión que —sin duda— ejercía mi padre sobre ella; y palabras como «lucha» o «victoria» para definir su propio futuro.

Era una carta breve, un folio por las dos caras. Al final dedicaba un párrafo a hablar de nosotros (de Mariana y de mí). Le pedía a mi padre que, si quedaba algo de pudor en él, no nos dijera mentiras sobre ella. No podía pedirle que nos explicara sus decisiones porque sabía que él mismo no las entendía, pero le suplicaba que no nos pusiera en contra suya. Prometía llamarnos por teléfono de vez en cuando y no descartaba visitarnos en algún momento, si su paso a la clandestinidad lo permitía.

La idea de que aquella carta era la misma que yo había tenido en mis manos durante un momento, de manera furtiva, veintiún años antes, me produjo una sensación extraña. ¿Habría entendido algo de haberla leído completa en su momento? ¿Me habría lanzado a perseguir a Teresa en autobús por el sureste mexicano como había hecho, de haberla leído?

Aquellas líneas revelaban algo sobre mi padre que me dolía pensar en aquel momento, con su cadáver todavía fresco. Siempre tuve la consciencia de que la relación entre Teresa y él era tensa, y muy rara vez fantaseé con la posibilidad de que estuvieran realmente enamorados, pero la carta delataba una tensión mucho mayor, un sentimiento de asfixia, en Teresa, que yo no había sabido leer en su voz neutra y su cariño distante a mis diez años.

Detrás de la carta, en la misma carpeta roja, había cuatro fotografías a color —el color deslavado de las fotografías de principios de los ochenta—. En la primera, se veía a Teresa y, a su lado, una bebé de no más de tres años que debía de ser Mariana. Teresa sostenía una pancarta en la que se leía «Viva Nicaragua Libre» y abajo, en letras más pequeñas, «C.E.A.N. En pie de Lucha». En la foto, Teresa sonreía cándidamente hacia la cámara; llevaba unos pantalones de mezclilla, una blusa bordada y el pelo recogido en una cola de caballo. Mi hermana vestía un diminuto overol rojo, tenía dos coletas y cara de profundo desconcierto. Miraba a Teresa en vez de a la cámara. Detrás de ambas, se alcanzaba a ver la embajada estadounidense sobre Paseo de la Reforma y algunos otros manifestantes avanzando en dirección al margen derecho de la foto.

La segunda fotografía era anterior a la primera. Era una foto más chica y de bordes redondeados. En ella se veía a mi padre y a Teresa abrazados en una playa, ambos en traje de baño. El traje de baño de mi padre era como un calzón corto y pegado. El de mi madre dejaba ver un embarazo de más de seis meses. Mi padre se veía insólitamente flaco y lucía un ridículo bigote. Ambos sonreían.

La tercera foto era un retrato de familia posterior —yo ya había nacido—. De pie frente a la puerta metálica de la casa de la colonia Educación, Teresa y mi padre mirando fijamente a la cámara, con cierta rigidez. A sus pies, Mariana, con un vestido de flores y, casi escurriendo de sus

brazos, un bebé en pleno llanto —yo—. Me reí un poco al ver esa tercera foto y decidí apartarla para dársela a Mariana, convencido de que la haría reír también.

La última fotografía era un retrato de Teresa hecho por algún profesional. Los colores eran más vivos que en las fotos anteriores y el formato más grande. Sola, muy seria, con un enorme fleco que delataba la moda de los años noventa, Teresa miraba a la cámara con altanería, transmitiendo su desprecio por el fotógrafo, y por toda la situación, con esa simple mirada. El fondo era un azul degradado que contrastaba con el rojo de sus labios pintados. Viendo aquella imagen pensé que el maquillaje de Teresa en la foto parecía excesivo, como si se hubiera disfrazado, como si aquel exceso constituyera una crítica o una parodia. Su inquebrantable seriedad, casi deprimente, reforzaba esa hipótesis y hacía pensar un poco en los ojos alargados y tristes de Buster Keaton.

Dejé las fotos a un lado y seguí revisando la carpeta. Había un par de facturas de la luz que no parecían pertenecer al conjunto y, entre ambas, un sobre abierto, con sellos postales. Reconocí una vez más la caligrafía de Teresa, el nombre de mi padre como destinatario, una dirección de San Cristóbal de las Casas en el remitente. Por el matasellos supe que mi padre debió leer aquella carta, la segunda, poco antes de la muerte de Teresa.

Menos apasionada que la primera, la segunda carta era en cambio más informativa. Supongo que una vez que se fue de casa, Teresa dejó de sentir la urgencia de justificarse ideológicamente, aunque su determinación permanecía incólume, quizás incluso acentuada. Sin entrar en demasiados detalles, le reprochaba a mi padre el haberla apartado de sus intereses, el haberla engatusado para luego develar su verdadero rostro —una actitud acomodaticia, una violencia reaccionaria, una mediocridad rampante—. «Tu dinero me da asco», le decía, «y por tu culpa me doy asco también a mí misma».

Después del párrafo de los reproches, Teresa pasaba a hablar de asuntos prácticos, del futuro incontestable que se había inventado para sí misma. Un futuro que quizá llevaba años construyendo o que, por el contrario, había concebido en un momento de inspiración, agazapada y atenta en la Selva Lacandona.

Decía haberse instalado en San Cristóbal de las Casas después de asistir a la Convención Nacional Democrática. Sus planes, decía, eran conseguir un trabajo ahí y, en algún momento, llevarse a vivir a Mariana con ella. Prometía llamarnos por teléfono en cuanto le conectaran la línea. Preguntaba por mi regreso a la escuela, como si mi padre fuera a responderle aquella carta —aquella carta sin respuesta posible, aquella carta que decía todo lo que quedaba por decirse entre ambos—. Me mandaba besos.

Releí la carta un par de veces para cerciorarme de que no se me había escapado nada. Imaginé a mi padre releyéndola, ahogado de rabia, arrugándola en un momento de frustración suprema y después alisándola con arrepentimiento en la madrugada. ¿Había sido así realmente? Quizás no. Quizás mi padre la había leído un par de veces, la había metido en aquella carpeta de cartulina roja y se había olvidado de ella. Algunos días después Teresa había muerto y él no había vuelto a pensar en la carta; tal vez —pensé— le convenía no pensar en ella: creer que su esposa había muerto amándolo incondicionalmente, prometiendo regresar dentro de poco.

Dejando de lado lo que significaba para mi padre —y lo que decía sobre su capacidad para ahogar la verdad durante años—, la carta contenía una omisión elocuente y dolorosa: Teresa había escrito «traerme a Mariana a vivir conmigo», nada más.

Cierto que preguntaba por mí y me mandaba besos, pero no hablaba de llevarme a mí a vivir a

Chiapas.

¿Qué habría visto Teresa en mí para decidir que yo no era digno de ese destino? ¿Me consideraba demasiado parecido a mi padre, un hombre violento y sin gracia, condenado a una vida en el error, en la mediocridad, en la colonia Educación?

Doblé la carta por los pliegues que tenía marcados y al hacerlo pensé, irremediamente, en la rana de origami con el críptico mensaje («el lado izquierdo») que había encontrado en mi cuarto. Doblar sobre lo doblado, repetir los pliegues que otros —antes— realizaron, parecía ser mi destino. Teresa había doblado aquella carta en septiembre de 1994. La había metido en el sobre y había ido caminando hasta una oficina de correos de San Cristóbal de las Casas. Luego, tal vez, había regresado al húmedo departamento de puerta metálica que había rentado en el barrio de Santa Lucía, o en el barrio de Mexicanos, o en donde fuera que hubiera decidido empezar su nueva vida.

¿Qué había hecho mi madre el resto de aquel día? Era probable que tuviera ya algunos amigos: simpatizantes zapatistas conocidos en la Convención, indígenas llegados de otras partes de México para aprender de los alzados, periodistas locales acostumbrados a la violencia y la muerte que esperaban y temían la traición del gobierno.

Sentado ante el escritorio de mi padre, con la carpeta roja abierta frente a mí, me sentí de nuevo como un detective, como el pequeño detective de diez años que había querido ser durante ese verano. El mismo detective que había abordado un autobús a ninguna parte para perseguir una pista vaga.

Quedaban todavía algunos papeles por clasificar dentro de la carpeta. Uno de ellos era el acta de matrimonio de mis padres, inscrita en el Registro Civil número 49, delegación Coyoacán, el 4 de abril de 1978. La firma expansiva de Teresa, la firma apretada y confusa de mi padre, los nombres de mis abuelos. Coloqué el avejentado folio sobre la pila de documentos importantes, junto a las dos cartas.

El último papel de la carpeta era el acta de defunción de Teresa. Le eché una mirada distraída: no tenía la intención de detenerme en ella. Era uno de los muchos documentos que anticipaba encontrar en el escritorio. Faltaba un poco más y habría terminado con todo: con aquella casa, con aquella historia, con aquel pasado. Entre el Rata y el señor de la basura se llevarían los trastos que quedaran dispersos. Yo volvería a mi departamento compartido mientras Garmendia vendía la casa y me entregaba mi parte de la herencia. Ahora que no tenía trabajo, podría dedicarme a buscar un departamento. Elegiría alguno en las antípodas urbanas de la colonia Educación. En un barrio interesante, con librerías y cafés que no fueran El Jarocho. Buscaría un nuevo trabajo, o quizás volvería a estudiar, ahora que podía permitírmelo. Una maestría en cualquier cosa. Tampoco descartaba cambiar de oficio, o incluso de ciudad. Podría hacer un viaje al extranjero. Sólo tenía que doblar aquel papel y todo habría terminado. La grieta abierta en el verano del 94 se cerraría, comenzaría a cerrarse.

Miré de reojo el acta de defunción. Datos del finado. Nombre. Sexo. La caligrafía del burócrata que había llenado el formulario, sus faltas de ortografía. Cónyuge. Localidad. San Cristóbal de las Casas. Fecha de la defunción. 25 de septiembre de 1994. 25 de septiembre, no 23. Es decir, un día

después de que mi padre volara a Chiapas. Un día después, no un día antes. Causa de la defunción.
Asfixia por inhalación de gas LP.

9.

Fue un proceso lento. Al principio me comporté como si nada hubiera sucedido. Después de todo, podía ser un error, había mil explicaciones. Terminé de vaciar la casa de mi padre. Contraté un flete que transportó la cama matrimonial y algunas cosas más a mi departamento. Llamé a Garmendia y dos días después le di las llaves de la casa de la colonia Educación —los tres juegos de llaves existentes—.

Un fin de semana fui en taxi hasta la casa de mi hermana y le llevé las fotos que quería darle. Katia, su esposa, se rio de las fotos, pero a mi hermana no le hicieron mucha gracia. Intenté darle también la mitad del dinero que me había pagado el Rata por los muebles, pero ella insistió en que me lo quedara: me haría más falta a mí ahora que había renunciado a mi trabajo.

En cuestión de semanas se vendió la casa: al parecer la colonia Educación es una zona al alza, donde viven sobre todo trabajadores de la zona comercial de Coapa.

A lo largo de los cinco meses que siguieron continué con mi vida como si nada. Incluso se podría decir que las cosas mejoraron para mí, al menos superficialmente. Me compré este departamentito y me instalé aquí. No tener que pagar renta me quitó un gran peso de los hombros y me convertí en una persona más sonriente. Conseguí un trabajo mejor pagado que las clases de español para extranjeros que daba antes, en una empresa de elaboración de exámenes diagnósticos. Todos los días me ponía una camisa lavada en tintorería y tomaba el Metrobús hasta el moderno edificio donde trabajaba. Pasaba todo el día corrigiendo la sintaxis de preguntas sobre asuntos tan diversos como ingeniería mecatrónica o derecho internacional. Las prestaciones de la empresa eran muy buenas para lo sencillo que era el trabajo. Me pagaban vacaciones, seguro médico y un bono al alto desempeño si corregía más exámenes que mis compañeros, lo cual no era muy difícil porque la gente trabajaba muy poco.

Mariana y yo hablábamos a veces por teléfono y entre semana nos mandábamos mensajes sobre cualquier frivolidad, o para contarnos las novedades destacadas de nuestra rutina.

En esos meses, además, conocí a una mujer simpática y empezamos a salir. Trabajábamos cerca y eso facilitaba nuestros encuentros. Veíamos películas en un centro comercial de vez en cuando, o comíamos ensaladas a la hora del almuerzo. Ella era amable y parecía genuinamente interesada en mí, lo cual me resultaba —me resulta— incomprensible. Tenía una risa diáfana, unas caderas anchas y el ojo izquierdo un poco más cerrado que el derecho.

Pero esa vida no me correspondía. Era como si me hubiera despertado en el cuerpo de alguien más y estuviera viviendo su vida en calidad de sustituto durante algún tiempo.

De la carpeta roja nunca le dije nada a Mariana. No le conté de la segunda carta, ni de los planes de Teresa de llevársela a vivir a Chiapas con ella. Desde luego no le conté del acta de defunción, de las fisuras que abría en la historia contada durante años por mi papá —la historia que habíamos dado por verdadera y sobre la que se sostenía, con pinzas, nuestra vida adulta—.

La carta y el acta estaban a resguardo en mi propia carpeta de documentos importantes, que no es roja sino verde. Una carpeta que, al día de hoy, guardo debajo de esta cama, junto a mis cuadernos de primaria y mi pasaporte.

No sé ya en qué estaba pensando todos esos meses. Supongo que en nada. Me concentraba en funcionar, en imaginar un futuro perfecto. El olor almidonado de mis camisas era el mismo olor de las camisas que usaba mi padre, pero yo pretendía no darme cuenta.

Un domingo por la tarde volví a sacar la carpeta y la contemplé durante un rato. Extraje su contenido y lo esparcí sobre mi cama deshecha. No tuve el valor de leer las cartas de Teresa de nuevo. El acta de defunción estaba doblada por la mitad y tampoco me atreví a abrirla. Guardé de nuevo todo y lo metí otra vez bajo la cama.

Ese domingo no pude dormir. Quería forzarme el llanto como alguien que se induce el vómito metiéndose los dedos en la garganta. Quería que mi padre estuviera vivo para preguntarle qué carajos había pasado en San Cristóbal de las Casas, en el pequeño departamento que Teresa había elegido para rehacer su vida. Preguntarle qué mierdas había sucedido el fin de semana del 23 al 25 de septiembre de 1994, mientras Mariana y yo veíamos la tele, mientras yo vomitaba y tenía diarrea y bebía un té de manzanilla tras otro, devastado por la noticia de la muerte de Teresa.

Pero nadie podía responderme ya esas preguntas —nadie puede—. Si acaso, la respuesta a todas ellas se ha ido formando en mí durante los últimos dos años.

Quizás mi padre quería que yo encontrara esa respuesta solo, que el horror de esa respuesta creciera en mí a su debido tiempo, como una planta carnívora que al principio parece un trébol y poco a poco va revelando su verdadera esencia.

Al día siguiente no fui a trabajar a la empresa de exámenes diagnósticos. Estaba cansado y alterado y no tenía ánimos para seguir fingiendo que todo estaba en orden. La mujer con la que salía me mandó cuatro mensajes a lo largo del día, pero no respondí ninguno. Me convencí de que estaba enfermo, a pesar de que no tenía ningún síntoma salvo, quizás, un leve dolor de cabeza, probablemente resultado de no haber dormido lo suficiente.

El martes volví a la oficina, con mi camisa limpia y almidonada. Me costó mucho el camino en Metrobús, pero llegando al trabajo creí que todo iba a estar bien, que había tenido una crisis pasajera. Le dije a mi jefe que me sentía mejor y saludé como de costumbre a mis compañeros. Pensé que quizás podía aprovechar mi flamante seguro médico para consultar a un psiquiatra; un profesional que me explicara que mi proceso era normal, un duelo de esos que pegan con cierto retraso. Me recetaría algo para dormir y eso sería todo.

Pero a la una de la tarde, cuando faltaba poco para la hora de la comida, me encerré en el baño durante varios minutos y sentí que iba a gritar o que iba a pegarle a alguien en la cara. Le dejé un recado a mi jefe con su secretaria y me regresé en taxi a mi casa. Nunca más volví a ese trabajo. Me escribieron con insistencia del departamento de recursos humanos preguntando qué hacer con las cosas que había dejado en mi cubículo, pero nunca les contesté. Supongo que las habrán tirado.

Los primeros días salía a caminar un poco por la colonia, pero poco a poco fui pasando más tiempo en mi departamento. Dejé de bañarme, subí un par de kilos, empecé a pedir comida por teléfono —pizzas hawaianas—. Los viernes, cuando venía Josefina, fingía trabajar en la mesa del

comedor, para que no me hiciera demasiadas preguntas. Pero fuera de esos momentos estaba casi siempre en la cama. En el lado izquierdo de la cama: el de Teresa.

La mujer con la que salía empezó a mostrar signos de fastidio al cabo de un par de semanas. Le dije que estaba enfermo, pero cuando ofreció venir a verme dejé de contestarle los mensajes. Me llamó varias veces y dejé sonar el teléfono. La melodía que tenía programada para llamadas entrantes era un ruidito de grillos, así que no me molestaba.

Un sábado en la noche me mandó un mensaje diciendo que estaba abajo, en la puerta de mi edificio. La dejé entrar por temor a que intentara localizar al conserje o que llamara a la policía. Era obvio que estaba preocupada.

Tuvimos una conversación incómoda, ella sentada en el borde de mi cama y yo cubierto casi por completo con las cobijas. Me preguntó si ya no quería salir con ella y le dije que no, pero hablé muy quedito y creo que no alcanzó a oírme; me pidió que lo repitiera. No encontré el valor para hacerlo: le dije que era una etapa difícil, pero que pronto estaría mejor y la buscaría de nuevo. Se despidió con frialdad (no puedo juzgarla: me comporté como un imbécil con ella).

Frente a Mariana sostuve la mentira durante más tiempo. Le contestaba sus mensajes casi de inmediato. Le decía que estaba contento con mi nuevo trabajo y mi nueva novia. Ella, de cualquier modo, estaba siempre ocupada y no preguntaba mucho. Pero Josefina, que va a su casa los martes, le contó que siempre me veía en casa, en pijama, sin hacer nada. Cuando me llamó mi hermana para preguntarme al respecto me inventé que habían recortado mis horas y ahora descansaba también los viernes, pero algo en su tono me dio a entender que no me creía. Unos días después le dije que me habían despedido. Me preguntó si estaba buscando trabajo y mi respuesta fue «no de momento», con lo cual di por zanjado el asunto.

Desde hace dos años vivo confinado a esta cama. A veces me incorporo, recargado contra la pared, y miro por la ventana de mi cuarto, desde donde sólo puede verse un edificio de oficinas que hay al otro lado de la calle.

Al principio pensaba mucho en Teresa: intentaba recordar, con la mayor precisión posible, el tono invariable de su voz, el color de su pelo, su manera de fumar recargada contra el muro externo de la casa en la colonia Educación. Pero lo cierto es que con Teresa sólo conviví durante los primeros diez años de mi vida, así que no tengo tantos recuerdos de ella. Los tres o cuatro recuerdos que mejor conservo (Teresa desmayándose en un mercado, Teresa caminando detrás mío mientras persigo palomas, Teresa discutiendo con mi padre, Teresa yéndose de campamento un martes al mediodía) los he dejado aquí escritos para fijarlos de algún modo, para ver si mi memoria deja de distorsionarlos y la copia de la copia de la copia detiene, finalmente, su lenta pero segura degradación.

La imagen de mi padre, en cambio, tiene más asideros: un par de décadas más de encuentros, silencios y comidas juntos. Al recuerdo de mi padre en 1994 se superpone con frecuencia el recuerdo de mi padre enfermo, en la cama de hospital, sedado y sonriente por la morfina. A veces consigo olvidar que ha muerto y lo imagino sentado en el sillón de su sala, gritando frente a un partido de fútbol que se retransmite. En mi imaginación, yo estoy sentado a su lado, pero en vez de mirar la televisión observo con fijeza cada uno de sus rasgos —buscándome en esos rasgos, aceptando con terror la evidencia de que son también los míos—.

Una parte de mí sabe que no puedo seguir en esta cama para siempre. En los últimos días he sopesado la idea de cambiar todo. Quizás me vaya a San Cristóbal de las Casas. Quizás, mejor,

tome un autobús rumbo a Villahermosa, donde podré empezar una nueva vida, con otro nombre y otro apellido (Úlrich González, por ejemplo). La vida de alguien que no tuvo padre, que no tuvo madre, que no pateó una paloma en una plaza del DF ni perdió nada en septiembre de 1994.

Quizás, antes de abordar ese autobús, vaya a caminar un rato en las inmediaciones de la estación de Taxqueña, por las calles de la colonia Educación, tratando de entender los matices de esa respuesta indecible que ha ido creciendo en mí hasta devorarme. Quizás, antes de cambiar de nombre, camine también hasta el cementerio donde enterré a mi padre, para gritarle como nunca fui capaz de gritarle en vida —como mi hermana y mi madre le gritaron mientras lo tuvieron cerca—. Pero antes de hacer cualquier cosa; antes de pensar en salir de la cama; antes de convertirme, finalmente, en la persona que siempre debí haber sido, quisiera terminar de escribir esto.

El nervio principal

DANIEL SALDAÑA PARÍS

narrativa sexto piso

